

SELECTA



REVISTA MENSUAL

DICIEMBRE

AÑO II-N.º 9

1 PESO

SUMARIO

Pag.	Pag.
TEXTO	GRABADOS
Hechos y notas, Luis Orrego Luco... 336	Los cuadros célebres, J. L. David... 335
Membreño en la corte, E. Rodríguez Mendoza... 337	Los mendigos, cuadro de Ernesto Molina... 340
La que amaba, Eugenio Dreveton... 339	La Quimera, escultura de Plaza... 346
La revolución portuguesa, Alvaro Bradomín... 341	Napoleón dictando sus memorias... 349
Las blancuras sagradas, Miguel Luis Rocuant... 347	Napoleón en Plymouth... 351
Los sobrehumanos, Emerson... 348	Una galería militar en Dresden... 353
Impresiones y recuerdos de la campaña del Perú, José C. Larraín... 354	Hylas con las ninfas, cuadro de H. Rae... 357
Periodistas de antaño, Gabriel del Mar... 358	Paisaje de Walter Netteon (Sección norteamericana de la Exposición de Bellas Artes del Centenario)... 360
Observaciones, Jacobo Edén... 361	Una caravana de camellos en Tartaria... 361
En Nazaret, Selma Lagerloff... 362	Caída de nieve, cuadro de F. Alden Weir... 363
León Tolstoy, Fernán Ruiz... 364	Las Rosas, tricromía ... 367
La canción de la huerta, Vicente Medina... 366	Una canción maliciosa, cuadro de F. Andreotti... 368
Fases de la vida de O'Higgins... 369	Cuadros célebres.—La libertad de la Princesa Olga, de E. Delacri... 373
La memorias del marqués... 372	
La larva, Rubén Darío... 374	

INSERCIÓN EN COLORES

Paisaje de Ziem.

El busto de Ud. transformado en unos cuantos días gracias al invento admirable de una mujer. Se informará completamente gratis á los lectores de "Selecta"

Nuestro siglo, tan fecundo en cuanto á descubrimientos útiles, registra con letras indelebles, después de la gloriosa conquista del aire, una nueva victoria en los anales de la historia: ¡La transformación de la estética femenina! Si, por cierto, me complazco en preconizar este hecho á voces: ¡ya no habrá mujer ó niña afrentada por la inclemencia ó avaricia de la naturaleza! ¡Desaparecerán los senos atenuados y las espaldas osudas! La casualidad me indicó el camino verdadero, mientras otras personas le buscaban inutilmente y se llevaban fracasos. En el transcurso de pocos días, mi descubrimiento produce una obra verdaderamente maravillosa: senos desarrollados, de hermosas formas y bien fortificados; como también espaldas adorables, las cuales con los primeros, forman un armonioso conjunto. Si Ud., mi estimada lectora, perteneciera á las desheredadas por la naturaleza y careciera de hermosos senos, si éstos no fueran perfectamente desarrollados, ó hubieran perdido su carácter juvenil y su consistencia: ¡no deberá Ud. estar desesperada! ¡También Ud. obtendrá muy luego, con toda facilidad y con la mayor sencillez, senos desarrollados. Ud. podrá obtenerlos sin moverse de su casa y sin molestia alguna, usando el tratamiento que yo revelaré á Ud. con la discreción usual en estos casos, entre señoras. Mi descubrimiento, calificado de maravilloso por millares de señoras agradecidas y pertenecientes á todas las clases sociales, no tiene la menor similitud con otros remedios probados ó preconizados para el perfecciona-



miento y cultivo de las formas del cuerpo femenino; anticiparé, que su aplicación es completamente exterior y no es para tomar, Día por día, Ud. observa á el aumento de sus senos y una transformación increíble sorprenderá á Ud. agradablemente, maravillándose las personas que á Ud. rodean, de la expansión que toma el busto de Ud. Yo misma soy el ejemplo más convincente. Mi cuerpo era raquítrico y sus formas al todo detestables: más, despés de un ensayo del descubrimiento hecho por mí, he llegado al resultado que se tiene aquí á la vista. Luego supliqué á algunas amigas, someterse igualmente á mis ensayos y todos éstos, sin excepción dieron el mismo resultado, tan admirable, cuan maravilloso; se repitieron dichos ensayos innumerablemente, sin fracasar uno solo. Era pues indescriptible mi felicidad de poder ser útil de un modo humanitario á mis hermanas, á cuales la naturaleza había privado de bellas formas corporales. Por un arreglo especial me es posible ampliar mi acción y prometo, pues, á todas las lectoras de "SELECTA" que me dirigeran recortado el cupón insertado al pie, una descripción exacta y completamente gratis. Ruego únicamente tratar mi contestación — que también irá en forma personal y sin que llame atención—con toda discreción. Escribame Ud. sin perder tiempo, pues son innumerables los pedidos, como se comprenderá, después de haber despertado mi descubrimiento el más vivo interés entre todas las señoras.

Cupón gratis de "Selecta"

Para obtener gratuitamente todos los detalles referentes al maravilloso método todo para el desarrollo del busto y perfeccionamiento del cuerpo, sírvase Ud. recortar este cupón; una vez anotado el nombre, apellido y domicilio de Ud, envíelo, en seguida, bajo sobre cerrado y debidamente franqueado con el porte para el exterior á HELENE DUROY, División 427, PARIS, 20 Rue Richer.

Nombre y apellido.....

Domicilio.....

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

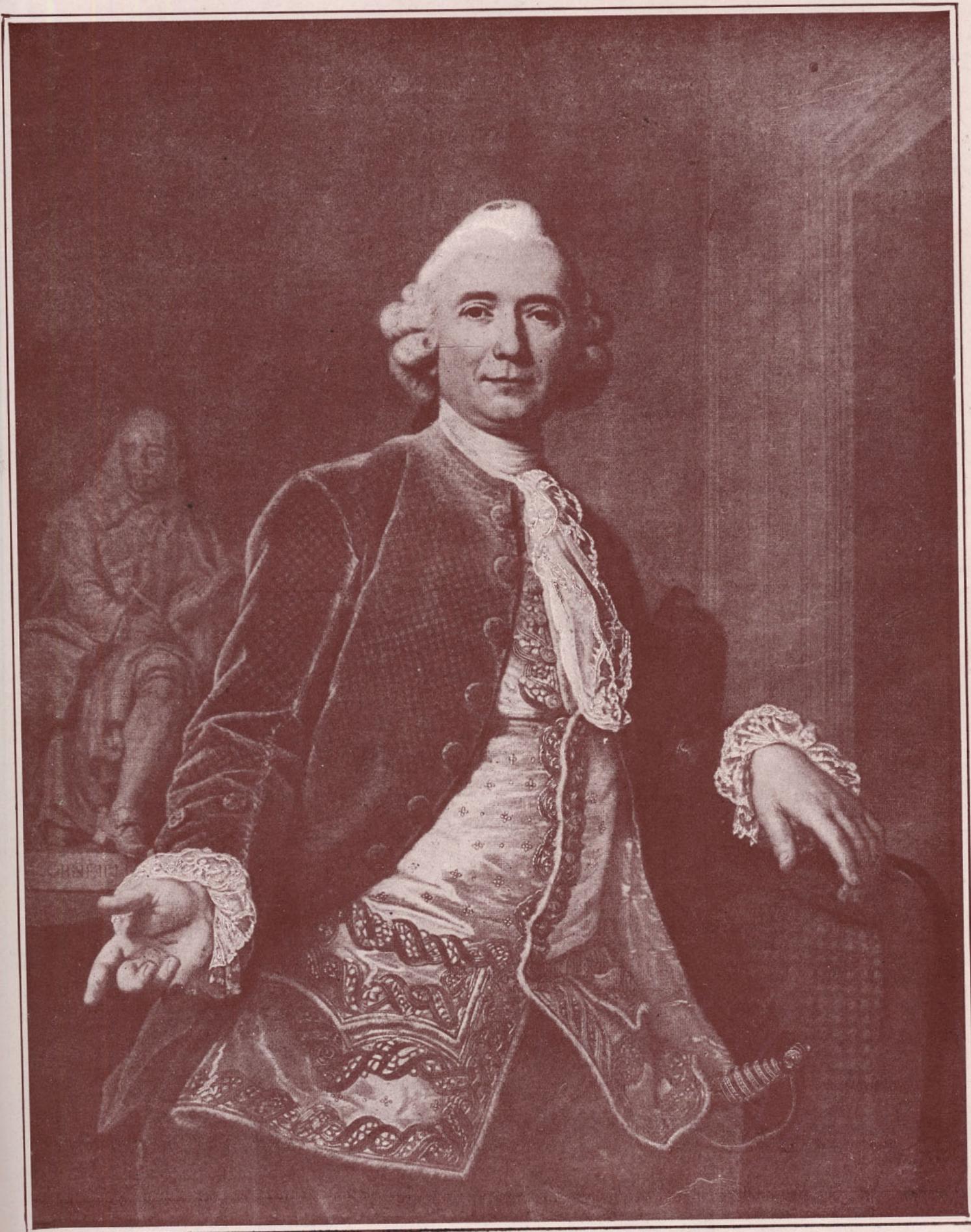
Año II
Número 9

EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS

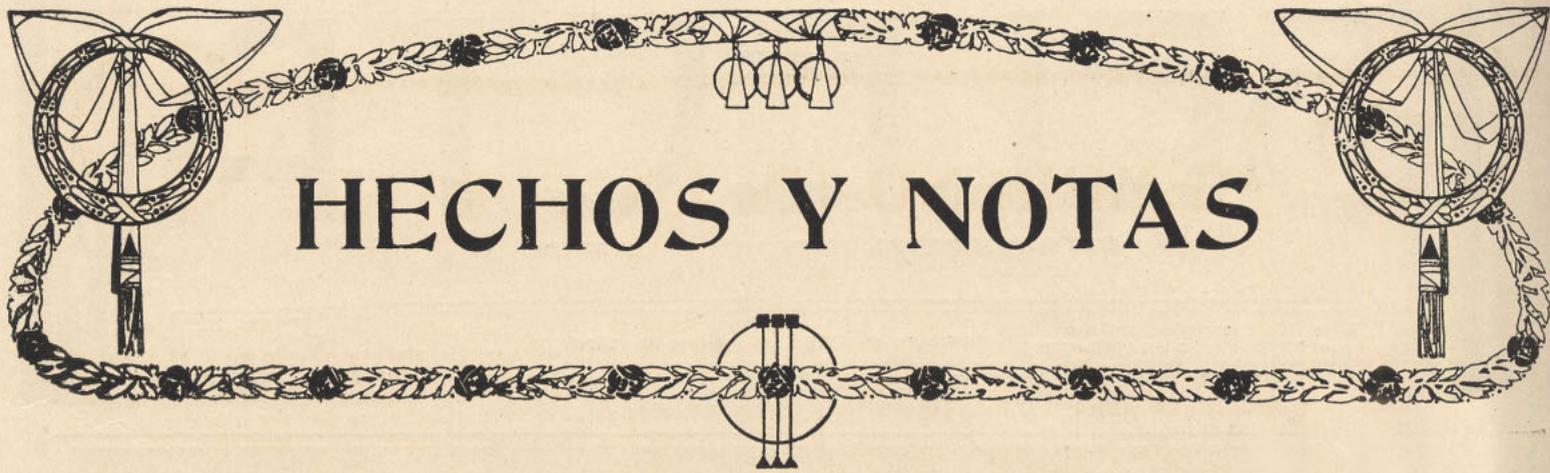
Santiago de Chile, Diciembre de 1916

DIRECCION
TEATINOS 665

Precio:
UN PESO



LOS CUADROS CELEBRES.—J. L. DAVID.—EL ESCULTOR CAFFIERI



HECHOS Y NOTAS

PARECE que todavía no nos hubiéramos tranquilizado definitivamente en la América del Sur. Hemos celebrado el Centenario de nuestra independencia, como quien dice con fuegos artificiales, prendiendo los voladores rápidos, alegres y pintorescos de cuatro conatos de levantamiento, en Méjico, en Brasil, en Uruguay y el Perú. A pesar de la inmensa ventaja procurada por la independencia, no será posible olvidarnos de un pequeño inconveniente inevitable: el espíritu de revuelta desarrollado de una manera excepcional. Nos sublevamos contra todo, vivimos en perpetua revuelta moral ya que no política. Eso nos trae considerable desprestigio en el extranjero, donde las revoluciones americanas se han hecho famosas y hasta se han llegado á convertir en accesorios de opereta, en las cuales los príncipes chinos y los generales sud-americanos bailan á menudo el can-cán final cogidos de los brazos.

Cierto personaje de una comedia de Benavente refiere que en Centro América fué presentado al Presidente de la República, en el teatro, durante el primer acto de una pieza, é invitado á tomar el té, para el segundo, al palco presidencial, en compañía del supremo mandatario. Cual no sería su sorpresa al encontrarse con el rostro enteramente desconocido de otro nuevo general-presidente. Se acababa de verificar una revolución en el entreacto...

Esas que parecen á primera vista simples bromas, tienen su fondo sólido de verdad en nuestra raza americana. Ahí andan los partidarios del nuevo pretendiente Maderos, echados por los montes, como era natural. Los revolucionarios uruguayos se entendieron con su Gobierno mediante arreglos más ó menos ventajosos, y los del Brasil, sublevados en los enormes buques recién llegados, se pusieron á maniobrar con admirable maestría, bajo el comando de un simple marinero. El público se encontraba, sin duda, satisfecho, pensando en que si así mandaban los marineros, cómo lo harían los almirantes. Se aumentaron los sueldos y se acabaron los castigos corporales, con lo cual se dió término á la revolución ó motín.

Una nota simpática: en tanto que la escuadra ejecutaba un bombardeo moderado, y que no hiciera mal, los espectadores de tierra, desde las alturas, aplaudían la corrección de movimientos de los "dreadnoughts". Por un instante habían llegado á temer de que, á pesar de sublevados, no se movieran—todo es posible con esos monstruos de acero desconocidos en nuestro continente. La pericia de José Cándido despertó la admiración tan desinteresada como justiciera de los bombardeados.

De la revolución del Perú no se sabe nada... Aquello puede ser un gran movimiento como puede no serlo...

Se comprende, con todo esto, que los gobiernos europeos, y lo que es más grave, los grandes capitalistas, no siempre nos toman por lo serio, y, generalizando, creen que todos los países de América viven en perpetuas convulsiones. Esto nos causa daño profundo, alejando de nuestros países jóvenes los capitales necesarios para fecundar las inmensas riquezas de nuestros bosques, de nuestras cordilleras y de nuestros campos. El capital es tímido, y huye al menor ruido extraño. De aquí las dificultades con que nuestro país, á cada instante, ha de tropezar en el extranjero, en el cual, por otra parte, no existe propaganda organizada para darnos á conocer. En los "Los Hijos del Capitán Grant" tal como la representan en España, aparece un batallón de soldados chilenos con sombreros de paja y en camisa. Así nos conocen, nos juzgan y nos pintan, á pesar de que nuestros soldados han sido puestos á la altura de los primeros de Europa en los juicios de los jefes militares extranjeros asistentes á la gran revista del Centenario. La vida es así, se compone de una serie de pequeñas injusticias en que los inocentes suelen pagar por los culpables.



Mas, si algunas repúblicas hispano-americanas suelen darnos el mal ejemplo de los movimientos sediciosos, en cambio, también

nos presentan, á veces, ejemplos dignos de ser imitados por nosotros.

El Perú acaba de inaugurar su escuela de aviación militar en Lima, para la cual acaba de contratar, en Europa, á un célebre aviador peruano. A ese país corresponde la gloria de haber sido el primero en Sud-América en darse á conocer por sus hazañas de los aires. Han emprendido la conquista del espacio con grandioso denuedo. Ahí están los restos de Chaves, envueltos en la bandera peruana, como un despojo glorioso de su heroísmo y de su esfuerzo en cruzar los Alpes en un vuelo arriesgado y viril. Aníbal y Napoleón, mucho tiempo antes, los habían cruzado por tierra, en momentos solemnes para la historia del mundo. Chávez los cruzó por los aires, como las águilas, cerniéndose por encima de los abismos, cruzando por alturas vertiginosas, cruzando temibles corrientes aéreas, en las cuales exponía á cada instante su existencia. Y en el momento del triunfo, cuando llegaban á sus oídos las aclamaciones de las multitudes, aterró, para no levantarse. El Perú, su patria, puede enorgullecerse con un héroe más en su historia, y con un héroe de la ciencia, de los que luchan por llevar cada instante más arriba los galones del progreso, y por hacer conquistas universales que ensanchen el dominio del hombre sobre las cosas, de la inteligencia sobre la fuerza, del espíritu—idea pura—sobre la materia.

El Perú, al iniciar su escuela militar de aereoplomos, ha tomado una iniciativa formidable en Sud-América, implantando un servicio destinado á tener importancia transcendental en las futuras guerras. Acaso los servicios principales de la caballería actual habrán de ser reemplazados por las operaciones practicadas en lo alto por los globos dirigibles y por los aereoplanos. Ya se podrá saber con facilidad y exactitud pasmosas, dónde está el enemigo, sus masas y sus reservas, la colocación exacta de sus columnas en marcha, la llegada de los refuerzos, y desaparecerá, con esto, el misterio que envolvía como un velo antiguamente las grandes operaciones de estrategia. El secreto era el alma de las operaciones militares. Los espías aéreos vendrán sin duda á destruirlo. La caballería, con las actuales armas de repetición, no puede ejecutar las cargas de los coraceros de la época napoleónica, pues sería fatalmente destruída; sólo sirve para las exploraciones, y aún así, como lo demostró la guerra ruso-japonesa, ya no tiene importancia decisiva. En todo caso, sirve solamente para los contornos, pues no puede penetrar en las tropas enemigas, ya que la infantería la detiene. En cuanto á los globos cautivos ya son vulnerables á cinco kilómetros de la artillería. Hoy en día, el hombre, colocado en el aereoplano, como lo hizo el teniente Blériot durante las maniobras últimas del Ejército francés, precisará de un modo matemático la colocación del Estado Mayor enemigo, los movimientos de sus tropas, la topografía del terreno, los caminos y los ríos, los puentes y hasta la marcha de los víveres y municiones. El dirigible llevará al aereoplano la ventaja de poder estacionarse en los aires, cuando sea necesario y de practicar todas las operaciones de conjunto.

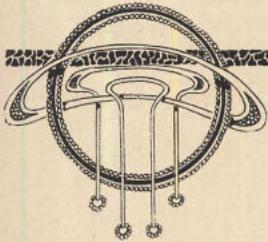
En el campamento de Châlons, el ejército francés ha practicado, con gran éxito, el uso de los nuevos inventos, con oficiales tan distinguidos como Féquant Blériot, el capitán observador Marconnet, Cammerman, Aquaviva, Bellanger, Dorand y otros, enteramente dueños del arte de la aviación. Alemania cuenta con una docena de aereonaves.

Francia cuenta con 260 aparatos que han volado y más de 180 aviadores expertos. Esto es considerable si se atiende á que los hermanos Wright dieron el ejemplo no hace muchos años en su aereoplano.

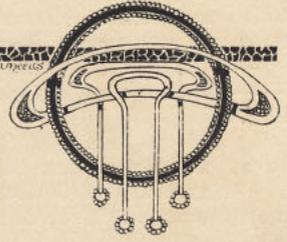
Un gran dirigible tiene de 7,000 á 8,000 metros cúbicos, y lleva dos pilotos, dos mecánicos, dos oficiales de Estado Mayor, esencia para doce horas y 600 kilos de proyectiles.

Ignoramos si en Chile se ha comenzado á estudiar este servicio de importancia capital para los ejércitos modernos, cuya transformación se ve cercana. En todo caso, es interesante observar lo que pasa en América.

Luis ORREGO LUCO



MEMBREÑO EN LA CORTE...



I

A veces no es necesario ver mucho á una misma persona para que se quede estampada á firme en la memoria. La retentiva parece estar en relación directa con la mayor ó menor peculiaridad que el observado ofrece al observador.

En efecto, hay escenas y personas, desteñidas y sin relieve, que por mucho que hayan pasado ante los ojos ni se deslizan fácilmente hacia la memoria ni por nada quedan en ella. Siguen de largo. Hay otras, rechazadas por ésta y hay otras, á la inversa, á las cuales basta ver una vez para que sigan con nosotros, vida adentro, adheridas al recuerdo. Una de estas, es Membreño, el Excmo. señor Membreño... Es lo cómico, lo inocentemente cómico.

Al verme, dijo aquí me quedo y ahí se quedó esperando el momento hasta que su pomposa silueta llegara, vagando, el recuerdo apacible de lo que en otro tiempo nos hizo reír con esa risa tonificante que sacude la barriga.

¡El Excmo. señor Membreño!

En este momento de descanso campestre en que me he instalado á recordar una que otra escena amablemente festiva. Membreño se ha plantado ante mis ojos entrecerrados por la siesta y señalándome sus plumas y sus entorchados me ha preguntado si ya no lo recuerdo.

Me ha venido á buscar en este día de somnolencia y quietud en que después de trasegar por un "huerto" á la antigua, planté, por fin, una silleta de "totora", en medio de una gran mancha rosada—nores de durazno—que sobre el pasto verde parecía seda de casulla bordada por las niñas del lugar.

Ya me iba á dormir cuando apareció Membreño. Delicioso.

No lejos abría un pavo real el abanico antiguo de su cola cortesana.

—¿Me reconoce? me dijo.—¿No recuerda haberme visto en la Corte?

¡Ciertamente! el señor Membreño era Ministro, de Honduras nada menos, cuando lo ví por primera vez. Por algo decía, pues, que así como hay figuras que pasan de largo en la memoria hay otras que ahí se instalan para siempre, reapareciendo cuando uno menos los espera. Membreño se presentó otra vez de gran uniforme, como en sus días más esplendorosos.

II

Cuando lo ví por primera vez me interesó tanto, que me apresuré á acercarme á un amigo del Protocolo y que conocía al revés y al derecho todas las anécdotas y novelas anexas al Honorable Cuerpo Diplomático.

—¿No le conoce usted? ¿No conoce á S. E. el señor Membreño? ¿Es posible? En ese instante, el célebre diplomático hondureño provisto de una dama cuyos labios desaparecían bajo unos bigotes de guardia civil, seguía, incorporado al deslumbrante desfile que, con los Reyes á la cabeza, se encaminaba al salón del Trono. Nada menos. Debe haber sido el día, es decir, la noche, más feliz del señor Membreño. Iba radiante, bajo su gran pechuga bordada. Miraba para ambos lados, ondulando el cuerpo, y, de cuando en cuando, se empinaba para ver "donde se le habían ido los Reyes". Golpeaba, haciendo gran estrépito, los guantes é inclinaba la cabeza como si fuera á depositar un ósculo entre los recios bigotes de su acompañante, ex-dama de honor de Doña Bárbara de Braganza...

III

Poco después, supe de un tirón toda la biografía de S. E. Nada más encantador.

Natural—muy natural!—de Honduras había hecho una carrera tan corta como brillante en su tierra donde constituía un buen ejemplo de lo que puede alcanzarse mediante el concurso de una voluntad poderosa: se dedicó primero á los trabajos de pelo y flebotomía, que todavía no usaba anestésicos, se dedicó en seguida á la política y después de hacerse especialista en materia

de machetazos, triunfó "su revolución" y, entonces, se le ofreció un viaje á la Corte. Se le concedió un año de sueldos anticipados,—precaución muy oportuna en los países de América en que el Gobierno no ha logrado una completa estabilidad, y Membreño hizo sus maletas para la Corte, donde se proponía ser muy amigo de los Reyes. ¡Son tan amables sus Majestades con los sudamericanos!

Al llegar al transatlántico que debía conducirlo á Europa, inauguró sus tareas haciendo su primera reclamación: pidió que se izara su bandera por ir "Ministro á bordo" y, una vez esclarecido este punto, fomentó con tanto entusiasmo la vida social del barco



...Con una dama cuyos labios desaparecían bajo unos bigotes de guardia civil...

que el capitán estaba resuelto á desembarcarlo con los mozos en el camino.

—Es muy sabrosa—dijo el empleado del Protocolo—la entrada del señor Membreño en la Corte. Sabrosísima... No dude—le dijo al Jefe del Protocolo—que me empeñaré en ser muy grato á Su Majestad, de quien he recibido los mejores informes.

—¡Vaya un tío!—pensaba el encumbrado funcionario.

El señor Membreño sentía por el "reicito" un afecto paternal y sobre todo á España ¿quién no la quiere, más que á una tía vieja?

—Durante toda mi vida política y desde que tuve uso de razón, deseaba venir á España. ¡Ya lo creo!

—Gracias; le gusta... Muy amable.

—Pero cómo no me va á gustar si es una guitarra en dos patas?—agregó Membreño con satisfacción de quien al fin encuentra la flor que buscaba.

El Conde le comunicó en seguida que el Rey lo recibiría ocho días después, á las dos de la tarde.—Supongo—agregó por precaución—que S. E. tendrá ya su traje de Ministro.

El señor Membreño se asombró, sin desconcertarse:

—¿Mi traje de Ministro?

—Es de rigor en estos casos la asistencia de uniforme.

—Sí, señor, me olvidaba que estoy en la Corte. Como nosotros somos republicanos... Y Membreño recordó en ese instante el

único ceremonial político establecido á firme en su tierra: cuatro tiros y á quejarse al Padre Eterno.

—S. E., he tenido el honor...—dijo el Conde despidiéndose.

—Un amigo más y dele de mi parte muchas expresiones al Rey.

La señora, "madame" en estilo protocolar, había recibido poco antes la visita de una camarera de la Corte.

—Muy llano el Conde... nos hemos hecho grandes amigos y me propongo cultivar esta amistad.

—Has debido convidarlo á comer...

—No seas yegua—dijo familiarmente S. E.—si apenas lo conozco. Hasta luego y vamos á ver cómo te dejan ese vestido de Corte.

Y el señor Membreño se encaminó á un sastre de uniformes que había visto en la calle del Príncipe.

—Necesito con gran urgencia, eso sí, un uniforme de Ministro.

—¡Vamos!—pensó el sastre soltando unos pantalones de Capitán General—esto quiere decir que hay nuevo Ministerio y que este "tío" se ha pescado una cartera.

El traje estuvo listo oportunamente y cuando llegaron las carrozas, el día señalado para la recepción, el Conde encontró á S. E. el señor Membreño muy risueño y metido hasta el cuello en un traje de Ministro del reino.

¡Sería posible! Qué broma! Y cómo aparecerse ante el Rey con semejante adefesio... Pero cómo, por otra parte, dejar esperando al Soberano.

—¡Pero hombre!—dijo Membreño—le noto á usted un poco preocupado. Yo, en cambio, estoy muy contento porque al fin ha llegado sin novedad este día.

—Tiene razón el señor Ministro... S. M. va á tener una sorpresa muy agradable al ver á S. E.

Por el camino y no pudiendo aguantar más la curiosidad, el Conde manifestó al distinguido representante extranjero que le hallaba muy parecido el uniforme al de los Ministros del Reino. Muy parecido...

—Me alegro.

—Cada país tiene su traje—insistió el Conde.

—Y el de nosotros ¿le parece mal?

—¡Ah!—pensó el funcionario, es que Honduras ha tenido la gentileza de tomar para sus diplomáticos el uniforme de nuestros Ministros de Estado...

Al subir la gran escalinata, el señor Membreño se inclinó saludando al primero que encontró.

El Conde le tocó levemente el hombro y dijo al oído de S. E.:

—Es un alabardero.

—Tengo mucho gusto de conocerlo.

Resonaban solemnemente las alabardas, é inclinándose á ambos lados el señor Membreño saludaba ondulando la cabeza.

—Muy amables... no esperaba otra cosa de la madre patria.

Al verlo, S. M. tuvo vivos deseos, según se supo después, de preguntarle á qué Ministro dimisionario y en qué condiciones le había adquirido el uniforme.

La presencia de Membreño espantó al protocolo y nadie, del Rey abajo, gastaba muchos esfuerzos por no reirse.

S. E. estaba encantado de tanta amabilidad y se esplayó manifestando que haría cuanto de él dependiera para fomentar el constante acercamiento de España y Honduras.

De tiempo en tiempo, dejaba rodar ambas manos sobre los bordados de la casaca.

Convencido de su éxito, dijo que se proponía no salir más de Madrid, y ya iba á preguntarle por su novia, cuando el Rey, saludando militarmente, abandonó la sala.

En la noche de ese día, S. E. ofreció un gran banquete para celebrar el día de su recepción oficial y sentó á la derecha de su señora al presidente del partido republicano revolucionario...

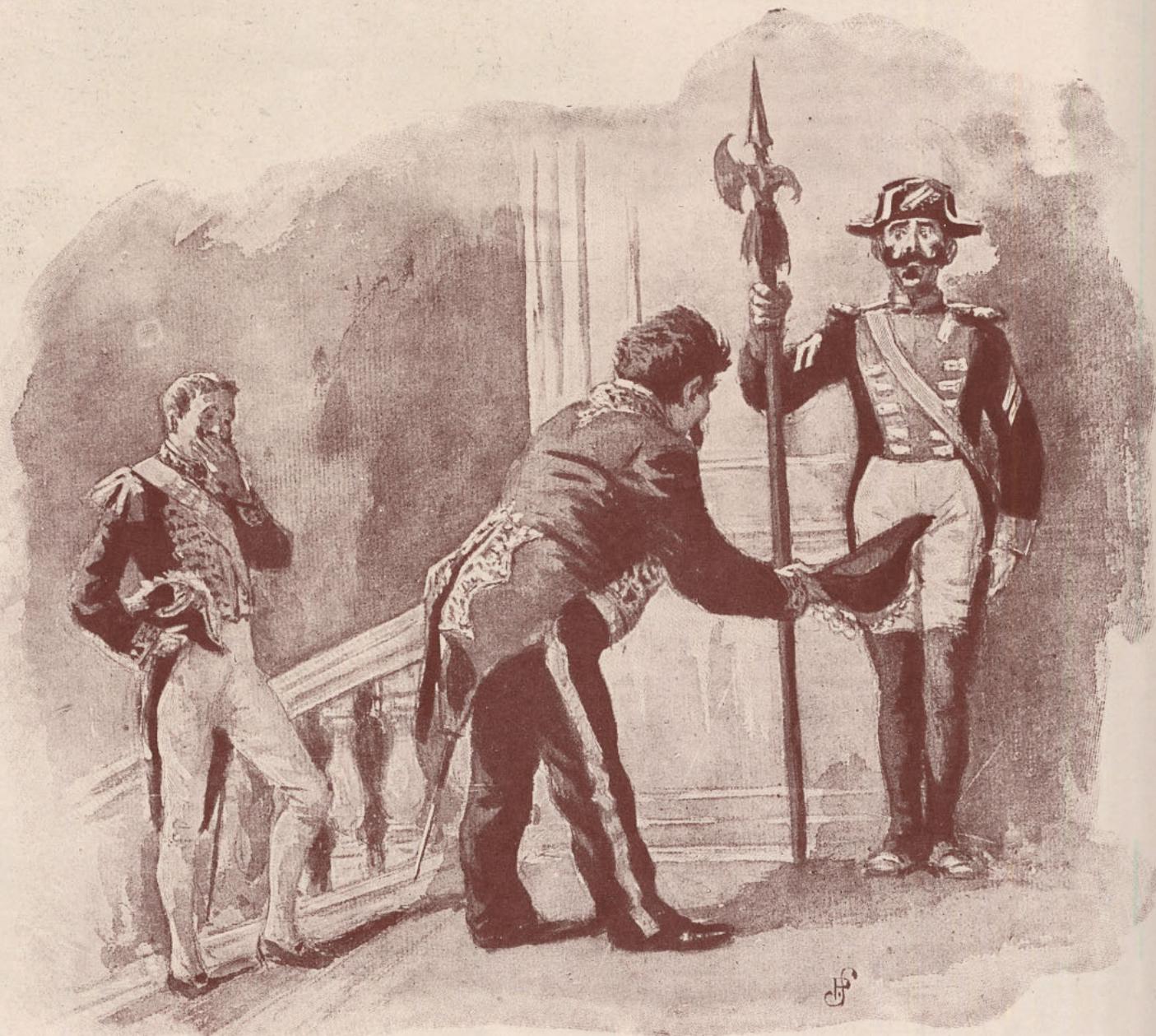
—¿Y Membreño?—solía preguntar el Rey al Jefe del Protocolo.

Después de ser célebre en la Corte, había caído, como caen los hombres y los partidos, porque junto con triunfar en Honduras la única revolución en que no había tomado parte fué destituido y llamado á rendir cuentas. Cuestión considerable!

Decidió quedarse: enagenó en el "Rastro" la casaca y en espera de mejores tiempos se metió á un entresuelo.

—¿Y Membreño?—solía preguntar S. M.

E. RODRIGUEZ MENDOZA



Se inclinó saludando al primero que encontró

La que amaba...

Una noche, en el salón de la subprefectura de X, después de servido el té en tazas de fina porcelana de China, la conversación, que por un momento había languidecido, volvió á animarse. Hablábase de todo sin orden ni concierto; abordábanse todos los asuntos menos la política, pues nadie se atrevía á tocarla por ese miedo instintivo del funcionario que teme siempre comprometerse, aún entre personas amigas.

Un escándalo ocurrido pocos días antes y que había llenado de desolación á una de las principales familias de la ciudad, llevó, por natural transición, las conversaciones al tema del amor; y al coajuro de esta palabra todas las voces callaron y todos los ojos se volvieron al que la había pronunciado y á quien las damas parecían dar las gracias con una amable sonrisa.

—Sin que yo quisiera excusar á la señora de P.,—dijo un joven abogado recién salido de la universidad,—convengamos en que hay circunstancias atenuantes cuando se trata, como en este caso, de una mujer joven y hermosa y de un marido feo y enfermo.

—¡Alto ahí, señor letrado!—exclamó el subprefecto.—Voy á referir un hecho de cuya autenticidad respondo y que desmiente en absoluto lo que acaba usted de decir; es una historia vívida, como ahora se dice. Tenía yo entonces diez y ocho años y estaba de pasante en el despacho de un notario de una pequeña ciudad de Langüedoc cuyo nombre no interesa á ustedes. Tenía allí por compañero á un tal Farge, jorobado...

Calló unos segundos y al ver que algunos contertulios sonreían discretamente, prosiguió:

—Sí, jorobado, horriblemente jorobado. Aún recuerdo el azoramiento de los clientes cuando veían que aquel monstruo, no mucho más alto que la mesa, les hacía, con su voz atiplada, los honores del estudio. En los primeros días, costóme gran trabajo acostumbrarme á convivir con Farge; la vista de aquel sér deforme y desdichado me era plásticamente desagradable y su joroba me daba casi rabia... Pero se mostró conmigo tan servicial, tan complaciente, que habría sido preciso tener muy malos sentimientos para no corresponder á su buena amistad. Por esto, sin que nuestro trato se extendiera fuera del despacho, no tardó en establecerse cierta intimidad entre ambos; quizás era yo el único extraño que le escuchaba sin burlarse de él, que compadecía su desgracia, que lo tomaba en serio.

Poquísimas veces le ví sonreirse; su rostro pálido con ojos oscuros, muy dulces, parecía siempre triste; sin cesar tenía presente en su espíritu la idea de su deformidad y del estado de inferioridad en que se hallaba respecto de los demás jóvenes. En el colegio, no le habían escatimado las burlas y las vejaciones que le hacían sufrir cruelmente, pero sin quejarse nunca. Salía poco, pues no tenía amigos, y vivía con sus padres que, á pesar de su edad, la cuidaban como si fuera un niño.

Farge no tenía más que una pasión, la lectura, y una parte de su sueldo la destinaba á la compra de libros; por los que me prestó adiviné fácilmente el alimento que nutría su imaginación. Las historias violentas le desagradaban y érale también antipática la pintura escrupulosa de la realidad; en cambio, gustábanle las historias de amor tiernas, delicadas, la imagen idealizada de la vida, los vuelos hacia las esferas azules de la Quimera, en donde procuraba olvidar su infortunio con un sueño mágico en medio de criaturas etéreas que le prodigaban á porfía, como las odaliscas de un soberano oriental, sus caricias y sus consuelos.

Una mañana, Farge llegó al despacho contentísimo; su rostro rebotaba de satisfacción, y hasta me pareció menos jorobado que de ordinario. No podía estar quieto en su asiento y á cada instante se levantaba para recorrer á saltitos, que tal era su modo de andar, el estudio ó para ir á asomarse al balcón y contemplar algo en el vacío. Yo le observaba asombrado, sin saber qué pensar, pero confieso á ustedes que ni por un momento me pasó por la imaginación que pudiera estar enamorado; semejante idea habríame parecido ridícula.

Al otro día entró, como de costumbre, triste y ni en aquel ni en los días siguientes noté nada de anormal en él. Pero al cabo de un mes, una mañana en que el escribiente había salido y nos hallábamos solos él y yo, díjome bruscamente:

—Voy á dar á usted una noticia; me caso.

—¡Usted!

—Sí, yo,—añadió sin hacer caso del tono burlón con que había yo pronunciado aquella palabra.—Sí, voy á casarme y espero que será muy pronto.

Callóse un instante y después, de pronto, como impulsado por una necesidad irresistible de confiarme su dicha, de dejar que estallara su alegría, su hermosa alegría exuberante de enamorado, de desahogar en otro corazón los sentimientos que tan deliciosamente agitaban el suyo, me lo confesó todo.

Y he aquí lo que me dijo:

Para ir al despacho tenía que pasar por una de las callejuelas que desembocan en la plaza del mercado y en la cual habitaba una joven



María Magdalena en las representaciones de Oberammerzan en Baviera

de veintidós á veintitrés años. Celina Bourdat, que tal era su nombre, vivía muy retirada con su madre, viuda, según creo, de un capitán que murió en la campaña de Méjico. Era una muchacha muy linda, el tipo clásico de la rubia sentimental. Cada mañana veía él asomada á su balcón y ella le seguía con una mirada afectuosa que había de llenar de una emoción dulcísima el corazón de aquel desheredado. Agradábale á él verla ora en el balcón, ora detrás de los cristales medio oculta por la muselina de los visillos, y sin duda la identificaba con las mujeres ideales que llenaban su cerebro de soñador. Y era para él una decepción muy grande que transcurriese un día sin haber vislumbrado, al pasar, los ojos azules de Celina. La cosa duró mucho tiempo, más de un año quizás, y aunque otro cualquiera se habría cansado de aquellas contemplaciones, él, el pobre jorobado, ¿qué más podía desear que aquella dulce mirada de conmiseración que, como una limosna, le arrojaba la linda muchacha? El infeliz no pedía otra cosa, no soñaba otra cosa; la adoraba en silencio con el fervor místico de un devoto que adora á Dios.

Un día, los dos ojos azules parecieron más enternecidos que de ordinario y en los labios sonrosados que nunca se habían entreabierto dibujóse una sonrisa. Aquella sonrisa, ¿era realmente para él? En la duda, Farge se volvió para ver si detrás de él habían alguien que pudiera reclamar para sí aquel rayo de sol que iluminaba de pronto con una alegría inmensa su alma ensombrecida, y á nadie vió; la calle estaba desierta. Y como él siguiera mirando la ventana, sin poder substraerse á su contemplación, la ventana se abrió y, graciosa como una castellana de los pasados tiempos, Celina, vestida con una bata blanca, asomóse á ella y, como distraída, dejó escapar de su fina mano un billete que, empujado por el viento, fué á caer á pocos pasos de él. Después, la joven desapareció. Con el corazón palpitante, presa al mismo tiempo de esperanza y de temor,

Farge recogió el billete, que exhalaba un ligero perfume, el perfume predilecto de Celina, y lo apartó con su mano crispada, cual si temiera que alguien le arrebatase aquel pedazo de papel, para él más precioso que todos los tesoros del mundo. "Le amo á usted,—diciéndole la joven,—venga usted esta noche á las nueve á la puerta del jardín. Yo estaré allí". ¿Creerán ustedes que titubeó en acudir á tan extraña cita? La idea de que la muchacha se burlase de él ni siquiera cruzó por su mente. Hay casos, en efecto, hay circunstancias particulares y graves en que no puede ponerse en duda la sinceridad de una persona, en que la mirada de ésta, la expresión de su rostro, un detalle insignificante, pero que nos choca en su fisonomía, nos asegura de antemano su lealtad. ¡Y Farge había sabido leer en el semblante de Celina!

Olvidando por vez primera en su vida su deformidad, dirigióse al sitio que le indicara aquella á quien amara con la misma turbación, con la misma embriaguez, con el mismo enajenamiento de todo su sér que si hubiese sido robusto y estado dotado de esa belleza arrogante, soberbia, que seduce á la mujer y la arroja á nuestros pies como tímida y obediente esclava... ¿Qué se dijeron en el jardín? Lo ignoro; pero seguramente se comprendieron, se adivinaron, se embriagaron juntos con el penetrante aroma de los brotes tiernos y sus corazones desbordantes se comunicaron sus mutuas ternezas. Celina, cerrando los ojos á la triste realidad, no vió en Farge al hombre deformado que parecía creado para servir de juguete á la gente, sino al amante de corazón de oro, vibrante de pasión y que á cambio de su adoración sólo pedía una mirada, una sonrisa, una palabra afectuosa y consoladora.

Se casaron, tal como Farge me lo había anunciado. A pesar de las súplicas de su madre desconsolada, que no tardó en morir de pena; á pesar de los ruegos de su familia y de sus amigas, que invocando todas las razones que pueden ustedes suponer, se esforzaron en disuadirla de tan loca resolución; y á pesar de las odiosas burlas de que fué objeto, Celina quiso ser su esposa.

La boda se celebró de noche, á fin de evitar las importunidades de los curiosos y los novios compraron una casita á pocos kilómetros de la ciudad y en aquel retiro instalaron su ventura.

Poco tiempo después, partí para París.

Diez años más tarde, hallándome de paso en aquella ciudad, recordé la extraña aventura y quise volver á ver Farge y á Celina. Pregunté en el hotel.

—¿El señor Farge?—contestóme la dueña, como tratando de hacer memoria.—¡Ah, sí, ya me acuerdo! Un señor jorobado, ¿no es verdad? Pues murió hace cinco seis años.

—¿Y su viuda? Seguramente habrá vuelto á casarse.

—¡Oh, nó! Sigue llevando luto por su marido. Vive aquí cerca; la verá usted pasar á las seis, la hora de la bendición.

Comprendí que nada más podría sacar en claro de aquella mujer y fui á visitar á mi antigua principal, no por el placer trivial de reanudar nuestras relaciones, sino para que me diera la clave de aquel caso curioso de psicología. Me recibió cordialmente, nos pusimos á hablar y pronto hice recaer la conversación sobre el asunto que me interesaba.

—Puedo satisfacer tanto más su curiosidad,—me dijo,—cuanto que yo en persona recibí su testamento. Llamóme la víspera de su muerte. Todo se lo dejó á su esposa.

Y con su habitual flemma y el lujo de tropos solemnes que le diferenciaba de sus colegas de X..., me dió cuantos pormenores

podía yo desear. Así supe el final de la historia, de aquella historia de amor tan rara y tan enternecedora, en la que todavía hoy no puedo pensar sin sentir cierta emoción.

Farge sufrió durante más de dos años la enfermedad que había de llevarle al sepulcro, y hasta el último momento Celina le cuidó con la misma abnegación, con el mismo cariño; á todas horas del día y de la noche estaba á su lado, fiel, atenta, siempre dispuesta á satisfacer su voluntad y sus menores caprichos. Joven y guapa, acostumbrada á todas las dulzuras de la vida, hasta á todas las elegancias, desempeñaba sin asomo de repugnancia todos los actos de su papel de enfermera, radiante de satisfacción su rostro fatigado, como si encontrase una voluptuosidad extraña, desconocida, en sacrificarse por él.

Y el infeliz se moría lentamente; de su cara lívida solo se veían los ángulos bajo su barba escasa; pero Celina continuaba amándolo, con más pasión, quizás, ahora que iba á perderle; no se apartaba de él y permanecía acariciándole con tiernas palabras, con esas palabras de mujer que penetran directamente en el alma.

Farge, al ver tanta abnegación, lloraba y suplicaba á Celina que tomase algún descanso, á lo que ella contestaba: "No, si no estoy cansada; si me hallo muy bien á tu lado".

Y así fué hasta el último día; Celina no le dejó, después de haber depositado sobre su frente el beso supremo, hasta que los empleados de la funeraria, indiferente á su dolor, le hubieron encerrado en su ataúd. Entonces sus nervios, que, después de tantas fatigas y viglias, sólo la sostenían por un esfuerzo heroico, se aflojaron y Celina se desmayó.

Despedíme del notario, profundamente impresionado por su relato, y después de dar una vuelta por la ciudad en donde habían transcurrido dos años de mi juventud, regresé á la fonda.

Y por la tarde, á las seis, la ví pasar por la calle, furtiva, en una actitud humilde de monja. ¡Cómo, había cambiado, pobre mujer! Costóme trabajo reconocerla entre dos ó tres solteronas. Pálida, demacrada, con sus tristes vestiduras de viuda inconsolable, encorvábese como aplastada por el peso de la vida.

Al ver aquel rostro flaco, aquellos ojos que brillaron como encendidos por no sé qué fiebre mística, tuve la intuición rápida y precisa de que su amor victorioso de la tumba, seguía viviendo en el fondo de su corazón y que no tenía más que una aspiración única, juntarse con aquel á quien todavía lloraba.

—Y bien, señoras,—dijo el subprefecto,—ustedes, que tienen experiencia en las cosas del alma, sean jueces; de antemano me sometó á su fallo. ¿Era amor aquello?

Ninguna se atrevió á contestar.

De pronto estalló la voz de un gran industrial que en el mundo oficial prepara-

ba su candidatura legislativa y en cuyo semblante satisfecho reflejábese la alegría de vivir.

—¿A esto llama usted amor?—dijo.—Yo lo llamo locura; aquella mujer estaba chiflada.

—Diga usted más bien... desequilibrada,—replicó la esposa de un médico, señora regordeta que usaba lentes y leía revistas científicas.

—Era simplemente una hermana de caridad,—exclamó el joven abogado que había promovido aquella discusión sentimental.

—Nó,—respondió entonces una voz dulce, temblorosa y como velada por la tristeza;—nó, ¡era una mujer que amaba!



LOS MENDIGOS

CUADRO DE ERNESTO MOLINA
(Museo de Pintura)

LA REVOLUCIÓN PORTUGUESA

Especial para SELECTA

Entre los acontecimientos memorables de nuestra época, ninguno sin duda de mayor trascendencia, limitándonos hasta el día en que estas notas escribimos, pues que hemos de dejar al tiempo por venir la sorpresa de más grandes sucesos, que el movimiento revolucionario del Portugal que abatió en aquel reino, casi un imperio, como que sus dominios se extendían á muchos mares lejanos, el secular edificio de la monarquía y erigió el de la República. A quienes habían seguido de cerca la vida de la nación portuguesa en sus últimas etapas, si causó extrañeza no sorprendió la noticia del advenimiento del regimen republicano en el Portugal. Aún prescindiendo de la aparición del partido republicano como poderosa agrupación política que desde hacía buen número de años venía difundiendo de manera lenta, pero intensa su ideal con propaganda incansable é indomeñable en la escuela, la tribuna y la prensa, la tragedia lusitana que significó la muerte de don Carlos en 1897 fué un signo evidente que hizo ver al mundo que el trono de los Braganza tocaba á su fin. Tal vez pocos pensaron que éste estuviese tan próximo, no obstante de que pequeñas pero graves circunstancias permitían á los observadores del desarrollo de la política portuguesa entrever después de aquel trágico suceso, el esbozamiento de la revolución con caracteres definidos.

El ardiente sueño que de muchos años venía nutriendo considerable mayoría del pueblo portugués, al que el derroche de la monarquía en irritante contraste con la miseria nacional, resultado de la bancarrota á que conducía al país, había llegado al máximo de su vigor y á principios de octubre hubo de transformarse el ideal en acción, estando casi, podría decirse, señalada aquella fecha para la explosión del sentimiento republicano.

Un suceso ocurrido en Lisboa sirvió de estimulante á los republicanos para exteriorizar en forma casi tangible sus ardientes aspiraciones. El asesinato del señor Miguel Bombarda por un realista, sobre el que no recayera la debida sanción, exaltó á los republicanos que, contando con la adhesión de buena parte de la Armada y el Ejército, vieron en la próxima partida del Tajo de varias de las naves cuyo personal no participaba de la idea republicana, una ocasión para lanzarse á la revolución. A las 8, en la noche del día 3, los organizadores del movimiento se hallan reunidos en el tercer piso de una calle silenciosa de la capital. Allí, en una habitación estrecha, al rededor de una mesa en la que sólo se alza una lámpara de petróleo que esparce en el recinto una pálida luz amarillenta, se hallan agrupados cerca de cuarenta republicanos. Entre ellos se ve á los más ardorosos propagandistas de la revolución. Son Cândido de Beis, Alfonso Costa, Juan Chagas, José Reval, Eusebio Lao, Inocencio Camacho, Inocencio Barboza, José de Almeida y varios militares y marinos de alta graduación, que representan á los grupos de la Armada y el Ejército que se han adherido al movimiento á cuya organización se da en esos supremos momentos los últimos toques.

Se cambian ideas. Se examina la situación. Se discute con entusiasmo. Se dice que no debe esperarse á la realización del movimiento simultáneamente con España, país en que la revolución no está, como en el Portugal, definitivamente preparada. Los jefes militares informan que se cuenta con el Ejército: están lis-

tos para entrar en liza dos regimientos de lanceros, cuatro de caballería, dos de cazadores, dos de infantería, uno de artillería, quedan algunos de los cuerpos de la guarnición en la capital de cuya adhesión se duda; pero se cuenta en todo caso con elementos suficientes para considerar seguro el triunfo. Un oficial presenta un plan que es aprobado: habla con serenidad, dando á sus palabras el acento solemne de las convicciones firmes. El movimiento debe iniciarse á la una de la mañana, y la señal será treinta cañonazos que las naves surtas en el Tajo harán sobre la ciudad. Queda el balneario de San Pablo designado para acuartelamiento de las tropas y resuelto que de allí saldrán hacia Alcántara, al encuentro del Rey Manuel, varios de los directores del movimiento. El soberano, queda determinado, que será encerrado á bordo de una nave y rodeado de toda clase de garantías.

A las once y media de la noche termina la reunión. Los oficiales se retiran á sus destinos. Los demás se dirigen á San Pablo á esperar la hora señalada. Intensa agitación les domina. Llega por fin la una de la madrugada. La ansiedad invade los espíritus de aquellos luchadores. La calma reina por doquier y una terrible angustia se apodera de ellos. A pesar de lo acordado no se escucha el estampido de los cañones libertadores. Pasan cinco, diez minutos. Los corazones vibran con violenta intensidad en los nobles pechos ardientes que amenazan romperse. Ninguna de las señales convenidas se realiza. Aún los más optimistas y seguros en sus previsiones sienten pasar sobre sus almas una densa sombra. Ha llegado al grupo uno de los directores del movimiento quien informa que han surgido dificultades graves: varios cuerpos del Ejército con cuya adhesión se contaba han vacilado á última hora y declarando que permanecerán leales á la monarquía aunque, llegado el caso, no harían armas contra los republicanos.

El almirante Dos Reis, alma y nervio del movimiento, expresa su desconfianza. El tiempo transcurre; inmutables y graves, los instantes huyen golpeando rudamente los corazones palpitantes. Alfonso Costa y Malvo do Valle han partido hacia Alcántara en automóvil, al encuentro del joven soberano. Aún ninguna señal se deja oír. Sólo un regimiento, aquel que se consideraba de menor importancia, ha sido el único en

abandonar su cuartel lanzándose á la calle. A la una y veinte minutos suenan tres cañonazos. Pero esa no es la señal convenida. Un profundo silencio les sigue. A la desesperación ha reemplazado en las almas inmenso desaliento. El almirante Dos Reis ve alzarse ante sus ojos la tremenda responsabilidad, y creyendo fracasado el movimiento se suicida disparándose dos proyectiles de revólver y la revolución queda sin jefe y sus directores sumidos en atroz desconcierto.

Un minuto más y la situación se ha salvado. Cuando sólo se habían oído tres de los cañonazos que debía hacer la artillería de tierra, el 16.º de infantería acampado á un kilómetro de la ciudad, abandona su cuartel y con las armas en abierta actitud bélica, emprende marcha precipitada hacia la capital al grito de "Viva la República". Poco después, desde las aguas del Tajo, responden las naves republicanas que inician el bombardeo, dirigiendo sus bocas de acero hacia el Palacio Real.

La guardia Municipal, fiel á la corona, sale á la liza é intenta



Combates en los techos

reducir á los sublevados. Las calles de Lisboa ven iniciarse el combate. Las naves continúan vomitando sobre la ciudad sus proyectiles.

A las primeras detonaciones, el joven soberano va de su cámara hacia un grupo de funcionarios palatinos que discurren en una sala del palacio.

—¿Qué sucede? pregunta.

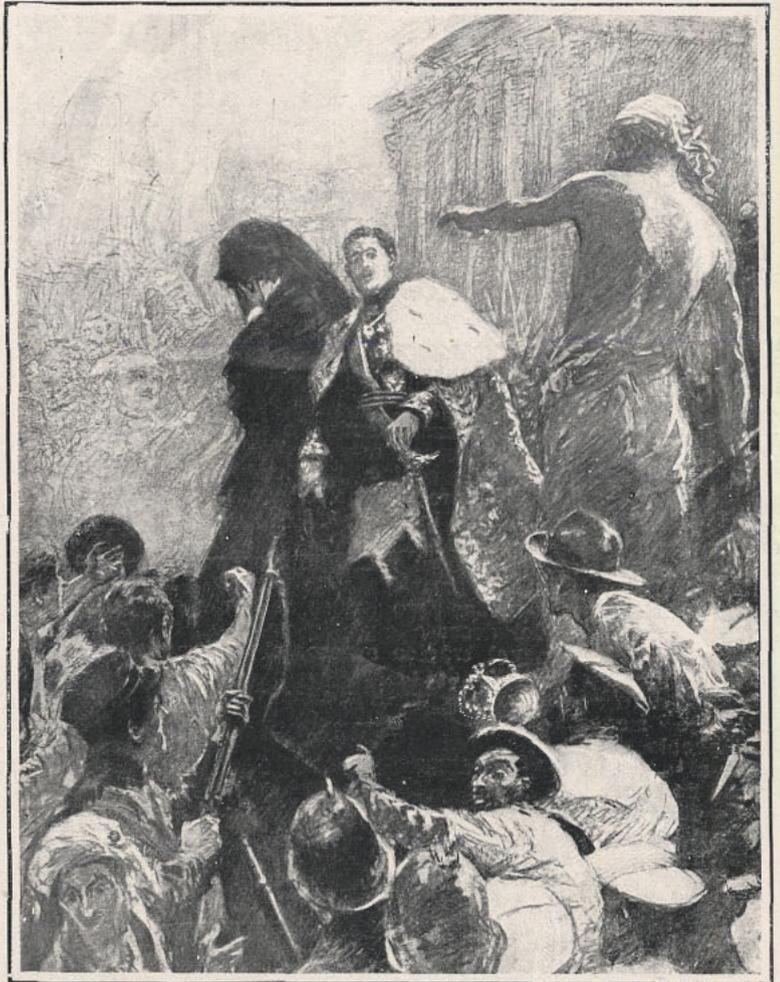
—Es un motín callejero, contesta un general. Cosa pasajera.

Mas el motín se ha convertido en pocos minutos en combate. La discreción y el celo palatinos no pueden ya ocultarlo. Una bala del cañón acaba de hendirse en el muro del palacio cerca de las habitaciones del joven monarca, cuyos oídos escuchan á distancia una sola voz clamorosa y ardiente que grita: "Viva la República"! y que es la voz de la tragedia cuyo rostro profundo é ineluctable había ya conocido el día en que viera caer, extinto, á su padre bajo el plomo anarquista. Ahora ya nada le queda. Llegado el ocaso para la infortunada dinastía de su nombre, él, el último de sus soberanos, dirige sus ojos de niño hacia los viejos muros que encerraron el señorío de sus mayores, y escapa, talvez también hacia libertad. Y cuando la República llega, sonora y gloriosa, su juventud real, dolorosa y noble, huye hacia una nave que le acoge para llevarle poco después hacia el Exilio.

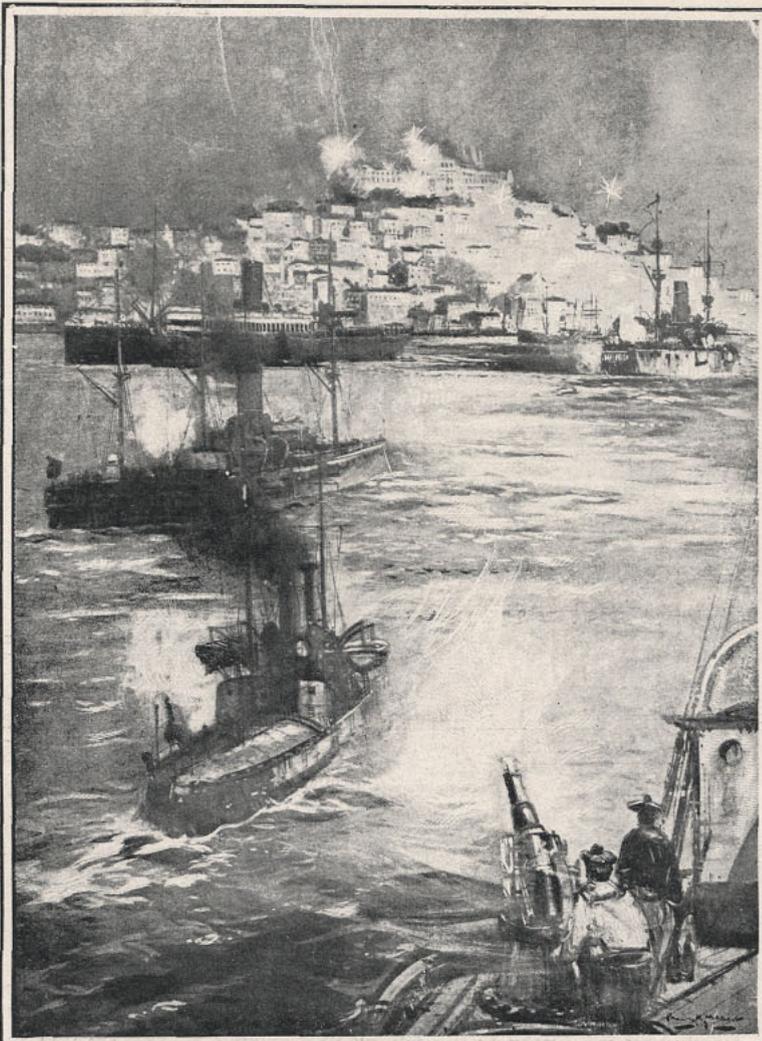
Entre tanto la lucha entre las tropas fieles á la corona y las republicanas continúa; sólo que á ésta acompaña el empuje impetuoso y la voz sorda del pueblo, en cuyas manos va siempre enredada la clave y el enigma de los destinos colectivos. Vibran los cañones; se escucha el estrépito de las armas que chocan, y á la clara luz del sol matinal, las calles de la ciudad lusitana perfilan, las figuras de unos cuantos centenares de cadáveres, tintos en sangre, á manera de caracteres rojos de una frase inmutable con que siempre comienza la Libertad su Decálogo.

El triunfo está asegurado y el sol del nuevo día, en el que había sido de largo tiempo reino lusitano quedaba erigida la República.

La noticia del derrocamiento de la Casa de Braganza y el advenimiento del régimen republicano en el Portugal, si ha causado extrañeza al mundo, no ha sorprendido á los iniciados en la política de aquel país en los últimos diez años. Un sagaz é inteligente periodista francés, corresponsal en Lisboa de uno de los más importantes diarios de París, que vivió por espacio de dos años en la capital portuguesa durante las cuales estuvo en estrecha comunicación con los leaders del partido republicano, y observó de cerca la política lusitana, escribía poco antes del 3 de Octubre. "Creo firmemente que está próximo el fin de la monarquía de los Braganza; es un edificio cuyos muros están ya vencidos y que nada podrá sustentar. La idea de la República



Corona que se derrumba



La escuadra hace fuego sobre el Palacio de Las Necesidades

se hace cada día más vigorosa. La monarquía va quedando aislada con unos cuantos adeptos, en tanto que las filas republicanas son numerosas y muy bien dirigidas. El partido republicano cuenta, por otra parte, con casi la totalidad en los elementos intelectuales del país y á él se plegan día á día las personas de independencia económica y de mayor honorabilidad, que vuelven las espaldas al palacio real en fuerza á los excesos de la monarquía".

Los monarquistas no contaban con personalidades de la popularidad de Bernardino Machado, Guerra Junqueiro, Juan Chagas y otros muchos, considerados dentro y fuera del país como lo dirigentes de la opinión pública portuguesa, que les seguía y les escuchaba contra toda oposición de los adeptos á la monarquía.

Machado es un hombre en el que se aunan las condiciones del político dominador. Con vastísima ilustración, dotado de carácter luchador y de gran energía, se sabe de él que ha dominado todas las situaciones sin recurrir á la violencia. Es un verdadero ídolo del pueblo que ha hecho de él un conductor de multitudes, que escuchan su palabra con religioso respeto. Es al mismo tiempo el tipo del verdadero patriarca. Consagrado á la vida del hogar, ha escrito un precioso volumen en el que se hallan observaciones de sutil psicología sobre la mujer, recogidas en su noble trato con sus numerosas hijas. Fué siempre un orgullo del partido republicano, que vió en él uno de los más vigorosos propagandistas contra el régimen monárquico. Vive en comunicación directa con las personalidades europeas de todos los ramos del saber.

Entre los republicanos estaba Guerra Junqueiro, el poeta vibrante, batallador indomable, cuya verba exalta á las muchedumbres. A principios de 1909 decía: "Antes de dos años quedará establecida la República portuguesa". Guerra Junqueiro, como Machado, Magalhães Lima y los principales dirigentes republicanos, fueron los primeros en expresar que no aprobaban el asesinato de Don Carlos, que consideraron obra de la violencia, é innecesario á la causa de la República, en cuyo favor intensificaron sus esfuerzos, declarando que creían destruída la monarquía.

Entre los republicanos formaban Juan Chagas, el más ardiente talvez de los propagandistas de la República, que en una carta dirigida á las princesas pretendientes á la corona de S. M. Manuel II, observándoles en forma galante y espiritual que no les convenía de ningún modo "porque su reino, como el de Cristo, no era de este mundo", agregaba: "Indudablemente existe un reino del Portugal. El Rey se titula rey del Portugal; pero el reino, señoras, no es de la tierra: son los vasallos, y los vasallos faltan completamente al Rey de Portugal. Este soberano reina sobre un pueblo de rebeldes. Este joven monarca frisa en los veinte años y reina desde hace dos en virtud de circunstancias que vues-



S. M. EL REY MANUEL II DE PORTUGAL

tras altezas no ignoran y que por cierto le afectan profundamente. Hijo segundo del matrimonio real portugués, Don Manuel no debía reinar, y así, su existencia se iniciaba dulcemente al abrigo de las responsabilidades de la primogenitura, en la situación envidiable de los privilegiados por una lista civil que no les pide sino que la dirijan tranquilamente, cuando las circunstancias á que me refiero lo llevaron de improviso al trono de Portugal.

Don Manuel salió, de este modo, de una revolución. Pero, á la inversa de lo que ha sucedido á tantos otros reyes, más felices que él, no salió de una revolución fecunda: salió de una revo-



La artillería en el ataque

lución abortada, y así fué él mismo, social y políticamente un aborto.

Pero veamos en qué consiste esa revolución. Vuestras altezas sonríen quizá un tanto. Los príncipes se han reído siempre de las revoluciones sin perjuicio de perecer en sus hogueras. Reír del peligro revolucionario es la forma de su valor. La gran revolución rugía ya á las gradas de Versalles, y todavía María Antonieta se reía. "¿El pueblo no tiene pan? ¡Que coma brioche!" Desdichada señora: allá se quedó en la Plaza Concordia, en el sitio donde están hoy los caballos de Marly.

¿Quieres vuestras altezas prestarme un momento de atención?

La revolución, en este nuestro pequeño Portugal, hace mucho tiempo que se viene preparando.

Vuestras altezas no ignoran que el prestigio de las dinastías es hoy la única garantía de los tronos de Europa, que aparentan solidez. Los Hohenzollern son toda la razón de ser de la Alemania monárquica. La monarquía de Italia es la casa de Saboya, y la tradición de sus príncipes, ligada á la historia de la emancipación italiana. La monarquía inglesa se mantiene bajo el influjo de herencias simpáticas, y lo mismo sucede á la monarquía belga: quien gobierna este pequeño país es aún la sombra de Leopoldo I. La monarquía austro-húngara existe, porque existe un monarca venerable—vuestro venerable pariente Francisco José.—Esa dinastía de amables adventicios, que es la de los Bernadotte, garantiza á Suecia la monarquía de que goza.

Puede decirse, en resumen, que las monarquías europeas son populares. La propia dinastía de los Borbones de España no es impopular. España no le debe sino males, pero está contenta con ella.

No sucede así con la dinastía de Braganza. Esta es, indudablemente, la única dinastía europea francamente impopular. Su tradición no es simpática. La historia es para ella un poste de ignominia.

La dinastía no está fundada por el esfuerzo de los suyos, sino por el del pueblo. El primer Rey se sentó en el trono de mala

gana y lleno de miedo. Fué preciso para traerlo, ir á buscarlo por las orejas á su antiguo solar. Su sucesión, hasta el advenimiento de la regencia liberal, fué abominable. Toda la historia patria está de acuerdo en indicarla como una serie de perversos. Pero, su gran estigma, es la fuga de uno de los suyos, en la hora del peligro nacional de la invasión extranjera. Este hecho, por sí solo bastó para deshonrarla.

Los Braganza liberales no han traído para su casa más prestigio. Apenas implantado el régimen liberal, el primer Rey, Pedro IV, era silbado en un teatro. El reinado de su hija llamada "guerra civil", la que sólo terminó por una intervención extranjera, reclamada por esa odiada reina, verdadera déspota de polleras.

Entre los últimos reyes, él único que parecía sustraerse á las fatalidades hereditarias de la dinastía, reinó poco porque murió luego. Fué Pedro V. Su hermano, don Luís, presidió el largo período de descomposición del sistema liberal, en una sociedad que había perdido la fe, entre políticos cínicos y corrompidos. Su muerte fué la síntesis de un tiempo de podredumbre. Su hijo Carlos, saben vuestras altezas cómo acabó.

La dinastía de Braganza no es, pues, una garantía de la estabilidad de las instituciones monárquicas. Su historia no está simpáticamente asociada á la del pueblo, y está, por el contrario, asociada al recuerdo de peores días. Digamos la verdad: Portugal está arruinado, y á esa obra presidieron los Braganza, desfalcando el tesoro público en muchos millones de contos. Ya impopulares, la revelación reciente de sus relaciones clandestinas con el erario de la nación, hicieron llegar al colmo su impopularidad. El pueblo gritó contra la corrupción, y está comprobado que nuestros mayores corrompidos han sido nuestros reyes.

Hé aquí la familia que ocupa el trono de Portugal y hé aquí su situación. Entrar en una familia de éstos, es aceptar tremendas responsabilidades.

Creo haber puesto á vuestras altezas al abrigo de inclinaciones perniciosas, demostrándoles los peligros de la solidaridad matrimonial con el soberano soltero que en estos momentos perturba quizás los ensueños de vuestras imaginaciones.

Don Manuel es un pésimo partido. Su trono no es un sitio para ofrecerlo á una señora.

Respecto al hombre, nada tengo que decir que lo indisponga con el ánimo de vuestras altezas.

Al Rey de Portugal sólo falta, para ser un bello hombre, el no haber alcanzado todavía la edad adulta. La mujer que lo tenga por marido no lo habrá hecho antes de los veinticinco, que es cuando el hombre empieza á madurar, y para entonces, ya habrá dejado de ser Rey".



Algunos comentadores han pretendido dar á la revolución de octubre, sorprendidos por lo inusual de ella en apariencia, el carácter de un movimiento prematuro, todavía inesperado. Se han olvidado de que las ideas democráticas proclamadas en todo el orbe civilizado, venían abriéndose paso en la nación portuguesa é infiltrándose de manera segura en aquel pueblo. La casa de Braganza, sorda por su parte á las reclamaciones de la prensa republicana, no atendía al clamor del pueblo que, agobiado por una situación de miseria pedía al gobierno pronto remedio á sus dificultades. Sumida en una pasividad casi inconsciente, la corona se preocupaba más de otros asuntos que del bienestar de los súbditos, entre tanto que al amparo de esa pasividad, iba ensanchándose en la sombra la propaganda revolucionaria. El grado de progreso y civilización alcanzados en el mundo, exige á los soberanos algo más que grandes señores, á los cuales obedecen unos cuantos centenares de miles de hombres. Al concepto de los monarcas felices, unidos de divinidad, ceñidas las cabezas de áurea corona, en las manos imperativo cetro, y amplio manto constelado de gemas preciosas, que se sientan á fastuosos festines y á la noche, escuchan las leyendas que narran augurios misteriosos entre la serenidad y vasallaje de los cortesanos; el concepto de tales monarcas se ha extinguido.

La época que hace á los hombres y los exige á su manera, pide en el monarca al estadista y á la dinastía, prestigio. La Casa de los Braganza carecía de ese prestigio y Manuel II no era el

jefe nacional reclamado por un pueblo sobre el que pesaba la angustia de muchas opresiones. Sus antepasados tampoco habían sido, ni con mucho, estadistas y él no fué educado para el Estado. Exaltado al trono en las trágicas circunstancias del asesinato de don Carlos, el joven príncipe—á los solo diecinueve años—sorpren dióse rey, y hubo de asumir el gobierno de la Nación y con él las graves responsabilidades de la reyecía.

No debiendo ser el Rey, pues que la corona correspondía á su hermano muerto en las condiciones conocidas, habíase dedicado desde niño á nutrir su espíritu de arte y así había recibido una educación que no correspondía á la múltiple y sólida, propia á los príncipes destinados á dirigir una Nación. Sus inclinaciones naturales se enlazaron desde su niñez hacia el aprendizaje de las bellas artes, con predilección á la música. Nunca había manifestado aspiraciones políticas y alguna vez expresó fastidio ante la frialdad y rigorismo del ceremonial palatino. A don Carlos, su padre, un día en que éste le dijera que su deseo se pronunciaba porque siguiese la carrera de marino, contestó que preferiría ejecutar "sencillamente" sus partituras y continuar en completo reposo, sus lecturas literarias. Alguna vez en que se le habló de la distinción condecorativa enviada por un soberano europeo á su hermano, se expresó así: "Muy bien. Mi hermano está feliz; yo me alegro. Pero él debe ser Rey: sólo que yo preferiría que me dejasen dirigir una orquesta".

Las crónicas contemporáneas en su afán detallista, se han ocupado en mucho, el carácter del joven ex-monarca. Cuéntase que una tarde abandonó de incógnito y sigilosamente la Casa Real. Fuése á una comarca vecina. En una posada, en cuyo fondo se destacaba un grupo de operarios comentando un artículo de un diario republicano, se detuvo, y se inició en la conversación. Luego les habla, departe con el grupo individualmente, escucha que se habla de las miserias del pueblo. Cuando lo ha oído todo, hace unos cuantos apuntes en una pequeña libreta y después de dar algunas monedas á los presentes, que no le han reconocido, prosigue el camino. A corta distancia ordena al *chauffeur* detenerse, y abriendo la pequeña libreta permanece meditativo, los ojos fijos en las anotaciones que acaba de hacer. Talvez pensaba en que era preciso remediar aquello. Pero ni él podía y era ya tarde.

A su madre suplica en una ocasión haga que se le deje tranquilo. En otra impone se supriman algunas ceremonias y en alguna función oficial esquivaba las manos al beso del ceremonial. Largos ratos solía pasar la cabeza entre las manos, silencioso, y mudo como presa de quien sabe qué graves pensamientos.

Muchas fueron las veces en que Manuel II abandonó el Palacio Real de manera casi furtiva y en las que se le halló en casa de los más notables artistas, con los cuales gustaba departir cordialmente, refiriéndoles sus impresiones de los viajes por Grecia, Turquía, Egipto, Palestina y otros países, que había realizado en 1903, poco antes de ingresar á la Escuela Politécnica, de la cual salió para ascender, breve tiempo más tarde, al Trono.

Era un niño apacible, en cuyo vida enmanaban mejor las delectaciones del ensueño del arte, que las triviales preocupaciones del Estado. Un día el amor llamó al corazón del joven Rey y Lisboa escuchó una buena mañana, el rumor indestructible y on-deante de los grandes escándalos.

El joven monarca habíase enamorado ardentemente de una bella actriz parisiense. Ya no pensó más en su Reino. Obligado á abandonar á París y con la ciudad luminosa, al ser de su ardiente pasión, Manuel pasó largos días meditativo y triste. Constantemente, secretos y fieles mensajeros, partían hacia la gran ciudad francesa, como portadores para la afortunada actriz de presentes de joyas preciosas por valor de muchos millares de francos, y los funcionarios del *Palacio das Necesidades* hubieron de observar un día que con los sellos de París llegaban al monarca enigmáticas esquelas que proclamaban la exquisitez de una fina y delicada mano de mujer.

Una noche la amante llegó á Lisboa. Había sido llamada por el joven Rey. Todo estaba de antemano arreglado y la guardia de Palacio, prevenida, debía dejar libre paso á una mujer que á hora determinada de la noche, había de presentarse dando ciertas señas. Mas, para desgracia del joven Rey, una cualquiera circunstancia hizo que la hora de llegada de la amante fuese atrasada y ésta se presentase poco después de que la guardia advertida había sido relevada. Los nuevos, no informados, al ver llegar á una mujer, encubierta, y misteriosamente avanzar, pensaron en un atentado y ordenáronla retroceder. Hubo voces de alarma, carreras de funcionarios, gritos de alerta, entre las protestas de la actriz que era detenida y reducida á prisión. Hechas las aclaraciones del caso, todo se arregló momentáneamente en forma satisfactoria; pero el incidente, al siguiente día era comentado por los habitantes lusitanos que hablaban de él con calor y

en la noche de ese mismo día los directores republicanos celebraban una reunión en la que se votaba por la realización, cuanto antes del movimiento revolucionario.

Muy pocos días más tarde del suceso que acabamos de referir, Manuel II lee en presencia de doña Amelia un diario republicano. Su primera página contiene un violento artículo contra los excesos de la monarquía y con un tono de terrible amenaza se pide un cambio de política. Se acusa al Gobierno de haber reducido el país á la ruina echando sobre sus hombros la carga de una enorme deuda. Las cifras incontestables lo demuestran. La deuda externa era en 1855 de 3.6 millones de mil reis y la interna de 5.7 millones de mil reis; y en 1890 ó sean treinta y cinco años más tarde, esa deuda había alcanzado á 46.3 la primera y á 25.8 la segunda, habiendo aumentado en sólo ese espacio de tiempo, en 312 millones de mil reis. En 1891 el país estaba en verdadera bancarrota. En julio del año pasado la deuda externa ascendía á 41 millones de libras esterlinas y la interna á ciento veinte millones. El país vivía bajo el régimen de déficits permanentes, habiendo en los últimos años, solamente el servicio de la deuda pública, abarcado la mitad de las entradas.

Manuel II lee á su madre lo que aquel diario proclama con voz amenazante. Sus ojos han pasado por los párrafos que señalan los despilfarros de la corona, los abusos cometidos en las provincias por las autoridades monárquicas, el triste estado del pueblo, y alzando el rostro hacia dona Amelia, hija en ella, interrogativamente, sus pupilas de niño.

Ella le dice: "Ya se remediará todo esto".



Para la Casa de Braganza todo está ahora remediado. A la monarquía ha sucedido la República. Esta se levanta sobre bases de solidez y la Nación portuguesa parece entrar en su propia capacidad política. La República, ha declarado una de sus más conspicuas personalidades, no será ni exclusivista, ni sectaria, ni jacobina: se apoyará en la moral y en el respeto de los compromisos contraídos en nombre de la Nación. Será una República de trabajo, abierta á todas las aspiraciones y á todas las energías. Se ocupará especialmente de la enseñanza laica y de la educación cívica, hará reinar la probidad en la administración y, en la medida de lo posible, dará satisfacción á los reclamos de los que trabajan y sufren. En una palabra, será una República de orden y de justicia, fundada en el sufragio universal, sin el cual es imposible que exista la verdadera soberanía popular. Nuestro pueblo acaba de probar que es bueno y generoso. Hoy está firmemente resuelto á conquistar todas las libertades, á marchar hacia adelante, y asimilarse á todos los progresos, á vivir, en síntesis, en comunión espiritual con las civilizaciones avanzadas. Hemos proclamado la República: Probaremos que somos capaces de mantenerla y dirigirla".

El régimen republicano portugués se ha iniciado bajo la presidencia provisoria de un ilustre patriota, gran corazón, el más profundo pensamiento de su país. Su obra publicada pasa de ciento diez volúmenes sobre filosofía, historia, etnografía y otros ramos del saber humano, y ha sido traducida en su mayor parte á diversos idiomas extranjeros. Nacido en 1855, de familia humilde y pobre, **Teófilo Braga** se educó trabajosamente, sufriendo en su carrera intelectual rudos ataques de escritores viejos y jóvenes, debido á sus condiciones de carácter que le alejaban de unos y otros. Después de imponerse á todos ha acabado en ser el ídolo del pueblo portugués que ve en él la encarnación del espíritu republicano bajo de un concepto de moderación y tolerancia. Hasta su exaltación á la primera magistratura, Teófilo Braga ha sido el jefe del partido liberal.

Las noticias que nos llegan de aquel lejano país latino, nos dan cuenta de la trascendencia alcanzada por el cambio operado en sus instituciones políticas, y de las medidas de incalculable importancia puestas en práctica por el nuevo régimen, las que permiten asegurar que la simpática y noble nación portuguesa ha emprendido el camino que la conducirá á su engrandecimiento.

Quedan en el Exilio los últimos infortunados personajes de una dinastía vencida. Pero las miradas del orbe se vuelven cariñosamente hacia la mujer dolorosa á la desventurada doña Amelia, cuya vida en el ocaso han ennoblecido los tintes sombríos de la tragedia inevitable.

Allá en su retiro de **Woodnorton** el ex-joven monarca, entre un íntimo rato de ensueño y otro breve de lectura, piense acaso para su consuelo, que para él también ha llegado la hora de la libertad y que ya podrá dirigir una orquesta...

ALVARO BRADOMIN





LA QUIMERA, ESCULTURA DE PLAZA

LAS BLANCURAS SAGRADAS

PLAZA.—LA QUIMERA

¿Quién no se ha detenido ante la belleza de este grupo delicado y grandioso? ¿Quién no ha visto en la antítesis clásico-romántica de sus figuras la revelación de un símbolo? No es, seguramente, una obra que atraiga por su modernidad. Creada hace veinte años, cuando las ideas estéticas dominantes en el escultor eran las inspiradas más en la gracia que en la fuerza, está envuelta en la melodía infinita de la belleza romántica. Pero, dentro del concepto creador; ¿qué levedad en su movimiento de ensueño y qué proporcionalidad en el ritmo de sus masas escultóricas!

Reclinada en las alas abiertas del monstruo, la virgen, caídos los párpados y sueltos los cabellos, inclina arrobadamente la cabeza y sujeta con mano púdica el velo que le cubre los muslos. Está desnuda. Hay en su garganta una caricia de sombra y en sus senos una caricia de luz. La suavísima convexidad de su vientre núbil se levanta modelada por envolventes vaguedades de penumbra; la claridad, que de un lado de la cara salta al hombro izquierdo, corre por el brazo hasta la mano que toca la frente del monstruo, y la obscuridad, dispersa en los vacíos menores, se reúne y ahonda en el ángulo de la región poplítea, de la rodilla levantada bajo el velo. Abstraída de la tierra, donde una guirnalda espinescente desparrama el prodigio de sus rosas, la virgen sube, flota en el sonambulismo de sus blancuras desnudas. El monstruo se revuelve, se levanta y sonríe. Ha sentido en la aspereza de su dorso la frescura de la carne edénica. La mano que llega levemente á su cabeza leonina ¿se apoya ó detiene? ¿halaga ó repele? La caricia ilusoria hace correr por sus escamas un escalofrío de dulzura; sus fauces se abren, sus alas vibran, su cuerpo se anuda, se arremolina, se espiraliza y, enloquecido hasta el último de sus anillos por la sensación embriagadora, su pecho se esponja en un latido de placer quimérico y sus ojos se pierden en lo infinito de un cielo bárbaro. El monstruo sueña; su enroscamiento tumultuoso se detiene en la serenidad del éxtasis. . . En este grupo simbólico de la virgen y el monstruo, el artista se propuso dar existencia plástica al instante definitivo en que el alma rechaza la quimera que la llevó en sus alas. . . El tema, difícil y grandioso, vagó muchos años ante los ojos del escultor. ¿Qué línea de movimiento aprisionaría con más verdad el gesto significador de esa victoria dolorosa? La actitud que esa línea ritmificaría silenciosamente debería revelar el asombro sereno de la virgen que ve caer convertido en cenizas el azul de sus cielos interiores. La piedra tendría que ser la inmovilización de un vértigo. ¿Cómo cincelar ese imposible? ¿Cómo detener la fugacidad alucinadora del ensueño que se desvanece? Los diversos estados emocionales sugieren una serie de actitudes que corresponden, expresivamente, á cada uno de ellos, que los revelan en líneas, en movimientos. Las laxitudes de la melancolía, las postraciones del dolor, las altiveces del heroísmo y las locuras de la alegría, se insinúan y pasan por el silencio de la visión escultórica, en lento, desolado, gallardo ó risueño ritmo blanco. Es el desfile procesional de las actitudes. En él se muestran las formas que pueden vestir de realidad sensible todas las aspiraciones, desde las más tímidas hasta las más bravías, desde las que suben como efluvios de las ocultas combustiones afectivas, hasta las que se elevan obscureciendo el espíritu como se oscurece el cielo por la humareda de una selva incendiada en el horizonte.

El instante dolorosamente extático de la virgen exigía una línea expresiva, difícil de dar en toda la belleza de la verdad; una línea que mostrara su movimiento de ensueño en los contornos inmóviles y que revelara en la actitud de la soñadora el gesto moral de la desilusión. . . La virgen, comprendiendo al fin que todo es quimera, ha dejado caer sobre el polvo la guirnalda de rosas que llevaba en las manos para ceñir la frente de su ídolo. Su mano rechaza al monstruo alado.

Un cincel que no hubiera sido el griego y lírico cincel de Plaza habría dado su primer golpe en la línea tumultuosa de la actitud desesperada y no en la serena del asombro inocente. La virgen habría tenido, así, un movimiento difícil de mantener estéticamente dentro de la pasividad esencial á la escultura.

La soñadora no se revela; parece que las briznas florales de su ensueño han rozado, al caer, la pureza de sus formas y que la sensación deliciosamente errante la ha dejado en éxtasis. Su cuerpo está en un detenimiento que no es reposo, en un intento que no es acción. La línea, modelando las formas en un equilibrio inverosímil por lo vigorosamente bello, se aligera, se hace ilusoria y adquiere dentro de la unidad, una pluralidad expresiva que seduce: se aduerme en los ojos desfallecidos; florece en la boca, animada por la sombra del labio inferior; se enciende en los senos luminosos; corre por el brazo abandonado con dulzura; tiembla en la mano que roza al monstruo; se quiebra en el ángulo de la rodilla levantada; se desliza por la pierna caída y aletea en los dedos del pié cándido. Luego en las ondulaciones del velo, se apresura, se hace tumultuosa; resbala, cae, se columpia en los pliegues curvos, se desvía en los diagonales, se precipita por los verticales, culebrea en las eses de los bordes, sube, llamada por las arrugas ascendentes, hasta la mano sostenedora de la orilla superior, trepa por el brazo, se dobla en el codo, llega

al hombro, baja á la espalda y allí, desenvolviéndose, se reposa, se aduerme en una especie de remanso lineal bajo la caída voraginosa de los cabellos sueltos. Una y múltiple, está visible en la totalidad de los gestos faciales y corporales; su pluralidad constituye la unidad de la expresión precisa y vaga. Como en los modelos de la escultura griega, que no escondieron por mucho tiempo á Plaza su secreto nevado, la vida está en el conjunto y en los detalles; no hay un rasgo que no concorra á la expresión única. El cuerpo, que obedece al impulso del ensueño, no ha concentrado sus miembros en una sola dirección como lo haría en caso de un intento determinado, sino que mantiene sus volúmenes graciosamente equilibrados y se absorbe hasta hacerse de contornos casi abstractos. El velo que lo cubre en parte y que en tantas otras obras entorpece con sus complicaciones la simplicidad de la expresión, le es útil y necesario; sus pliegues caídos revelan el movimiento ascensional; lo comentan con sus dobleces múltiples y, guardando algo de la pasada posición de las formas, insinúan el próximo desnudo total de sus blancuras. Ese lino escultórico vela y muestra, no oculta la belleza; es casi decorativo. Su recogido superior, grupo de relieves claros y de cavidades oscuras, contrasta con los dobleces acanalados que descenden alternando sus salientes luminosos y sus honduras sombrías. Esta variedad plástica realza la pureza del movimiento y la sencillez de los contornos virginales. Valorizada por el velo, la soñadora delinea un conjunto delicado y armónico. El ritmo de su ensueño la anima, la levanta. El ritmo es la sangre de la piedra.

Pero si el artista siguió en la forma el sentir escultórico de los helénicos, si las leyes que ordenan la unidad, pluralidad y simultaneidad expresivas han sido sus leyes primordiales, sus pensamientos, nacidos de su fervor lírico, son perfectamente modernos; el desenvolvimiento del espíritu lo ha envuelto en sus giros victoriosos. Su cincel ha modelado las ideas de hoy siguiendo las líneas de antes y así su obra, que representa un momento de la vida, es de una contemporaneidad eterna. Revelando en lo accidental lo permanente y en el gesto lo esencial, lucha por ser el símbolo de la inmanencia del ensueño como han luchado siempre las obras magnas de la escultura por detener en la piedra la imagen de las sucesivas formas teológicas. El ensimismamiento búdico, el reposo egipcio, la serenidad helénica y el dolor cristiano sólo han sido variaciones exteriorizadoras de diversos gestos divinos. Pero Nicanor Plaza, no ignorando que la divinidad ha tenido más transformaciones que la humanidad y que los dioses han vivido menos que los mármoles, buscó lo que no fuera transitorio, lo que estuviera unido al fondo permanente, á la esencia de la vida: el ensueño. El es lo eterno en lo fugaz, el latido en lo inerte, y sean las que fueren las evoluciones de la naturaleza, seguirá subiendo, aspirando y envolviendo en sus idealidades las lejanías del porvenir. En su ara, la materia es mirra.

Pero el ensueño, que tiene sus elementos natales en la naturaleza, que flota como su efluvio, no podría ser sensibilizado en la piedra solo, sin ella: la naturaleza debería ser su horizonte escultórico, debería estar allí desenvolviendo las ondulaciones de su vida monstruosa.

¿Dónde hallar el símbolo que fuese como ella risueño y enorme? ¿Qué podría plasmar sus enroscamientos de anélido cósmico? ¿Qué podría recordar su rostro de esfinge, que envuelta por el misterio de la obscuridad sonríe en las flores y en las estrellas? El artista, después de palpar, sin duda, la inconsistencia de la simbólica moderna volvió los ojos á la tierra de los mitos, al grupo de islas líricas rodeadas por el mar que parece teñir sus aguas con el azul de los cielos caídos y nevar sus espumas con las cenizas de los dioses muertos. Uno á uno rememoró los mitos griegos. ¿Hallaría en el beluario de la leyenda el monstruo que sugiriera en sus movimientos arrostrantes la visión de la naturaleza enroscada en la inmensidad? El debería ser el fondo del grupo y así la virgen, que en su primera actitud expresiva era arrebatada por el ensueño, se haría consubstancial de las vaguedades de éste y lo representaría bellamente en su actitud de efluvio moral que sube de la materia vertiginosa. . . La idea se impuso en el intento y se realizó en la obra. ¿Qué seductoramente se produciría á los ojos del artista la transformación silenciosa! ¿Cómo admiraría el sereno desplegarse de sus contornos lucientes y el sosegado ahondarse de los vacíos oscuros de la piedra! Inmóvil ante la virgen que asciende leve y absorta sobre el tumulto de los anillos monstruosos, la seguiría en su ascensión hasta perderse en la amplitud del nuevo aspecto de sus formas, que no era enigmático sino sencillo y que tenía para todo indeciso el rasgo que explica y para todo soñador el rasgo que eleva; para la duda una luz y para el vuelo un horizonte. En ese nuevo aspecto, el cuerpo melodioso de la virgen revelaba su dimorfismo moral, en una doble expresión escultórica: la línea, que antes modelaba ondulaciones corporales, envolvía ahora vaguedades de ideas; la luz, que hacía surgir candideces, abría perspectivas de claridades; la sombra, que cubría bellezas, velaba misterios y la blanca del mármol, vaporizada en la significación del ensueño, no tenía límites de forma sino bordes de infinito. . .

MIGUEL LUIS ROCUANT



LOS SOBREHUMANOS

Para qué sirven los grandes hombres

I

Es natural creer en los grandes hombres. Si nuestros compañeros de infancia se revelaran héroes y de condición real, ello no nos sorprendería. Toda mitología empieza por semidioses y la circunstancia es alta y poética; es decir: que su génio es dominante. En las leyendas de Gautama, los primeros hombres comieron tierra y la hallaron deliciosamente dulce.

La naturaleza parece existir para los excelentes. El mundo está sostenido para la veracidad de la gente honrada: hacen sana la tierra. Los que han vivido en su compañía han encontrado la vida alegre y plena.

La vida no es dulce y tolerable, sino porque creemos en esa sociedad; y efectiva ó idealmente nos arreglamos para vivir con los superiores. Llamamos con sus nombres á nuestros hijos y á nuestras tierras. Sus nombres se transforman en verbos del idioma, sus obras y efigies están en nuestras casas y cada circunstancia del día recuerda una anécdota que se relaciona con ellos.

Buscar al grande hombre es el sueño de la juventud y la más seria ocupación de la virilidad. Viajamos por el extranjero para encontrar sus obras,—y si es posible entreverlo. Pero somos despedido á veces con la fortuna en lugar de todo eso.—Decís: los ingleses son prácticos; los alemanes hospitalarios; en Valencia el clima es delicioso; en las colinas del Sacramento se recoge oro con solo el trabajo de inclinarse. Sí, pero yo no viajo para encontrar gente rica y hospitalaria, ó un cielo puro y lingotes de oro que cuestan muy caro. Pero si hubiera un imán que señalara las comarcas y casas donde se encuentran los que son intrínsecamente ricos y poderosos, lo vendería todo para comprarlo y me pondría en camino hoy mismo.

Para nosotros, la raza marcha por su crédito. El hecho de saber que en una ciudad hay un hombre que inventó los caminos de hierro, eleva el crédito de todos los ciudadanos.

Pero las enormes poblaciones, si son pobres repugnan como el queso con gusanos, ó un montón de hormigas ó pulgas—mientras más hay, menos valen.

Nuestra religión es amar y querer esos patrones. Los dioses de la fábula son los momentos brillantes de los grandes hombres. Hacemos todos nuestros vasos en un solo molde. Nuestras colosales teologías del Judaísmo, Cristismo, Boudhismo y Mahometismo son la necesaria y estructural acción del espíritu humano. El que estudia la historia es como un hombre que entra en un almacén para comprar tejidos y tapices. Se imagina comprar un artículo nuevo; pero si va á la manufactura verá que su nueva tela no hace sino repetir siempre las violetas y rosetones que se encuentran en los muros interiores de las Pirámides de Tébas. Nuestro teísmo es la purificación del espíritu humano. El hombre no puede ni pintar, ni hacer ni pensar otra cosa que el hombre mismo. Créese que los grandes elementos materiales han sacado su origen de su pensamiento; y nuestra filosofía encuentra una sola esencia coaligada ó distribuída.

Si procedemos ahora una "enquête" sobre las distintas clases de servicios que sacamos de los demás, mantengámonos en guardia contra el peligro de los estudios modernos, y tomemos las cosas desde más abajo. No debemos luchar contra el amor ó negar la existencia substancial de los demás. No sé lo que nos resultaría de ello. Tenemos fuerzas sociales. Nuestro afecto por los demás crea una especie de ganancia ó adquisición que nada puede reemplazar.

Puedo hacer por medio de otro, lo que me sería imposible hacer solo. Puedo decir á todos lo que no puedo decirme á mí mismo.

Los demás hombres son lentes á través de los cuales leemos nuestros propios pensamientos. Cada hombre busca á los que son de calidad distinta á la suya y á los que son buenos y los *más otros*. Mientras más fuerte es la naturaleza, más reacciona. Tomemos la cualidad pura. Un pequeño génio, dejémosle. Una diferencia principal entre los hombres; se ocupan ellos de un asunto ó nó? El hombre es esa noble planta endógena que crece como las palmas, de dentro hacia afuera. Su asunto, aunque imposible para los demás, puede él tratarlo con rapidez y jugando. Es fácil para el azúcar ser dulce y para la sal ser salada. Trabajamos mucho para acechar y coger en un lazo, lo que por sí mismo nos caerá entre las manos.

Creo un grande hombre al que habita una esfera más elevada del pensamiento, á la cual los demás hombres se elevan con dificultad: él, con solo abrir los ojos, ve las cosas bajo su verdadero aspecto y en sus más amplias relaciones: mientras que los demás necesitan hacer penosas correcciones, y vigilar correctamente sobre numerosas fuentes de error. El servicio que nos presta es de la misma espe-

cie. Nada cuesta á una persona bella pintar su imagen en nuestros ojos; y sin embargo, cuán espléndido es ese beneficio! No es más difícil que esto, para un alma sabia el comunicar su cualidad á los demás hombres. Cada uno puede producir fácilmente, lo mejor: que lleva en sí mismo: "*Pocos medios, mucho efecto*". Es grande el que lo tiene de la naturaleza y no nos recuerda nunca á los demás.

Más es necesario que esté unido á nosotros, y que nuestra vida reciba de él alguna promesa de explicación. No puedo decir lo que quisiera saber; pero he observado que hay personas que por su carácter y sus acciones, responden á las preguntas, que no tengo yo habilidad para dirigirle. Un hombre responde á una cuestión que no ha planteado ninguno de sus contemporáneos, y está aislado.—Las religiones y las filosofías pasadas y pasajeras responden á alguna otra cuestión. Ciertos hombres nos afectan como ricas posibilidades, pero impotentes para sí mismos y para su tiempo,—juego quizás de algún instinto que gobierna el aire;—no hablan á nuestras necesidades. Pero los grandes están muy cerca; los reconocemos á primera vista. Satisfacen la expectativa, y caen en su lugar. Lo que es bueno, es eficaz, generador; sabe crearse un lugar, alimentos y aliados. Una manzana sana, produce semillas, y una híbrida, nó. Si un hombre está en su puesto, es constructivo, fértil, magnético, y derrama su designio sobre las multitudes, ejecutándolo de ese modo. El río se hace sus riberas y cada idea legítima se hace sus canales y es bienvenida allí,—cosechas para alimentos, instituciones para expresión, armas para combatir y discípulos para explicarlo todo. El verdadero artista tiene por pedestal el planeta; el aventurero después de largos años de lucha, solo tiene la zuela de sus zapatos.

Nuestro común discurso considera dos clases de utilidad ó de servicios esperados de los hombres superiores. El dón directo recibido de la creencia primitiva de los hombres; el dón directo de ayuda material ó metafísica, como salud, juventud eterna, sentidos delicados, artes de curar, poder mágico y de profecía. El niño cree que hay un maestro que puede venderle la sabiduría. Las iglesias creen en el mérito que se les atribuye. Pero estrictamente no conocemos ningún servicio directo. El hombre es endógeno, y la educación es su desarrollo. El servicio que recibimos de los demás es mecánico, comparado con los descubrimientos de nuestra propia naturaleza. Lo que se aprende así, produce delicia al ejecutarlo, y el efecto permanece. La derecha moral, es central y va de dentro hacia fuera. El dón es contrario á la ley del universo. Servir á los demás es servirnos. Necesito absolverme para mí mismo. "Ocupate de tu negocio" dice el espíritu:—"¡tonto! quieres entrometerte en las cosas del cielo ó de la demás gente?" Queda el servicio indirecto. Los hombres tienen una cualidad pictural ó representativa y nos sirven en esa inteligencia. Behmen y Swedenborg, han visto que las cosas eran representativas. Los hombres también son representativos, en primer lugar, de las cosas, y en segundo, de las ideas.

Lo mismo que las plantas convierten los minerales en alimento para los animales, así cada hombre transforma una materia primitiva, para uso de la humanidad. Los inventores del fuego, de la electricidad, del magnetismo, del hierro, del plomo, del vidrio, del tejido de lino, de la seda, del algodón; los fabricantes de instrumentos, el inventor del sistema decimal; el geómetra, el ingeniero, el músico,—respectivamente, abren á todos una ruta fácil á través de desconocidas é imposibles confusiones. Cada hombre está por una afinidad secreta, unido á algún distrito de la naturaleza de que es agente é intérprete como Linneo de las plantas; Huber de las abejas; Fries de los líquenes; Vans Mons, de las peras; Dalton, de las formas atómicas; Enclide, de las líneas; Newton de las fluxiones.

Para la naturaleza un hombre es un centro que hace correr hilos de relación á través de todas las cosas fluidas y sólidas, materiales y elementales. La tierra gira; todo terrón de tierra ó piedra viene al meridiano: así todo órgano, función, ácido, cristal, grano de polvo, tiene su relación con el cerebro. Espera largo tiempo; pero le llega su turno. Cada planta tiene su parásito, y cada cosa creada su amante y su poeta. Ya ha sido hecha justicia al vapor, al hierro, á la madera, al carbón, al imán, al yodo, al trigo y al algodón; pero ¡cuán pocos materiales son utilizados todavía para nuestras artes! La gran masa de las creaturas y de las cualidades está todavía oculta expectante. Parece que cada una, como la princesa encantada de los cuentos de hadas, espera al predestinado libertador humano. En la historia del descubrimiento, la madura y latente verdad parece haberse moldeado en un cerebro. Es ne-

cesario que un imán se haya hecho hombre en algún Gilbert Swendenborg, ó Arsted; antes de que el espíritu general pueda venir á utilizar sus poderes.

Si nos limitamos á las primeras ventajas, una gracia sólida es inherente á los reinos mineral y vegetal, que en un momento culminante se manifiesta como el encanto de la naturaleza, como el centelleo del spaah, la seguridad de la afinidad, la veracidad de los ángulos. Luz y sombra, calor y frío, hambre y alimento, dulce y ácido, sólido, líquido y gaz, nos rodean como una guirnalda de placeres y con su agradable querella, llenan de ilusión los días de la vida. La mirada repite todos los días el primer elogio de las cosas,—“vió que eran buenas”. Sabemos dónde hallarlas, y esos agentes no son nunca mejor apreciados que después de una corta experiencia de las razas pretendientes. También tenemos títulos para más altas ventajas. Algo faltará á la ciencia, mientras no haya sido humanizada. La tabla de logaritmos es una cosa, y su juego vital en botánica, música, óptica y arquitectura, es otra. Hay progreso para los números, la anatomía, la arquitectura y la astronomía, poco sospechados al principio, cuando, por su unión con el intelecto y la voluntad, se elevan á la vida y reaparecen en la conversación, el carácter y la política.

Pero esto llega más tarde. Ahora no tratamos sino de nuestra relación con ellos, en su propia esfera, y del modo con que parecen fascinar y atraer hacia ellos algún genio que se ocupa de una sola cosa, durante su vida entera. La posibilidad de interpretación se halla en la identidad del observador y del observado. Cada cosa material tiene su lado celeste; pasa á través de la humanidad en la espiritual y necesaria esfera donde representa un papel tan indescifrable como el que más; y hacia esto, que es su fin, gravitan continuamente todas las cosas. Los gases se reúnen al sólido firmamento: la partícula química llega á la planta y crece, y piensa. Pero del mismo modo los constituyentes determinan el voto representativo. Este no es únicamente representativo, sino participante. El semejante no puede ser conocido sino por el semejante. La razón por la cual los conoce bien, es porque es de los suyos. Acaba de salir de la naturaleza, ó apenas ha dejado de ser parte de esa cosa. El cloro animado, conoce el cloro, y el zinc encarnado, al zinc (1). Su cualidad hace su carrera; y puede diferentemente publicar sus virtudes porque ellos lo componen. El hombre hecho del polvo del mundo, no olvida su origen; y todo lo que está todavía inanimado, hablará y razonará un día. El secreto entero de la naturaleza oculta, será revelado. Diremos acaso que las montañas de cuarzo, suministraron el polvo de innumerables Werrers, Von Buchs y

Beamonts; y que el laboratorio de la atmósfera tiene en disolución no sé cuáles Berzelius y Davis?

Así, pues, henos aquí junto al fuego y ponemos nuestras manos sobre los polos de la tierra. Esta “quasi” omnipresencia suplente á la debilidad de nuestra condición. Esos días celestes en que el cielo y la tierra se encuentran y se prestan su belleza, no es acaso una miseria no poder vivirlos sino una vez; no querríamos tener mil cabezas de muchas manera y en muchos lugares? ¿Es acaso esto una imaginación? Pero de buena fe somos multiplicados por nuestros prójimos. ¡Con qué facilidad adoptamos sus trabajos! Todo navío que llega de América debe su carta marina á Colón. Todo romano es deudor de Homero. Todo carpintero que cepilla con una garlopa toma prestado al genio de un inventor olvidado. La vida está ceñida por un zodiaco de ciencia, contribuciones de hombres que han perecido para añadir su punto luminoso á nuestro cielo. El ingeniero, el negociante, el jurista, el médico, el moralista, el teólogo y todo hombre de ciencia, es un definidor y un levantador de planos de las latitudes y longitudes de nuestra condición. Esos constructores de caminos nos enriquecen por todas partes. Debemos extender el área de la vida y multiplicar nuestras relaciones. Ganamos tanto en encontrar una nueva propiedad en la vieja tierra como en adquirir un nuevo planeta.

Somos demasiado pasivos en la recepción de esos socorros materiales ó semi-materiales. No debemos ser sacos y estómagos. Para subir un grado somos mejor servidos por nuestra simpatía. La autoridad es contagiosa. Mirando lo que otros miran y conversando con las mismas cosas, caemos bajo el encanto que los ha seducido. Napoleón decía: *No hay que batirse á menudo con el mismo enemigo, porque se le enseña todo vuestro arte de la guerra.* Hablemos mucho con cualquier hombre de espíritu vigoroso y adquiriremos pronto la costumbre de ver las cosas bajo el mismo aspecto que él, y en muchas ocasiones nos anticiparemos á su pensamiento.

Si los hombres nos favorecen es con la inteligencia y los afectos. A mi modo de ver, todo otro socorro es una falsa apariencia. Si me dáis pan y fuego, me apereibo de que los compro muy caro, y á fin de cuentas, me dejan como me encontraron, ni mejor ni peor; pero toda fuerza mental y moral es un bien positivo. Sale de vuestro interior, lo deseáis ó nó, y me aprovecha en mí, en quien no habéis pensado nunca. No puedo ni siquiera oír hablar de vigor personal de cualquier clase, de un gran poder de acción, sin sentir por élllo refrescada mi resolución. Tenemos la emulación de hacer todo lo que otro hombre puede hacer. La palabra de Cecil sobre Sil Walter Raleigh: “Sé que él puede sufrir terriblemente”, es de un efecto eléctrico. Sucede lo mismo con los retratos que hace Clarendon, de Hampden, “quien era de una actividad y una vigilancia que no podían ser nunca cansadas ó agotadas por los más sutiles y pene-

(1) Heterogenia; monismo.



NAPOLÉON DICTANDO

trantes, y de un valor personal, igual á sus mejores facultades", de Falkland "que era tan severo adorador de la verdad, que con más facilidad habría robado, que mentido". No podemos leer á Plutarco, sin sentir un calofrío; y acepto la palabra del Chino Mencius: "Un sabio es el institutor de cien siglos. Oyendo hablar de las costumbres de dos, los estúpidos se hacen inteligentes y los indecisos, determinados".

Este es el lado moral de la biografía, sin embargo, es difícil á los difuntos conmover á los vivos como lo hacen nuestros propios compañeros, cuyos nombres no pueden durar tanto tiempo. ¿Quién es aquel en quien yo no pienso jamás? mientras que en toda soledad se encuentran aquellos que socorren nuestro genio y nos estimulan de una manera maravillosa. Existe en el amor un poder para adivinar el destino de otro, mejor que lo puede hacer éste otro mismo, y para sostenerlo en su tarea con heroicos estímulos. Hay algo más notable en la amistad que su sublime atracción por toda virtud que se halle en nosotros?

Nunca más estimaremos en poco nuestra vida ni á nosotros mismos. Es por algo que nos envanecemos con el honor, y la actividad de los brauceros que trabajan en un camino de hierro. No nos dará ya vergüenza.

Es en este orden de ideas donde se encierra el homenaje, muy poco á mi entender, que todas las clases rinden al héroe del día desde Coriolano y Graco, hasta Pitt, Lafayette, Wellington, Webster, Lamartine. Escuchad las aclamaciones de la calle: el pueblo no se cansa de verlo: forma su delicia la vista de ese hombre. ¡Esto es una cabeza y un busto! ¡Qué frente! ¡Qué ojos! Espaldas de Atlas, y el porte heroico con una igual fuerza interior para conducir la gran máquina. Este placer de plena expresión, para lo que en la experiencia privada está de ordinario contraído y obscuro, se lanza así mucho más arriba y es el secreto de la alegría del lector en presencia del genio literario. Nada de reserva: hay allí bastante fuego para fundir la montaña del metal en bruto. Se puede expresar el mérito principal de Shakspeare diciendo que, de todos los hombres es el que mejor comprende el idioma inglés y puede decir mejor que nadie lo que quiere. Sin embargo, esos canales libres y esas esclusas de expresión, no son sino salud ó buena constitución. El nombre de Shakspeare hace pensar en otros beneficios puramente intelectuales.

Los senados y los soberanos, con sus medallas y sus escudos de armas no tienen homenajes que puedan compararse al hecho de dirigir desde cierta altura á un sér humano, pensamientos que su pongan su inteligencia. Este honor que en las relaciones personales no es posible sino una ó dos veces en el curso de una vida, el genio lo rinde perpetuamente, contento si de vez en cuando en un siglo es aceptada la oferta. Los reveladores de los valores maternos son relegados al rango de cocineros ó confiteros, desde que aparecen los reveladores de ideas. El genio es el naturalista ó el geógrafo de las regiones supra-sensibles y levanta la carta de ellas; y abriendo nuevos campos de actividad, enfría nuestro afecto por los antiguos. Estos nuevos campos son admitidos como realidades, y el mundo que conocemos, como su apariencia.

Vamos al gimnasio y á la escuela de natación para ver la balleja y el vigor del cuerpo: hay el mismo placer y un beneficio mayor siendo testigos de toda especie de altos hechos intelectuales, tales como hechos de memoria, combinación matemática, gran potencia de abstracción, poder transformador de la imaginación, versatilidad misma y concentración, porque esos actos descubren los invisibles órganos y miembros del espíritu, que responden, miembro por miembro á las partes del cuerpo. Entramos así en un nuevo gimnasio y aprendemos á elegir los hombres según sus verdaderas marcas, instituidos con Platón "en escoger á los que pueden sin ayuda de los ojos ó de otro sentido, marchar hacia la verdad y fundirse en ella". En primera fila entre esas actividades se encuentran los saltos peligrosos, los encantos y resurrecciones producidas por la imaginación. Cuando ésta se halla despierta, un hombre multiplica mil veces su fuerza. Abre el sentido delicioso de la grandeza indeterminada é inspira una audaz actitud mental. Somos tan elásticos como el gas de la pólvora, y una palabra de un libro, ó una frase caída en la conversación, pone en libertad nuestra fantasía é instantáneamente nuestra cabeza se baña en la vía láctea y nuestros pies huellan el suelo del abismo. Y es ese un beneficio real, porque tenemos títulos á esas ampliaciones, y una vez pasados los límites, jamás volveremos á ser los miserables pedantes que fuimos anteriormente.

Las altas funciones de la inteligencia están tan íntimamente unidas, que alguna potencia de imaginación se manifiesta de ordinario en todos los espíritus eminentes, aún entre los aritméticos de primer orden; pero especialmente entre los meditativos de un intuitivo hábito de pensamiento. Esta clase de espíritus nos sirve, en tanto que tiene la percepción de la identidad y la percepción de la recepción. Los ojos de Platón, Shakspeare, Swendborg y Goethe, no se cierran jamás sobre ninguna de esas dos leyes, es una especie de medida de espíritu. Los espíritus pequeños—son pequeños porque no las ven. Pero estas fiestas tienen también sus excesos. Nuestra tendencia á deleitarnos con la razón degenera en idolatría

del heraldo. Especialmente cuando un espíritu de un método poderoso ha instruído á los hombres, encontramos los ejemplos de opresión. La dominación de Aristóteles, la astronomía de Ptolomeo, el crédito de Lutero, Bacon, Locke,—en religión, la historia de la gerarquías de los santos y de las sectas que han tomado cada una el nombre de su fundador, son una prueba de ella! ¡Ah! todo hombre es así una víctima. La debilidad de los hombres provoca la impudencia del poder. La delicia de un talento vulgar consiste en deslumbrar y cegar al espectador. El verdadero genio trata de defendernos contra sí mismo: el verdadero genio no quiere empobrecer, sino libertar y añadir á los nuestros otros sentidos. Si apareciera un sabio en nuestro pueblo, crearía en los que hablaran de él una nueva conciencia de riqueza abriendo sus ojos á ventajas hasta entonces desapercibidas: establecería un sentido de inmutable igualdad, nos calmaría con la seguridad de que no podemos ser engañados; porque cada uno discerniría las vallas y garantías de su condición. Los ricos verían sus equivocaciones y su pobreza; y los pobres, sus caminos de salvación y sus recursos.

Pero la naturaleza trae todo esto en tiempo oportuno. La rotación es su remedio. El alma está deseosa de maestros, y ávida de cambios. Las amas de llaves, dicen de una criada que habiendo servido bien empiezan á conducirse mal:—"Es por haberla conservado mucho tiempo". No somos sino tendencias, ó más bien síntomas, y ninguno de nosotros está completo. No hacemos más que tocar ligeramente las cosas al pasar y aspirar el musgo de varias existencias. La rotación es ley de la naturaleza. Cuando la naturaleza nos arrebatara un grande hombre, exploramos el horizonte para encontrarle un sucesor; pero ninguno viene ni vendrá. Su clase se apagó con él. Es en otro campo completamente distinto que aparecerá el próximo: no será un Jefferson, ni un Franklin, sino talvez un gran comerciante; un empresario de caminos; un icólogo; un explorador cazador de búfalos, ó un general semi-salvaje en el Oeste. Así es como resistimos á nuestros duros maestros; pero contra los mejores hay un remedio más sutil. El poder que nos comunican, no es suyo, cuando estamos exaltados por las ideas, no lo debemos á Platón, sino á la idea, á la que Platón es también deudor.

No debo olvidar que tenemos una deuda especial con una clase particular. La vida es una escala. Entre las filas de nuestros grandes hombres hay grandes intervalos. La humanidad en todas las épocas se ha agregado un pequeño número de individuos, que, sea por la calidad de esta idea que encarnan, sea por la amplitud de su receptividad están destinados al papel de *leaders* y de legisladores. Estos nos enseñan las cualidades de la naturaleza primaria, nos inician en la constitución de las cosas. Nadamos día por día en un río de ilusiones y nos divertimos con villas y castillos en el aire, con los cuales se engañan los hombres que nos rodean. Pero la vida es sinceridad. En los intervalos lúcidos nos decimos:—"Que se me deje penetrar en la realidad: he llevado por mucho tiempo el gorro del burro".—Deseamos conocer el sentido de nuestra económica y de nuestra política. Dadnos la clave, y si las personas y las cosas son las particiones de una música celeste, descifremos sus acordes. Nos han robado nuestra razón: sin embargo han existido hombres sanos, que han disfrutado de una existencia rica y unida íntimamente á las cosas. Lo que saben, lo saben por nosotros. Con cada nuevo espíritu, transpira un nuevo secreto de la naturaleza; y la Biblia no podrá ser cerrada antes que nazca el último grande hombre. Esos hombres corrigen el delirio de los espíritus animales, nos hacen atentos, y nos impulsan á nuevos fines y nuevos poderes. La ventura de la humanidad escoge á esos hombres para el lugar más elevado. Testigo de ello son la multitud de estatuas, cuadros y monumentos que recuerdan su genio en cada ciudad, pueblo, casa y navío:

*Toujours leurs fantômes se dressent devant nous,
Nos frères plus hauts, mais du même sang;
Au lit, et à table, ils regnent sur nous
Avec des airs de beauté et des paroles de bonté.*

¿Cómo ilustrar el beneficio distintivo de las ideas, el servicio hecho por los que introducen las verdades morales en el espíritu general? Estoy atormentado, en toda la economía de mi vida, con la perpetua tarifa de los precios. Si trabajo en mi jardín en poder un manzano, encuentro bastante placer en ello y podría aplicarme indefinidamente á la misma ocupación. Pero, me asalta la idea de que ha pasado un día y que, todo lo que he hecho, es nada. Voy á Boston á Nueva York, ando atareado en mis negocios, los termino; pero el día ha pasado también. Me pone de mal humor pensar á qué precio he pagado tan débiles provechos. Recuerdo á *piel de zapa*; bastaba desear; pero un trozo de piel desaparecía con cada deseo satisfecho. Voy á una reunión de filántropos—por más que hago, no puedo separar mis ojos del reloj. Pero si aparece en la reunión alguna alma noble, poco al corriente de las personas ó de los partidos de la Carolina ó de Cuba; pero que me anuncia una ley que arregla esos detalles, y me asegura de ese modo la equidad que da jaque mate á todo bribón, reduce á la bancarrota á todo egoísta: me informa de mi independencia en todas las condiciones de país,



NAPOLEON EN PLYMOUTH.—EL "EL BELLEROPHON"

de tiempo ó de cuerpo humano: este hombre me libera; olvido el reloj; salgo de la dolorosa relación de las personas, curo de mis heridas, me hago inmortal con la conciencia de que poseo bienes incorruptibles. He aquí una gran competencia de ricos y pobres. Vivimos en un mercado, donde no hay sino tanto trigo, lana ó tierra; y si yo tengo más, otro debe tener tanto menos. Parece que yo no pudiera poseer tanto sin violación de las leyes del bien. Nadie se alegra con la alegría de otro. Y nuestro sistema es un sistema de guerra de injuriosa superioridad. Todo hijo de la raza sajona, alimenta el deseo de ser siempre el primero. Es nuestro sistema; y un hombre llega á medir su grandeza por los pesares, envidias y odios de sus competidores. Pero en esos nuevos campos hay puesto para todos: en ellos no hay *yó* celoso—no hay exclusiones.

Admiro los grandes hombres de todas clases, los que lo son por los hechos y los que lo son por los pensamientos; amo lo rugoso y lo liso, los "Azotes de Dios" y los "Amados de la raza humana". Amo al primer César; y á Carlos Quinto de España; á Ricardo Plantagenet y á Bonaparte de Francia. Aplaudo á un hombre que está á la altura de su papel, á un oficial que desempeña bien su oficio: á los capitanes, ministros y senadores. Amo también á un *dueño* y *señor* que se mantiene firme sobre sus piernas de hierro, bien nacido, rico, armonioso de cuerpo, elocuente, colmado de todas las ventajas y que arrastra á todos los hombres por la fascinación, para hacer de ellos tributarios y sostenes de su poder. Espada y bastón, ó talentos de la misma naturaleza que la espada y el bastón, hacen la obra del mundo. Pero encuentro al amo más grande, cuando puede abolirse á sí mismo, y á todos los héroes con él, dejando penetrar en nuestro pensamiento ese elemento de razón que no tiene que hacer con las personas; esta sutilisante é irresistible fuerza ascensional destructora del individualismo; ese poder tan grande para quien no es nada el potentado. Entonces es un monarca que da una constitución á su pueblo; un pontífice que predica la igualdad de las almas y releva á sus siervos de sus bárbaros homenajes; un emperador que puede hacer la economía de su imperio.

Pero, tenía intención de especificarla con alguna precisión dos ó tres puntos útiles. La naturaleza no perdona jamás al opio ó al nuphente; pero siempre que aflige á su criatura con alguna deformidad ó algún defecto, derrama con abundancia su adormidera sobre la herida, y la víctima va alegremente á través de la vida, ignorante de la ruina é incapaz de verla, aunque todos se la señalen

con el dedo. Los ofensores y miembros indignos de la sociedad, cuya existencia es una peste social, se consideran invariablemente como los peor tratados de los seres vivientes, y no pueden jamás sobreponerse á la admiración que les causa la ingratitude y el egoísmo de sus contemporáneos. Nuestro globo manifiesta sus virtudes ocultas, no solamente en los héroes y arcángeles, sino también en las comadres y las nodrizas. No es acaso una rara combinación la que ha puesto en cada criatura la debida inercia, la conservadora, resistente energía, la cólera de ser despertado ó cambiado? Enteramente independiente de la fuerza intelectual en cada uno de nosotros, se halla el orgullo de opinión, el hecho de creer con seguridad que se tiene razón. La débil nodriza—el rumiante idiota, usan su inteligencia, para triunfar en sí mismo de los absurdos de todo lo demás. La diferencia del yo, he aquí la medida de los absurdos. Ni uno solo sospecha que puede equivocarse. No es acaso un brillante pensamiento el que ha dado cohesión á las cosas con ese betún, el más poderoso de los cementos? Pero en medio de esa burla de complacencia en sí mismo, pasa una figura que Tersites mismo, puede amar y admirar. Es el que debe guiarnos en la ruta que seguimos. El auxilio que nos presta es infinito. Sin Platón, perderíamos casi nuestra fe en la posibilidad de un libro razonable. Parece que necesitamos un guía—todavía necesitamos uno. Nos complace asociarnos con personas heroicas, puesto que nuestra receptividad es ilimitada; y con los grandes, nuestros pensamientos y acciones se hacen fácilmente grandes. Todos somos sabios en potencia, aunque muy pocos lo sean en acciones. Sólo se necesita un sabio en una reunión, para que todos sean sabios, tan rápido es el contagio.

Los grandes hombres son así un colirio, para purificar de egotismo nuestros ojos, y hacernos capaces de ver otras personas y sus obras. Pero hay vicios y locuras que caen sobre poblaciones y épocas enteras. Los hombres se asemejan más á sus contemporáneos que á sus progenitores. Se ha observado en matrimonios viejos y en personas que han vivido juntas durante largos años, que llegan á parecerse; y al prolongarse ese tiempo llegaríamos á no distinguirlos. La Naturaleza aborrece esas complacencias que amenazan fundir el mundo en un bloque y se apresura á romper esas especies de aglutinaciones lacrimosas. La misma asimilación se ve entre hombres de una misma ciudad, de una misma secta, de un mismo partido político; y las ideas del tiempo están en el aire é infectan á todos los que las respiran. Vistas de cualquier altura, esta ciudad de Nueva

York, la ciudad de Londres, y allá abajo la civilización Occidental entera parecería un paquete de insanidades. Nos ayudamos unos á otros á mostrar en apariencia y exasperamos por emulación el frenesí del tiempo. El escudo contra las picaduras de la conciencia, es la práctica universal, es decir nuestros contemporáneos. Además, es muy fácil ser tan sabios y buenos como vuestros compañeros. Aprendemos de nuestros contemporáneos lo que saben sin esfuerzo, y casi por los poros de la piel. Lo atrapamos por simpatía, ó como llega una mujer á la elevación intelectual y moral de su marido. Pero no nos detenemos donde ellos se detienen. Con mucho trabajo podemos dar un paso más. Los grandes hombres, ó los que se elevan de la naturaleza, sobre los modelos comunes por su fidelidad á las ideas universales, son los que nos salvan de esos errores federales, y nos defienden contra nuestros contemporáneos. Son las excepciones que necesitamos en la uniformidad general de la vegetación.

Una grandeza extraña es el antídoto del espíritu de cabala.

Así es como alimentados por el genio, descansamos de la charla de nuestros iguales, y nos regocijamos en la profundidad de la naturaleza, y en los caminos por donde él nos conduce. ¿Qué ventajas proporeiona un grande hombre á una población de pigmeos? Toda madre desea que á lo menos uno de sus hijos sea un genio, aunque los demás sean mediocres. Pero un nuevo peligro aparece en el exceso de influencia del grande hombre. Su atracción nos hace perder nuestro lugar. Hémos aquí convertidos en subalternos intelectualmente suicidas. ¡Ah! allá abajo, en el horizonte, llega nuestro socorro; otros grandes hombres, nuevas cualidades, contrapesos y frenos de unos para otros. Nos empalagamos con la miel de cada grandeza particular. Todo héroe se convierte por fin en importuno. Quizás Voltaire no tenía mal corazón, y sin embargo decía del buen Jesús: "Por favor, que yo no oiga nunca más el nombre de ese hombre". Se ensalzan las virtudes de Jorge Washington.—"Vaya al diablo Jorge Washington"; fué toda la refutación y el discurso del pobre jacobino. Pero esta es la indispensable defensa de la naturaleza humana.

La fuerza centrípeta aumenta la fuerza centrífuga. Equilibramos un hombre, con su contrario y la salvación del Estado depende de la báscula.

Hay, sin embargo, en la utilización de los héroes un límite á que se llega pronto. Todo genio está protegido contra el contacto por cantidades inutilizables. Son muy atractivos, y de lejos parecen ser nuestros; pero por todas partes estamos imposibilitados para acercarnos á ellos. Mientras más atraídos somos, más rechazados también. Hay algo que no es sólido en el bien que nos hace. El mejor descubrimiento es el que el explorador hace para sí mismo: para otro tiene algo de vago, hasta que este otro haya hecho de él su substancia. Parece que la Divinidad ha vestido á cada alma, que pone en la naturaleza ciertos poderes que no pueden transmitirse, y que enviándole á cumplir su misión en el círculo de las existencias, ha escrito sobre estos vestidos del alma: "*No puede cederse*" y "*Bueno para esta excursión únicamente*". Hay algo de engañoso en el trato de los espíritus. Los límites son invisibles y jamás pueden ser franqueados. Hay tanta voluntad en dar como en recibir, que hay peligro de fundirse; pero la ley de la individualidad concentra su fuerza secreta.

"Yo soy yo, quedémonos en nuestro lugar".

Porque la naturaleza quiere que toda cosa sea ella misma; y mientras que todo individuo se esfuerza en crecer, hasta los límites del universo é imponer la ley de su sér á todas las criaturas, la Naturaleza obstinadamente se inclina á proteger á cada uno contra todos. Cada uno posee su auto-defensa. Nada hay más marcado que el poder con que los individuos se guardan de los individuos, en un mundo en que cada bienhechor se convierte tan fácilmente en un malhechor, por el sólo hecho de una acción continuada, introducida donde no se necesita: donde los niños están á merced de padres tontos, y donde todos los hombres son demasiado sociales é inclinados á mezclarse en lo que no les importa. Hablamos con razón de los ángeles guardianes de los niños. Cuán superiores son ellos en su seguridad al abrigo de la invasión de los malvados, de la vulgaridad y de los movimientos reflexivos!

Derraman con abundancia su propia belleza sobre los objetos que contemplan. No están, pues, á la merced de tan pobres educacionistas como son nuestros adultos. Si les regañamos, casi no ponen atención, porque no cuentan sino con ellos mismos, y si les mimamos locamente, aprenden la limitación.

No debemos temer una influencia excesiva. La confianza generosa es primitiva y sirve á los grandes hombres. No te detenga ninguna

humillación. No mezquines tus servicios. Sé el miembro de sus cuerpos, el aliento de su boca. Transige con tu egoísmo. ¿Quién se cuida de esto, con tal que se gane algo más amplio y noble? Desprecia el sarcasmo de quien te acusa de Boswellismo: la devoción puede ser más grande que el miserable orgullo. Sé otro; no tu mismo, sino un Platónico: no un alma, sino un cristiano; no un naturista, sino un cartesiano; no un poeta, sino un Shakpeariano.

En vano las ruedas de la tendencia no quieran detenerse, y las fuerzas de la inercia y del amor mismo quieran mantenerle allí. ¡Adelante, y siempre adelante! El microscopio observa un rotífero entre los infusorios que circulan en el agua. Mas, observa que sobre el animal aparece un punto, aumenta y ya el animal se convierte en dos animales completos. Ese mismo desprendimiento siempre continuado no es menos aparente en todo pensamiento y en la sociedad. Los niños piensan que no pueden vivir sin sus padres: pero mucho antes de que tengan conciencia de ello, aparece el punto negro y tiene lugar el desprendimiento. El primer acontecimiento que sobrevenga les revelará su independencia.

Pero los *grandes hombres*: la palabra es injuriosa.—¿Hay castas? Hay destino? Qué sucede con la promesa hecha á la virtud? El joven pensador se lamenta de la superfetación de la naturaleza. "Generoso y bello es vuestro héroe", dice; pero mirad al poder Paddy que tiene por patria su carretilla: mirad toda la nación de Paddys. ¿Por qué las masas son carne de sable y cañón desde el alba de la historia hasta nuestros días? La idea dignifica algunos jefes, que tienen sentimiento, opinión, amor, culto de sí mismo: ellos santifican la guerra y la muerte; pero, ¿y los miserables que compran y matan? El bajo precio de la vida humana es la tragedia de todos los días. Es una pérdida tan real que los demás se encuentren tan abajo, como si lo estuviéramos nosotros mismos, porque es preciso vivir en sociedad.

La respuesta acostumbrada á estas preguntas es decir: La sociedad es una escuela Pestalozziana en que todo el mundo es maestro y discípulo alternativamente. E igualmente provechoso nos es recibir como dar. Los hombres que saben las mismas cosas no son por mucho tiempo buenos compañeros. Ponedlos en contacto con personas inteligentes de otra experiencia y es como soltar el agua de un lago, abriendo un lecho inferior. Parece que es una ventaja mecánica, y en efecto es un gran beneficio para el que habla que puede de ese modo pintarse á sí mismo su pensamiento. En otras disposiciones personales, pasamos muy pronto de la dignidad á la dependencia; y si vemos á alguien que no toma jamás asiento, que permanece siempre de pie y dispuesto á servir, es que no observamos durante un período suficientemente largo para que se cumpla la revolución de sus figuras. En cuanto á lo que llamamos masas, y hombres vulgares, no hay tales cosas. Todos los hombres son de la misma talla; y el arte verdadero no es posible sin la convicción de que, cada talento tiene su apoteosis en alguna parte. Juego leal, campo abierto, y los más frescos laureles para quien los gane! El cielo reserva un horizonte igual á todas las criaturas. Nadie está á gusto hasta que no haya lanzado su rayo particular hasta la cóncava esfera, y contemplado así su talento en su suprema nobleza y su suprema exaltación.

Los héroes de la hora son relativamente grandes; de crecimiento más rápido: son aquellos que, en el momento del triunfo se encuentran madura una cualidad que es el objeto del deseo general. Otros días exigirán otras cualidades; ciertos rayos escapan al observador ordinario y requieren ojos finamente apropiados. Preguntad al grande hombre si hay alguno más grande que él. Sus compañeros son más grandes, y no tanto menos, sino tanto más de lo que la sociedad puede verlos. La Naturaleza no envía jamás á un grande hombre sobre el planeta, sin confiar el secreto de ello á otra alma.

De esos estudios emerge un hecho gracioso, y es que hay una verdadera ascensión en nuestro amor. Las reputaciones del siglo XIX serán citadas un día para probar la barbarie de ese siglo. El genio de la humanidad, he aquí el objeto real, cuya biografía está escrita en nuestros anales. Necesitamos sacar muchas consecuencias y colmar muchas lagunas en los archivos. La historia del universo es sintomática, y la vida es mnenmónica. Ningún hombre, entre todos los famosos que conocemos, es razón ó iluminación, ó esa esencia que buscamos; sino que es en cierto punto una exhibición de nuevas posibilidades. Ojalá pudiéramos completar un día la inmensa figura compuesta por esos puntos luminosos! El estudio de muchos individuos nos conduce á una región elemental, donde se pierde el individuo, ó más bien, todos ellos se tocan por las cimas. El pensamiento y el sentimiento que allí se desarrollan, no pueden ser rechazados por

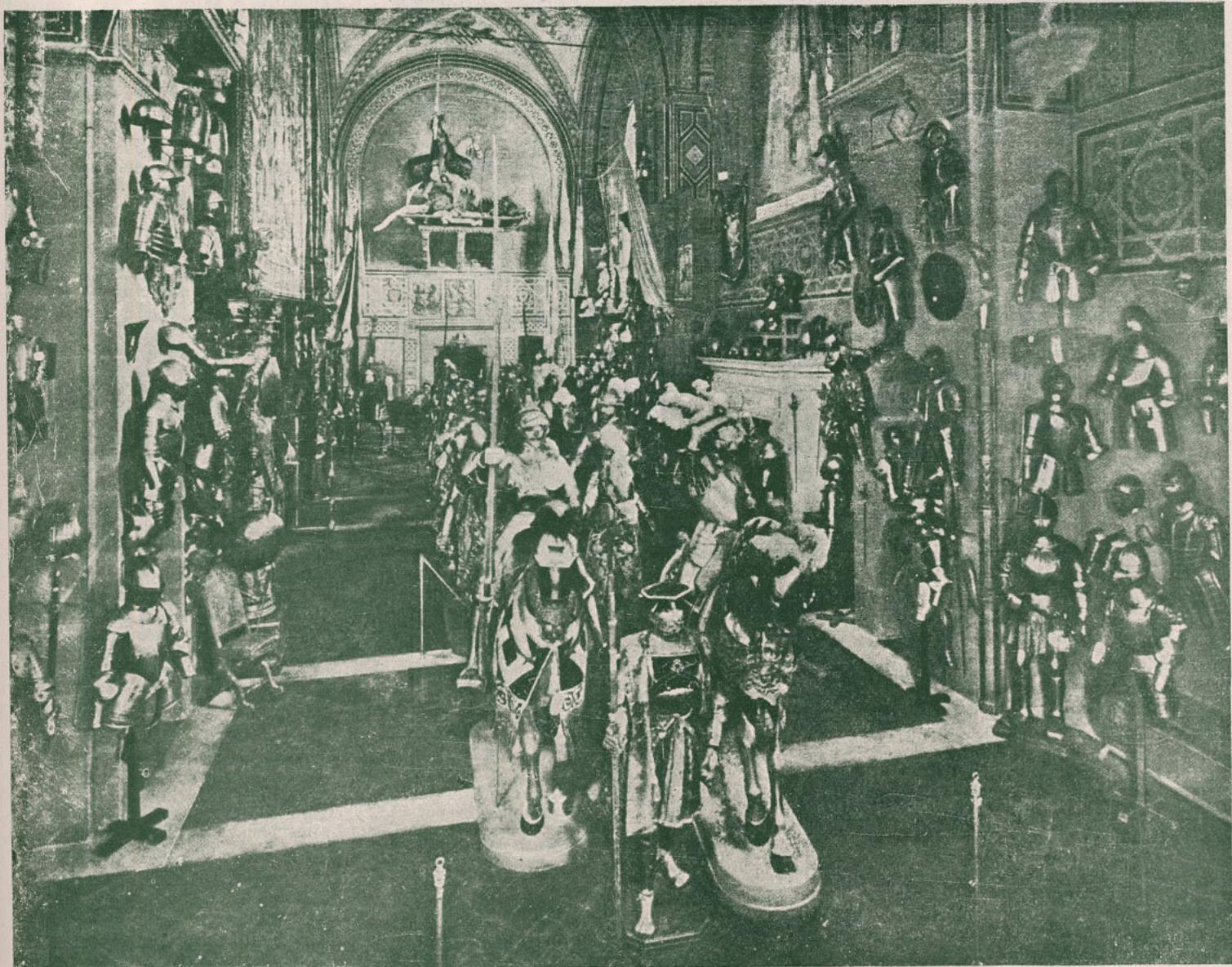
ninguna barrera de probabilidad. He aquí la clave del poder de los más grandes hombres. Su alma se propaga por sí misma. Una nueva cualidad del espíritu vaga día y noche, desde su origen, en círculos concéntricos y publica por sí misma métodos desconocidos; la unión de todos los espíritus aparece íntima: lo que tiene entrada en uno, no puede ser rechazada por ningún otro; la más pequeña adquisición de verdad ó energía en cualquier punto, es otro tanto de ganado para la república de las almas. Si considerando á los individuos durante el tiempo necesario para completar la carrera de cada uno, se desvanecen las disparidades de talento y posición; con más rapidez desaparece la aparente injusticia cuando nos elevamos hasta la identidad central de todos los individuos, y que vemos que son hechos de la substancia que ordena y que crea.

El genio de la humanidad es el verdadero punto de vista de la historia. Las cualidades permanecen: los hombres que las manifiestan en mayor ó menor intensidad, pasan; y las cualidades quedan en otras frentes. Ninguna experiencia es más fácil que esta. Antes existía el Fénix: desapareció y por esto el mundo no quedó desencantado. Los vasos en que se leen emblemas sagrados, son de arcilla ordinaria; pero el sentido de las primeras es sagrado, y podéis leerlas transportadas á los muros del mundo entero. Por cierto tiempo nuestros institutores nos sirven personalmente, como medidas ó piedras miliarenses del progreso. Antes fueron ángeles de cie-

cia y sus figuras tocaban el cielo: luego nos acercamos, vimos su cultura y sus límites, y cedieron su puesto á otros genios. Dichosos aquellos cuyos nombres permanecieron tan altos, que no pudimos leerlos de cerca, y que no pudieron ser despojados de su resplandor por el tiempo ni la comparación! Pero al fin dejaremos de buscar en los hombres una naturaleza completa, y nos conformaremos con su cualidad social y delegada. Todo lo que se relaciona con el individuo es temporal y prospectivo, como el individuo mismo, que hace su ascensión fuera de sus límites para entrar en una existencia ecuménica. No tenemos acceso al verdadero y mejor beneficio de ningún genio, mientras lo creemos una fuerza original. Luego que deja de ayudarnos como causa, empieza á favorecernos todavía más, como efecto. Entonces aparece como el exponente de un espíritu y una voluntad más vastas. Su opacidad se hace transparente á la luz de la Causa Primera.

Sin embargo, podemos decirlo, en los términos de la educación y de la acción humana, existen los grandes hombres, para que puedan haber otros. El destino de la naturaleza organizada es el mejoramiento, ¿y quién puede señalarle límites? Corresponde al hombre triunfar del caos, derramar por todas partes, mientras dure su vida, las semillas de ciencia y poesía, para que el clima, el trigo, los animales y los hombres sean más dulces, y que los gérmenes de amor y de bondad se multipliquen.

EMERSON



UNA GALERIA MILITAR EN DRESDEN

Impresiones y Recuerdos de la Campaña del Perú

Tomamos el siguiente capítulo del interesantísimo libro, en prensa, de don J. Clemente Larraín, que con tan distinguido valor figuró en esa campaña:

CAPITULO IV

Retirada de los peruanos de Arica

De aquel día de eterno recuerdo, en el cual tantos mártires tuvo Chile, no conocía mi amigo sino la mañana y el mediodía. Simple soldado de la columna que, á las órdenes de Santa Cruz, tan caro pagó su involuntario atraso y el apego á la consigna, vióse él con toda ella envuelto en la más falsa de las posiciones. Sabemos que el heroísmo pronto empezó á enmendar los yerros, y el enemigo á verse aniquilado por aquella tropa, á la cual en un principio pudo acorralar y ultimar.

Sabemos que en aquellas horas las cargas á la bayoneta se sucedieron minuto á minuto, sin su algarazara propia y sin defender el pecho, pues sólo se quería pasar á morir; sabemos que allá en el bajo la terrible caballería, y más allá otras tropas arrollaban en masa á sus adversarios, concluyendo por dispersar á los que no fueron avasallados, y que tomaron alas de terror los desbandados.

No obstante, al final veíanse los nuestros extenuados por el sol,

poco que bebí, reanimándome al principio, me postró luego con fatiga ¡quizás el cuerpo se había conformado con morir, pues no me prestaba fuerza alguna!



Más tarde, fuese por el fresco de la noche ya cercana, ó porque sentí más fuerte el fuego del combate (del cual no me explicaba la prolongación), fué el caso que me incorporé más energético, me sacié con ansias del charco, y después de lavar mi herida tomé un rifle que estaba al lado de un muerto.

No sabía dónde me encontraba, ni qué suerte habían tenido los nuestros; examinando los cadáveres que me rodeaban, encontré muchos que eran chilenos y también mayor número de enemigos, pero vi que los nuestros estaban barbaramente despedazados, como en las peripecias primeras del combate lo hacían con todo herido que quedase en sus manos.

Creí posible que tendría que habérmelas con el enemigo vencedor, acordándome del destrozo de los nuestros en los últimos momentos de mis recuerdos, y me auguré mala estrella, conociendo la índole de los que son de naturaleza tímidos.

A todo esto, siendo ya más noche que día, oí aún algunos tiros, y distinguí en la altura algunos dispersos que no supe de cuál ejército serían. Hubiese remontado hasta ellos sin mi extenuación, y si no hubiera pensado que era mejor unirse á algún grupo numeroso.

Pronto distinguí una sombra, formada al parecer por un pelotón de gente, me agazapé maquinalmente, por si pasaban sin que me notasen y para conocer quiénes serían. Mas, el tropel que venía era como un ejército; pensé que, si eran peruanos y me descubrieran, no había de pasarlo bien; determiné pues poner armas al hombro y salir á su encuentro. Ideaba ya cómo presentarme, si á su vista reconocía que eran enemigos; si me haría el soberbio, por ejemplo, á lo que me ayudaría quizás como disculpa el ser tan niño, ó si acaso aún á su presencia misma debía escapármeles.

Detúveme á una cuadra de los que llegaban, para pensar mejor en lo que había de hacer, y ya con ánimo más bien de jugarla del todo, pues el cansancio y la rabia de que nos hubieran vencido no me inspiraba otra cosa y encolerizaba más y más. Dudoso, no obstante, me incliné y esperé mi suerte.



Un momento después reconocía entre los que tenía cerca el uniforme de Chile. Me levanté con el corazón ensanchado, corrí hacia ellos, y sin reparar ni en sus semblantes, ni en que iban desarmados, alcancé á decir ¡viva...! al mismo tiempo que sentí y vi á un soldado enemigo que me tomaba de la garganta, rodeándome centenares más. Quise protestar del tratamiento que se me daba; pero la algarabía de mis captores no dejó oír mi protesta; y también antes de que me acordase de defender mi rifle, cuatro de aquellos

gandules me lo arrebataban. No tengo que decir si comprendí mi suerte ni tampoco lo que podía recelar.

No obstante, el oficial que iba á cargo de los prisioneros, herido su rostro de mucha tristeza, me defendió de la furia de sus soldados, y me incluyó en el número de sus prisioneros, yendo después á dar cuenta á sus jefes, quienes me hicieron luego repetidas visitas.

Curiosos como mujeres, quisieron hacerme gastar palabras sobre cómo aparecía por ahí, y cien otros asuntos, pero yo estaba en tálamo, ó **acachorrado**, como ellos pensaban diciéndome "vean el cachorro"; y no les contesté nunca, haciéndolos renegar con mi silencio y que me amenazasen."



Debemos advertir que nuestro incógnito poseía un carácter altivo y desdenguado, y que, en las diversas aventuras que le ocurrieron durante su prisión, sólo salvó de las tempestades que armaba porque su edad le captó las simpatías de algunos jefes, y esto á pesar de que los malos días que por entonces pasara esa gente había nuestro los ánimos por demás intolerables.



ESTANDARTE DEL 2.º DE LINEA

el prolongado combate y por el insomnio y las marchas que allí los habían conducido.

Mi amigo que era un niño, como muchos que eran ya hombres, volviéndose loco de la sed, y se lanzó desolado en medio del peligro, y rompe la línea, y rueda...; dándose cuenta de que caía, y sintiendo, además, el ardor del suelo que lo recibió y una punzante herida al brazo.

Cuando la atmósfera del desierto comenzó á desequilibrarse por el aire más fresco que precede á la noche, viniéronle algunas ideas confusas, junto con fatigas y espantosa fiebre.

"Abrí los ojos, me decía, y vi sólo cadáveres en mucho número, y sentí por diversos lados descargas, bastante lejos al pe-
recer.

Faltándome las fuerzas para pararme, me arrastré siguiendo la pendiente en que estaba tendido. Una herida de arma blanca, que se me había hecho en el brazo, la tenía irridadísima; la boca y aún el estómago los sentía como esparto, y la cabeza en una debilidad tal que sólo de enderezarla me venían desmayos.

Seguí, sin embargo, así como la culebra, hasta un escaso charco de agua; quise precipitarme, pero la anhelante respiración sólo me dejaba tragar medidos tragos. Y era lo peor que aquello

—Luego procuré ponerme al habla, siguió diciendo mi amigo, con los compañeros de desgracia. Eran por todo unos cincuenta individuos; no faltaron entre ellos conocidos, de los mismos que habían peleado conmigo en la mañana.

En nuestro trayecto fuimos desviando el paso de los centenares de cadáveres que cubrían el campo. Nos acercábamos al pueblo que da nombre al valle y es capital del departamento de Tarapacá. En los arrabales se quemaban algunos escombros y á su luz veíamos la gran cantidad de heridos y muertos que embarrababan las calles.

La marcha del enemigo era azarosa y agitada, y presentí que no estaba con ánimo para quedarse en el campo que había ganado á nuestro ejército. ¿Creería que nuestros batallones habían quedado en la altura aguardando el nuevo día?

Una vez en el pueblo, nos encerraron en dos piezas comunicadas, registrándolas antes por si tenían algún intersticio por donde pudiéramos escapar. Una fila de centinelas guardó las puertas y ventanas, y el resto de la tropa, que no bajaría de mil hombres, armó pabellones en la calle, dispersándose los soldados con precipitación.



Inmediatamente comenzó á susurrarse que se iba á desocupar la ciudad, y que ya había iniciado la retirada una gruesa partida. No me cupo duda que el combate había quedado indeciso; pero no me explicaba cómo se había reanudado hasta hacerlo medio favorable á los peruanos. Ni siquiera pude saberlo de mis compañeros, pues nos prohibían que hablásemos, y, cuando lo hacíamos, se erguían altaneros nuestros custodios.

Aquello de ver arrasado el pueblo, que según mi recuerdo no había sido teatro del combate en la mañana, me hizo sospechar algo, como si una sorpresa hubiera cogido á los nuestros cuando descansaban en el valle.

En la habitación inmediata á la que ocupábamos sentíase alguna animación y ruido de vasos y botellas, y en seguida, cuando subió de punto el entusiasmo, vivas al Perú y aplausos á ellos mismos por el triunfo obtenido; esto originó protestas y gritos de algunos de nuestros soldados, á los cuales indignaban aquellos festejos á nuestra misma vista, y los cholos contestaban y clamaban diciendo que "palmo á palmo" nos habían peleado el terreno.

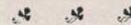
Algunos soldados del 2.º de línea se asomaban á la puerta, y, contristados y hablando entre sí, se miraban, y se mostraban el estandarte de su regimiento que se veía en la calle frente á donde estábamos. "¡Atrás, los chilenos, cabo de guardia!" gritaban los centinelas, temerosos aún de las miradas de los nuestros (1).



Todo eso iba encendiendo nuestra sangre é irritando nuestra difícil situación.

Pero, no era esto únicamente lo que nos preocupaba. Tratándose de una retirada, sea á Bolivia ó á Arica, debíamos cruzar el desierto, y yo que conocía aquellas marchas, y estando además herido, no me resolvía á emprenderla con mis enemigos. Se me ocurrió que podríamos fugarnos, y luego me puse á cavilar en el cómo hacerlo: siendo lo más sencillo que imaginé que nos procurásemos algunas municiones y que disputáramos los rifles á los que nos cuidaban.

Mas ¿cómo ponerme al habla con los míos? No dudaba que aprobarían el golpe, y que también animosamente emprenderían la fuga válidos de la noche, y hasta topar con nuestro ejército que debía estar en las inmediaciones; pero los muy vigilantes guardas recelaban, al parecer, hasta de lo que pensábamos.



Los prisioneros yacían unos tendidos y otros sentados, apoyados en la pared; busqué yo también un rincón para ver modo de hablar sin ser visto. Ahí encontré á un antiguo soldado perteneciente á Zapadores, y á quien conocía por haber sido de la sufrida columna del comandante Santa Cruz.

Estaba triste y tal vez abatido.

—¿Qué hay, hermano, le dije; juguémosle una á los cholos?

A esta idea, que luego comprendió, me pareció que se había reanimado.

—Pero ¿cómo lo hemos de hacer, dijo, cuando estamos sin armas, y estos diablos tienen dos ó tres centinelas por cada uno de nosotros? Siquiera tuviésemos municiones, podríamos...

—Cabalmente, le interrumpí, adivinando su idea, es en lo que pienso.

(1) Se sabe que fué denodado y glorioso el combate que mantuvo durante todo aquel día el 2.º de línea en Tarapacá, muriendo doce jefes y oficiales, y resultando heridos once de los demás oficiales. De tropa tuvo 338 individuos muertos y 69 heridos en ese encuentro sin nombre.

Murieron allí el primero y el segundo jefes, tenientes coroneles Eleuterio Ramírez y Bartolomé Vivar; los capitanes Diego Garfías Fierro, Ignacio Silva y José Antonio Garretón; teniente Jorge Cctton Williams; subtenientes Telésforo Guajardo, Belisario López, Clodomiro Bascuñán, José Tobías Morales y Francisco Moreno.

Igualmente fueron muertos todos los que componían la escolta de la bandera: subteniente Telésforo Barahona, los sargentos segundos Francisco Aravena, Timoteo Muñoz, Justo Urrutia y José M. Castañeda; cabos primeros José D. Pérez, Ruperto Echaurren y Bernardino Gutierrez, y el soldado Juan Carvajal.

—Calla, eres muy muchacho, estás loco, se apresuró á decirme el veterano, sumiéndose de nuevo en la tristeza.

—Escúchame, agregué, y ya verás que, aunque se me está durmiendo este brazo, si tú eres nuestro jefe, sabré ser tu ayudante. Imagino...

—Sí, imaginaciones, me contestó mi reacio compañero.

—Creo, volví á decirle yo, que para principiar no necesitamos ni armas ni municiones; ellos son algunos más que nosotros, es cierto, pero están tan oprimidos en la puerta que, aunque tengan cargados sus rifles, no podrán ni tendrán tiempo de disparar. Pasaremos el santo á los nuestros, les encargaremos que poco á poco se vayan parando y abocándose cada uno de ellos á uno ó dos de los otros; nos los repartiremos á todos, de modo que ninguno de esos bellacos quede ocioso.

—¿Y...? agregó el viejo zapador.

—Y á una voz nos avalanzaremos unidos, derribaremos á esa canalla, y ya afuera, al lado de los pabellones, tendremos en las cananas municiones sobradas.

—Bien, me dijo el soldado, animando su semblante la más alegre de las sonrisas, é incorporándose al mismo tiempo. Lo imité yo y otros dos amigos que en cuclillas habían oído, no sin mostrar placer, la última parte de mi plan.

—Y, una vez afuera, armados y amunicionados, continuó el viejo, los muy cobardes, que andan agitados como demonios, y como si nos las tuvieran todas consigo, no tendrán más medio que dejarnos partir... Si es que los malditos no quieren comer polvo, agregó al rato.

—Sí, que todo se les irá en hablar y gritar y disparar al aire...; y que yo, después de hacerles una sonada, y hacerse... á esos... llevaré mi ejército á unirse á los nuestros que no deben estar lejos.

—Ya somos libres, y tú, dijo dirigiéndose á mí, que has venido á dar valor y tretas al más viejo de los soldados, serás mi jefe de estado mayor.

A estas últimas palabras, que fueron dichas con la festinación del caso, nos rodeó un buen número de soldados, que poco á poco fueron enterándose de lo que se trataba. Pero el grupo hizo sospechoso á los vigilantes, que luego vinieron á despejarlo, amenazándonos si nos juntábamos ó hablábamos una palabra más.



Entre tanto los movimientos en el exterior eran á cada rato más visibles; se notaba como un aturdimiento general que hacía ir á las tropas de soldados de allá para acá sin tino y sin orden, allegándose los unos á los pabellones y otros separándose á la carrera de ellos.

Por su parte, el jefe designado por nosotros, sin hacer caso de las prohibiciones, se ponía al habla con todos, y los hacía incorporarse, y secretarse entre sí; y moverse, y mirar, y señalaba á los centinelas que nos guardaban. El asunto, al parecer, iba bien, y yo quise excusarme de allegar con mis palabras más fuego al combustible que empezaba á chisporrotear y que, caso de arder, nos prometía tanto de bueno. Me figuraba ya que el viaje por el desierto lo haríamos con holgura y sin tener que aliarnos con nuestros odiados enemigos.

Estos en el exterior todavía hormigueaban, y de más en más á cada minuto. Iban y venían los oficiales y jefes, y formaban corrillos. Los soldados brotaban de todos lados, y acercándose á los pabellones hacían grupos numerosos. Era indudable que la hora de partir se acercaba, y nosotros debíamos apresurarnos..., y esto mismo me ordenó en aquel momento el jefe de la aventura.

Empezamos á distribuir á los nuestros, señalándole á cada cual su objetivo. Todos eran de la empresa, menos un pobre herido que desfalleciente, afligido, se lamentaba de no poder ni enderezarse.

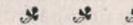
Ya sólo faltaba la voz de acción. Todos entusiastas y prevenidos miraban y oían con aparente distracción el bullicio de afuera y á los centinelas.

Empero ¡oh desgracia, que aún ahora lamento, exclamó mi amigo, ¡siempre hay sobre el hombre una especie de fatalismo que no le abandona jamás! ¡Ah! vi entonces cómo en un minuto puede deshacerse el mundo, perderse todo! Una doble fila de soldados hacía alto, frente á nuestra prisión. Pensé que sería un refuerzo, un relevo, ó quizás asesinos que vendrían á ¡usilarnos, para que fuera más expedita la retirada. No tengo que ponderar si digo que tuve gozo al pensar esto último, estando en perspectiva el desierto y sus rigores, y la presencia constante de aquellos maldecidos enemigos.

Por su lado nuestro caudillo, al ver á los huéspedes con que no había contado, gritó por todo desahogo ¡m...! y arrojó al suelo su quepis, y se engolfaba en aquel instante á discutir con un sinnúmero de guardias que se habían allegado.

Por fin se calmó, pero no seguramente porque le amedrentasen las amenazas que en atiplado tono y con vocinglería descomunal le dirigían, pues ya habíamos discernido lo bastante entre los halagos de morir peleando ó los del desierto.

No obstante, el pretendido alzamiento era absurdo en las circunstancias que habían surgido al paso.



Algunos minutos después, filas de soldados que se alinearon á uno y otro lado de la puerta nos dieron paso hasta el medio de la calle. Ofase en todas direcciones un rumor sordo, sin que



ELEUTERIO RAMIREZ

las cornetas ó tambores se dejasen oír; rondaban y corrían de aquí para allá soldados y oficiales, y muy pronto la derecha de ese ejército, ya formada, rompía la marcha, apenas deshechos los pabellones.

Estábamos en plena fuga. Serían las once de la noche, y nosotros los prisioneros seguíamos á la columna en medio de una rueda de soldados.

Al salir de la población, en sus arrabales, había mayor aglomeración de cadáveres, y lucía más el incendio en algunos caseríos. Agravaba esta vista el clamor y ruego de los heridos sobrevivientes que reclamaban que se les llevase.

Los ayudantes, á escape, y las demás caballerías daban signo de su apresuramiento, atropellando y pisoteando á los infelices heridos, que quizás morían después, víctimas de aquellos nuevos golpes. La tropa cabizbaja, y con sus caras estúpidas, no daban muestras de ser soldados, semejaban recuas que obedecen al aguijón ó al látigo. Sólo algunos negros vivaces nos miraban con interés, comprendiéndose en sus inteligentes ojos que poseían más valor, y que por eso apreciaban mejor nuestro estado de cautivos.

Los oficiales, por lo general de aspecto débil, hacían gala de una estudiada valentía, gastándola especialmente en denuestos contra nosotros, que rara vez dejábamos de contestárselos. Los jefes, que lo mismo que los oficiales eran muchos, caminaban pálidos, á causa de los insomnios y sustos, sin hablar entre ellos; y á lo más uno que otro, que se notaba no era locuaz de ordinario, tomaba, al vernos, bríos que daban que reír. Unos al pasar nos miraban como desdeñándonos, los demás, aunque severos, no dejaban de erguirse en nuestra presencia, pero eran razonables

y de ningún modo se mofaban, y, al contrario, nos observaban con caballería.

En esta forma, yendo á retaguardia otra parte del ejército, abandonamos aquella población, y la de Quillaguaya, campos y villorrios que apenas se habían ocupado unas horas por los peruanos, donde dejara el enemigo, según después supimos, los heridos, y entre ellos jefes también, y aún cañones y muchos rifles. ¡Ventajosa victoria que sólo el Perú obtiene!

Al amanecer llegábamos á Pachica, pueblo de más al interior; allí se nos puso en unos corrales, rodeándonos un cordón de centinelas.

Nuestra situación era bien triste, pues ya teníamos tres y más noches algunos, que no descansábamos; la sed era espantosa, y esto después del frío de la noche que la habíamos pasado sin abrigo, y muchos sin kápis, perdidos en los azares de la batalla; en la mañana aún, en aquel corral que se nos había dado por albergue, reverberaba el sol sin hallar dónde guarecernos.

En aquel momento se incluyó entre los prisioneros al subteniente Basterrica, abandonándose también entre los soldados sin merecer ninguna consideración.

Pero, bien infeliz era la suerte de aquellos pobres fugitivos, y harto desastroza la marcha que emprendían, para que pudieran ser galantes. En verdad, no son para referidos, casi, los incidentes de aquella marcha atroz.

Poco después de nuestra salida desapareció todo orden en la formación de la tropa. Solamente la guardia que nos vigilaba mantuvo la agrupación obligada; los demás andaban á la desbandada, y creciendo en los soldados el espíritu de insubordinación.

Tropas desmoralizadas por la mala dirección de la campaña, y por la familiaridad que su desgracia precisaba á gastar á jefes y oficiales, habían concluido por desconocer toda autoridad; parecía que el desierto hubiera igualado á todos. En balde se empleaban amenazas al principio, y promesas en seguida; porque aquellas fallaron por poca energía y éstas por ser imposible de cumplir.

Las penalidades eran sin cuento, y aún mayores que la carencia de lo más indispensable. Se marchaba precipitadamente y aún

sin rumbo, se volvía una y diez veces sobre los pasos, y todo era aturdimiento. Parecía que algún sér exterminador iba desunido á los restos del infatigado ejército que quiso desafiarlos en Pisagua, Iquique, Dolores y Tarapacá.

Las pobres aldeas que cruzábamos en nuestro camino estaban deshabitadas, y saqueadas por los fugitivos que nos precedían. Y los tormentos se aumentaban junto con los pasos que avanzábamos: al principio se nos dió alguna cantidad de galletas, que alejara nuestra extenuación. Pero se sucedían los días y esas provisiones, con ser tan insignificantes, llegaron á agotarse.

Cuando íbamos acercándonos á la costa, como pudimos notar por una brújula que llevaba uno de los prisioneros, aumentaron las dificultades. Descansábamos en las horas de mucha luz; á las oraciones, en la noche y al amanecer apresurábamos el paso. Sólo en nuestro derredor se agrupaban aquellos infelices; parecía que buscaban nuestra sombra, temerosos que el enemigo, que tan reciamente los había batido, apareciera de improviso. Eramos por esto tratados con más suavidad, como si esperasen de nuestra entereza, apoyo contra su propio infortunio y miseria.

Los que nos precedían y los que venían en pos caminaban sin ley alguna: los unos, validos de la fuerza que les quedaba, cometían mil depredaciones, arrebatándose los caballos, ó disputando por nimiedades, que daban que reír, los otros, agotada su esperanza de vivir, se tendían en la arena para no levantarse más, ó bien se fusilaban mutuamente para concluir sus existencias pesarasas.

Yo también, rendido por el árido desierto, me sentí desfallecido muy pronto: teníamos una agua escasa que disputábamos

á los enemigos, la insustancial comida iba agotando nuestro esfuerzo; mi herida se agravaba día á día.



En compañía de nosotros hacía viaje la sección de rancho de la división, y cuando una vez, agobiado enteramente, manifesté deseos de quedarme tendido en el camino, el jefe á cuyo cargo íbamos me indicó que podía alojarme en uno de los fondos de la comida; me subí ayudado de mis compañeros, y allí domí y soñé felicísimo, como en mi vida lo he hecho.

Tengo memoria de que me introduje en aquel cacerolón recién había oscurecido, y desperté ya con luz muy clara; me bajé entonces para estirar las piernas y caminé buena jornada.

Mas, como hubiera quedado afecto á esa cama sui géneris, toda vez que el cansancio me dominaba solicitaba sus favores. A lo que el jefe entre incómodo y complaciente decía á sus soldados, enseñando á mi persona, "al perol". Con esa orden yo me aproximaba, pues ya no tenía más fuerzas y ellos me alzaban con un ánimo muy desproporcionado á su envidia, y me sumergían en aquel mi querido lecho. Nunca escaseaban en aquel hueco algunos embelecios y trastos de cocina, con los que me abrigaba echándomelos encima, y luego me dormía con tranquilidad de patriarca.



En toda aquella penosa marcha no dejaron de indagar de nosotros si sabíamos acaso si por aquel lado de la costa estarían nuestros compatriotas y era mayor su ahínco por saberlo á medida que nos acercábamos á Arica. Bien teníamos noticias que por Camarones existían tropas chilenas; pero no quisimos ni quitarles sus temores ni aumentárselos, pues por lo último nos harían dar más rodeos y por lo primero les volveríamos la tranquilidad y nos tratarían peor.

Así pues, por esta originalidad, nosotros veníamos siendo la salvaguardia de los que nos llevaban prisioneros.

Estas obsequiosidades continuaron hasta estar á pocas jornadas de Arica. Llevábamos 18 días de marcha, y el cuadro que empezó á bosquejarse en Tarapacá recibía el último colorido: el apresuramiento de la salida, la desorganización que se notó la misma noche de iniciarse la fuga; el cansancio, la sed, los descaminos, los temores, el hambre, la desesperación y la locura, habían diseminado á ese ejército en cuarenta leguas larguísimas de desierto.

Hacía más de un mes que habían empezado á llegar á Arica los fugitivos de las batallas libradas en el sur, y veinte días des-

pues de nuestro arribo brotaban todavía del desierto esqueletos que habían sido soldados. Por este motivo había acompañado nuestros pasos un rastro poco halagüeño ciertamente; por todas partes observábanse cadáveres, rifles y equipo de todas clases; todo lo que era gravosa carga para marchar desahogadamente, había sido arrojado al camino.

De este modo, pues, se desvanecieron los ilusorios sueños del primer ejército del sur, en el cual la Alianza había fundado su orgullo y esperanzas, desde que lo componían las mejores tropas de las dos repúblicas.



Cuando llegamos á aquel nuevo centro de operaciones de nuestros enemigos, creímos que algo muy ordenado y bien dirigido habíamos de ver; pero apareció el mismo tinte desagradable en sus batallones, mal vestidos y peor equipados, y con una disciplina dudosa; y mandados por oficiales bullangueros, pretenciosos en subido grado, y licenciosos todavía.

Los jefes no les iban en zaga en estas particularidades, y siendo ellos el eco y los portavoces de las rivalidades y rencillas con que se miraban peruanos y bolivianos.

Los de Bolivia eran menos gentiles y menos lucidos que los del Perú, pero en cambio poseían mejor disciplina, y eran (si así puede decirse, hablando de soldados) más hombres, y de un aspecto homogéneo y de una planta que dejaba prometer más que en sus aliados.

Aquella gente, entre la cual íbamos prisioneros, gustaba de carearse con nosotros: sea para averiguarnos circunstancias de las batallas que habíamos presenciado, ó para sondear nuestros recursos militares, y el ánimo que poseían los nuestros. Ni por un momento creían ellos que el ejército de Chile tuviera la maestría y aliento que al de ellos animaba.

Y era conmigo con quien más se complacían en franquearse, tal vez porque mis pocos años les prometieran un carácter más comunicativo. En una de estas veces, hasta hoy me río del enfado en que montó uno de esos jefes; quien después de mucho interrogar y hablar recibió una respuesta que le sonó mal.

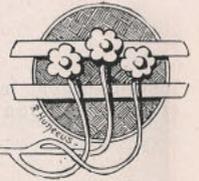
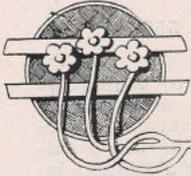
—¿Y así como usted, me dijo él, son los soldados que Chile manda á combatir con nosotros?

Comprendí que hacía referencia, al hablar de este modo á los pocos años que yo tenía, y no pude menos de envolverlo en su misma pregunta y contestarle:

—Sí, nos mandan á nosotros los niños para pelear, y ellos se quedan en la patria, trabajando para proveernos de todo, y aconsejándonos para que sepamos vencer".

JOSE C. LARRAIN





Mucho se ha hablado siempre de que en Chile la literatura ha estado reducida á la columna del periódico, por falta de editores, por falta de un público que proteja el libro. Si hoy mismo los escritores buscan refugio en las salas de redacción entre cronistas y redactores políticos, ¿con cuánta mayor razón pasaba esto cuarenta ó cincuenta años atrás?

El gran movimiento literario de 1842, aquel despertar de nuestras letras, se inició en el periódico, en aquella inolvidable "Semana" en que escribieron Andrés Bello, José Victorino Lastarria, y tantos otros que fueron los que ablandaron la tierra, dejándola más propicia para los sembradores intelectuales que vinieron después. Los libros que se publicaban eran muy pocos, y entre estos los más de carácter político, religioso, filosófico y social. La literatura, propiamente, tenía manifestaciones lejanas, baluceos que pronto se ahogaban entre luchas de partido y polémicas filosóficas.

Dado el gran paso del año 42, los periódicos empezaron á multi-



JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

plicarse y los periodistas á ser más numerosos. Estos no eran como los de hoy, ligeros, preocupados de la mera actualidad, sino que en sus artículos trataban cuestiones de acentuada trascendencia. Entre aquellas plumas, que tan pronto se mojaban en tinta roja para escribir sobre las libertades políticas ó se dulcificaban para rimar tiernos versos á la sombra de una pantalla en el hogar silencioso, se cuentan tres grandes figuras: Manuel Blanco Cuartín, y los hermanos Arteaga Alemparte, Justo y Domingo.

En la fecha actual en que escribimos, en esta época en que se siente en el aire, junto con el aroma de las primeras rosas de primavera, el espíritu alegre de las gentes que se preparan á celebrar el primer Centenario de nuestra Independencia, es de ocasión recordar á estos hombres que en los primeros cien años de vida libre, desinteresadamente y con amor se dedicaron al cultivo de las letras y al bien público.

La silueta de Manuel Blanco Cuartín aparece ante nosotros rodeada del prestigio que envuelve á los artistas y á los luchadores. Es una figura interesantísima, complicada á veces, clara otras veces, con mucho de la audacia del luchador y del encanto seductor del literato elegante.

En aquella etapa de nuestra historia en que actúa, cargada del ambiente cálido aún de una guerra civil, se destaca con gran relie-

ve, teniendo cualidades y líneas que la hacen inconfundible. Nacido el gran periodista en el seno de una familia de la aristocracia chilena, hijo de don Ventura Blanco Encalada, el dosel de su cuna, de seda y batistas, no le impidió ejercitar libremente su alado pensamiento en todo palenque literario. Aquel hogar aristocrático, entre cuyos muebles de blasonado terciopelo se creía encontrar burbujos de la atmósfera severa de ilustres antepasados, se formó el espíritu del joven Blanco Cuartín, teniendo por ejemplo sentimental á un poeta que fué su padre y como guía en la lucha de la vida la insignia de Aldunate de Manuel Blanco Encalada que victorioso había paseado por los mares de la América.

Con estos antecedentes atávicos era natural que el escritor poseyera dotes excepcionales; una gran independencia de espíritu que llegaba á veces hasta estrujar físicamente, como un Anatole France, á los que pertenecían á su misma esfera, por sus rancias ideas, por sus debilidades, manteniéndose en un alto puesto de justicia. Y esa misma educación esmerada, ese mismo temperamento en donde tantos rasgos se descubrían del gran señor peninsular, lo inducía á alejarse de la plebe, de los cenáculos, refugiándose en el rincón de su sala de trabajo como un visionario solo amante de sus sueños.

La sátira y la polémica no alcanzaban á su refugio, y cuando descendía hasta ellas, ¡con qué manera más distinguida y desdeñosa las respondía! Era aquella como ver á un hombre de mundo correctísimo, enfadado, quitando de su paso con un ligera mueca de ironía los estorbos, que eran arrojados lejos con la punta de su bastón. Vivió en la gran época de las polémicas, cuando los diarios con poco material de crónica para llenar sus columnas, se preocupaban ardientemente en contradecirse. Y entre esos polemistas, fué uno de los más espirituales, elegantes y risueños. Al leer sus artículos de este género, se ve al hombre sonreír, impasible, guardando siempre la más absoluta corrección, mientras lanzaba al adversario sus enormes sátiras pulverizadoras y vestidos de etiqueta, que hoy pudieran equivocarse por frases irónicas de Jacinto Benavente.

Pensó como Palacios Valdés que el aislamiento literario era la más poderosa fuerza de producción. Sus adversarios no sospechaban que Blanco Cuartín era formado de esa pasta rara y preciosa para la que los ataques más grandes no son otra cosa que activos y eficaces estimulantes á la producción, la mejor de todas, la que lucha por abogar con talento el ataque, por grande que sea. Recuerdo que Maupassant al escribir sobre la personalidad literaria de Zola dice en un párrafo que el gran novelista "hasta tuvo la suerte de contar con odios profundos".

A Blanco Cuartín, por sus sátiras á la sociedad elevada de aquel entonces, que se llamaban "los pelucones", se le miraba mal. El no se inquietaba, convencido de sus ideas. Fué verdad que jamás descendió del terreno elevado ni abandonó su severa corrección, pero su espíritu selecto como sediento de la verdad, fustigaba el error ridiculizándolo.

¿Cuáles fueron sus ideas en política? En este sentido su espíritu se nos escapa. Como todos los artistas pensadores, fué mudable cambiante, atacó lo malo en todas las esferas, y tan pronto su alma, como fatigada por la lucha, buscaba el ambiente plácido de sus primeros años mecidos por los arrullos de la religión, como se lanzaba al campo de las ideas liberales, defendiendo al pueblo en sus derechos, poniéndose de parte de él, para luego hacerse el literato cenobita, que huyendo de círculos y de ajenos, buscaba el sosiego para abandonarse á las expansiones del arte puro.

Se ha hablado mucho de su orgullo. Y en esto hay que hacer notar un convencionalismo de juicios muy común en todos los públicos. Se exige al artista, al literato, al hombre de letras en general, una humildad que no soportaría cualquiera persona vulgar. Para complacer á esa gente, se tendría que ir por la calle pidiendo permiso para vivir. Aquella noble altivez de Blanco Cuartín, era tilada de orgullo, siendo tan solo nota característica de todo un gran temperamento.

Anotando algunos párrafos biográficos, diremos que nació en Diciembre de 1822. Fué redactor político de "El Mercurio", después de haber escrito en "El Mosaico", diario fundado por él. Fundó también "El Independiente" y redactó "El Estandarte Católico", "El Porvenir del Artesano", "La Voz de Chile". Una de sus obras más notables es la "Memoria sobre la Historia de la Filosofía y la Medicina".

Entre la vida de estos periódicos, hay todo un mundo de labor del gran periodista. Ilustre representante de aquel antaño no muy lejano, en el que tuvo por compañeros á los ilustres Arteaga Alemparte, cuyos siluetas esbozaremos á su lado.

Hoy día el nombre de los hermanos Arteaga Alemparte produce un efecto mágico. No hay redacción de periódico en que no se le cite, casi todos los recuerdos de aquel tiempo en que ellos actuaron en el periodismo van relacionados á esas dos firmas ilustres del periodismo de antaño.

Acaso por la única vez, salvo raras escepciones, esos dos nombres no defraudan nuestras esperanzas, al conocerlas. Estamos acostumbrados, sobre todos los jóvenes, á sufrir decepciones en lo que se relaciona con la literatura de otros tiempos, á considerar los juicios que oímos en labios de viejos, como exagerados respecto á la bondad de la producción de la época pasada de nuestra literatura ó periodismo.

El nombre de los hermanos Arteaga Alemparte es de aquellos que resisten á toda crítica y á todo análisis por exigente y minucioso que éste sea. La causa se debe á que aquellos dos escritores se adelantaron á su tiempo, tanto en la factura de su producción como en el fondo de sus pensamientos.

Los hermanos periodistas, si realizaron una labor estrechamente unida, casi puede decirse en colaboración, sus temperamentos diferían un tanto, su fondo sentimental se apartaba, la intimidad de sus almas acaso marchaba por distinto sendero á aquel en que juntas hacían la ruta del periódico.

Esos dos espíritus, considerados en particular cada uno, tienen líneas que los caracteriza, matices que tienen sus fisonomías intelectuales con distintos tonos.

Sin que sepamos por qué, el primero que aparece á nuestras cuartillas es el temperamento silencioso y melancólicamente soñador de Domingo Arteaga Alemparte, el poeta de los versos que tienen recuerdos clásicos, en donde se cree sentir la flauta de pan ó el caramillo melódico de la edad de oro de las letras españolas. Es ese prestigio del artista que nos seduce, esa melancólica bruma en que se envuelve la silueta del hombre, la que nos obsesiona y nos inclina á colocarlo antes de la figura de su hermano, ese luchador del periodismo, correcto y de guante blanco. Domingo, fué igualmente un luchador, más que por temperamento, por amor á la verdad y al bien. Pero luego, como fatigado por la arena de la lira, recogíase á rimar versos tranquilos y serenos, hundíase en esa labor más en armonía con su temperamento de artista débil y delicado, que como temiendo á la vida en lo íntimo de su sér, quería olvidarse de ella con la música de una estrofa.

Había en él, desde su infancia, esas precocidades de algunos niños de que habla Maeterlink, esas adivinaciones que los vuelven tristes apenas empiezan á vivir y ponen en sus pupilas, sombreándolas, como las prematuras perspectivas de dolores que llegarán más tarde. Vicuña Mackenna al hablar de Domingo Arteaga, comprendió esto, cuando dice en un artículo sobre su muerte en "El Mercurio" de Valparaíso: "El hombre serio había comenzado temprano su labor en su ancha frente"...

Aquella vida, tan rica de bondad y de talento, prodigó lo primero y derrochó lo segundo con opulencia de nabab. Se dice que cuando se le iba á pedir un servicio, él lo tomaba como un favor que se le hacía al darle la ocasión de hacer el bien. Ejemolo para aquellos advenedizos de hoy día que creen que un servicio ha de cobrarse, sino con genuflexiones, con el subido interés de una sumisión absoluta...

El escritor Rafael Egaña, en un brillante artículo á la muerte del ilustre periodista, publicado en el "Nuevo Ferrocarril", traza su retrato en estas frases:

"Si hubiera vivido.—lúgubre y penosa frase.—habría sido senador. No habría subido más allá. Tenía mucha independencia de alma y de criterio para haber sido Ministro de Estado, por ejemplo. He dicho á Ministro porque pienso en otros hombre y en otros tiempos. Hoy de portero se baja á Ministro". Y más adelante agrega, rematando su silueta: "Había en él algo de los sabios de la antigua Grecia y algo de los antiguos patriarcas de Israel"... "Era un talento serio que tenía la bondad de ser ameno—y á veces el poder de ser terrible—como la abeja que se precocupa en fabricar miel, pero clava su lanceta cuando la impacientan".

Entre sus poesías hay algunas de gran mérito como la oda "Al dolor" y muchos otros versos amorosos. Aquí es necesario hacer una observación. El amor era considerado por Domingo Arteaga no de una manera personal. El objeto de sus versos se nos escapa entre las interlíneas. La silueta de la mujer la vemos apenas esbozada, perdida como una nubecilla ideal y casi sin forma. Cantaba al amor como afecto, como ideal, como alta pasión de la vida. Versos hechos de gasa de ensueño que se diluyen como en la atmósfera de la edad clásica.

El peso de las ideas, de que él mismo hablaba á veces, parece que precipitó su muerte, concluyendo con aquella privilegiada vida á la edad de cuarenta y cuatro años. Innumerables fueron los artículos que se publicaron sobre su personalidad, firmados estos por las plumas más autorizadas, como la de Vicuña Mackenna, Manuel Blanco Cuartín, Rafael Egaña y muchos otros. Algunos de estos artículos pueden leerse en su volumen de poesías, que preceden el libro á modo de corona fúnebre.

Su hermano Justo, naturaleza fecundísima para la producción periodística, se caracteriza por la concisión de su estilo, por aquella manera especial que tiene de cristalizar las ideas en pocas palabras.

La fineza y claridad de su frase, es estatuaría. Se imaginaba que su pluma era cincel que en vez de escribir en una cuartilla, lo hacía en un pequeño trozo de mármol, en donde las palabras pueden cubrirse de musgo ó de la pátina del tiempo, pero no pueden ser jamás borradas.

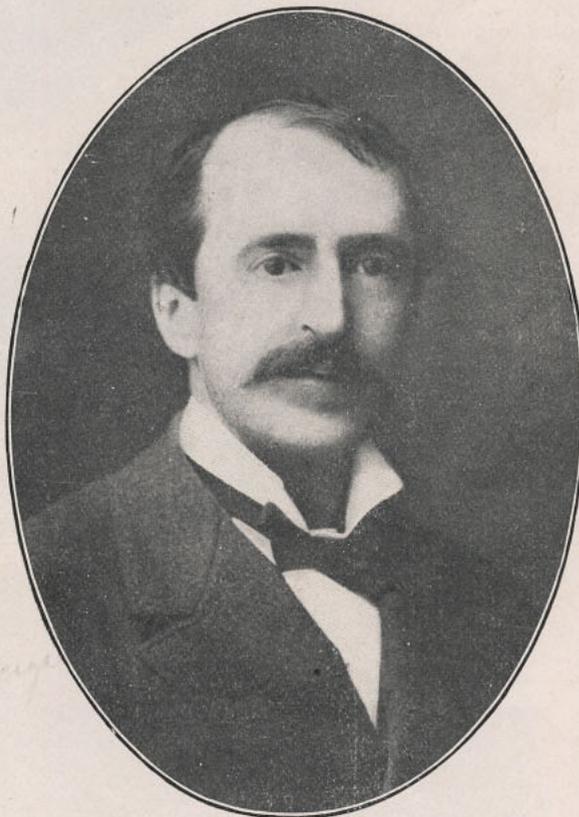
Su estilo ha despertado grandes emulaciones y por lo tanto ha tenido imitadores en gran número, que jamás han alcanzado esa expresión lapidaria. Justo Arteaga nació con aquello. Su cualidad de estilista no fué aprendida. Estaba en él; bullía en su sangre aquella inclinación hacia la trasparente síntesis del pensamiento.

A que alto grado de cristalización de las ideas no llegaría su estilo cuando él cultivaba con cariño aquel precioso don de periodista! Unase á esto, cierta elegancia francesa, cierto desdén aristocrático para hablar de todo, y cierta mágica frescura, acaso tomada de aquellos autores franceses que aireaban sus espíritus con las brisas del realismo que empezaba entonces.

Justo Arteaga Alemparte realizó entre nosotros lo que después hicieron los grandes maestros del realismo, trazar un retrato en pocas líneas vigorosas y llenas de carácter y de alma.

Uno de sus mejores artículos, son "Tres biografías en una carta", es decir, uno de los artículos en donde está por entero su personalidad literaria. En una de estas biografías, encontramos un autorretrato que en una de sus partes dice así: "Desde que el demonio de las letras me tentó, toda mi ambición se dirigió á ser diarista, y todos mis estudios sufrieron la influencia de mi ambición..."

Aunque su vida duró solo cuarenta y ocho años realizó una labor enorme y buena. No tuvo caídas en ella, ni esos desfallecimientos



DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

que sorprenden por lo general á todo escritor, imposibilitándole por algún tiempo. Con su hermano Domingo fundó el periódico literario "La Semana" á raíz de la revolución del año 1859. José Victorino Lastarria dice en sus "Recuerdos Literarios", "que aquellos dos niños por su edad y hombres por su inteligencia", vinieron á sacar de la postración intelectual los espíritus después de las luchas revolucionarias.

"Escribió "Los Constituyentes chilenos" y los folletos políticos "El charco", "Nuestros partidos y nuestros hombres", "El Presidente Pérez", "Los tres candidatos", etc., y artículos literarios como "El Vientre", "Perfiles Matrimoniales", "Magdalena". En 1864, además de escribir en "El Ferrocarril" colaboró en "La América", de Madrid, en donde insertó otros estudios. En 1875 publicó los interesantes artículos "Los Candidatos en Candelero" y "La Vida de Benjamín Vicuña Mackenna".

Estas dos figuras que acabamos de bosquejar, son los que presiden el periodismo actual, hecho de concisión, de nervio y de ideas encerradas en un corto editorial.

Si se les levantara una estatua á los hermanos Arteaga Alemparte, pudiera colocárseles á su lado, y como protegidas por sus manos incansables de escritores y de artistas del periodismo, uno de estos inmensos "rotativos" modernos que son vorágines que arrojan por miles los ejemplares del pensamiento escrito, bajo una forma correcta y elegante.



PAISAJE
DE WALTER NETTETON

(Sección norte-americana de la Exposición de Bellas Artes del Centenario)

OBSERVACIONES

De la discusión suele nacer la luz, para los demás; para los que discuten, nace sólo el empecinamiento. Quién al comenzar á discutir dudaba de la verdad de su opinión, va convenciéndose gradualmente de ella, á medida que le dan razones en contra. No hay argumento más eficaz en favor de lo que uno piensa, que el argumento en contra alegado por el adversario.



Cuando refiráis una acción censurable, y al querer nombrar á la actora, alguna de las señoras oyentes os diga con aire discreto: "No la nombréis, no quiero saber quién es", como para quedar en libertad de apreciar con entera imparcialidad y justicia el acto, sin faltar á la caridad,—es que ya sabe perfectamente quién es la culpable. Estad seguros.



El amor propio es tan instintivo en el hombre, que aún las personas se inclinan siempre á considerar como superiores las cualidades que ellas poseen, y como secundarias las que les faltan.



Al comenzar la vida, el hombre juzga de las personas y las cosas según sus deseos, y de ahí nace la ilusión; la experiencia le demuestra la fragilidad de los sentimientos y los placeres presentes, pero todavía espera y busca otros goces y afectos, y de ahí nace

la inconstancia; luego se convence de que lo que ha encontrado no es mejor que lo que dejó, y de ahí nace el desencanto; toma entonces á los hombres y las cosas como son, apura todo lo que pueden darle, y de ahí nace el hastío; hasta que, no habiéndose sentido nunca feliz, conociendo que ha vivido equivocado, y ya sin tiempo ni fuerzas para recomenzar, cae en el arrepentimiento.

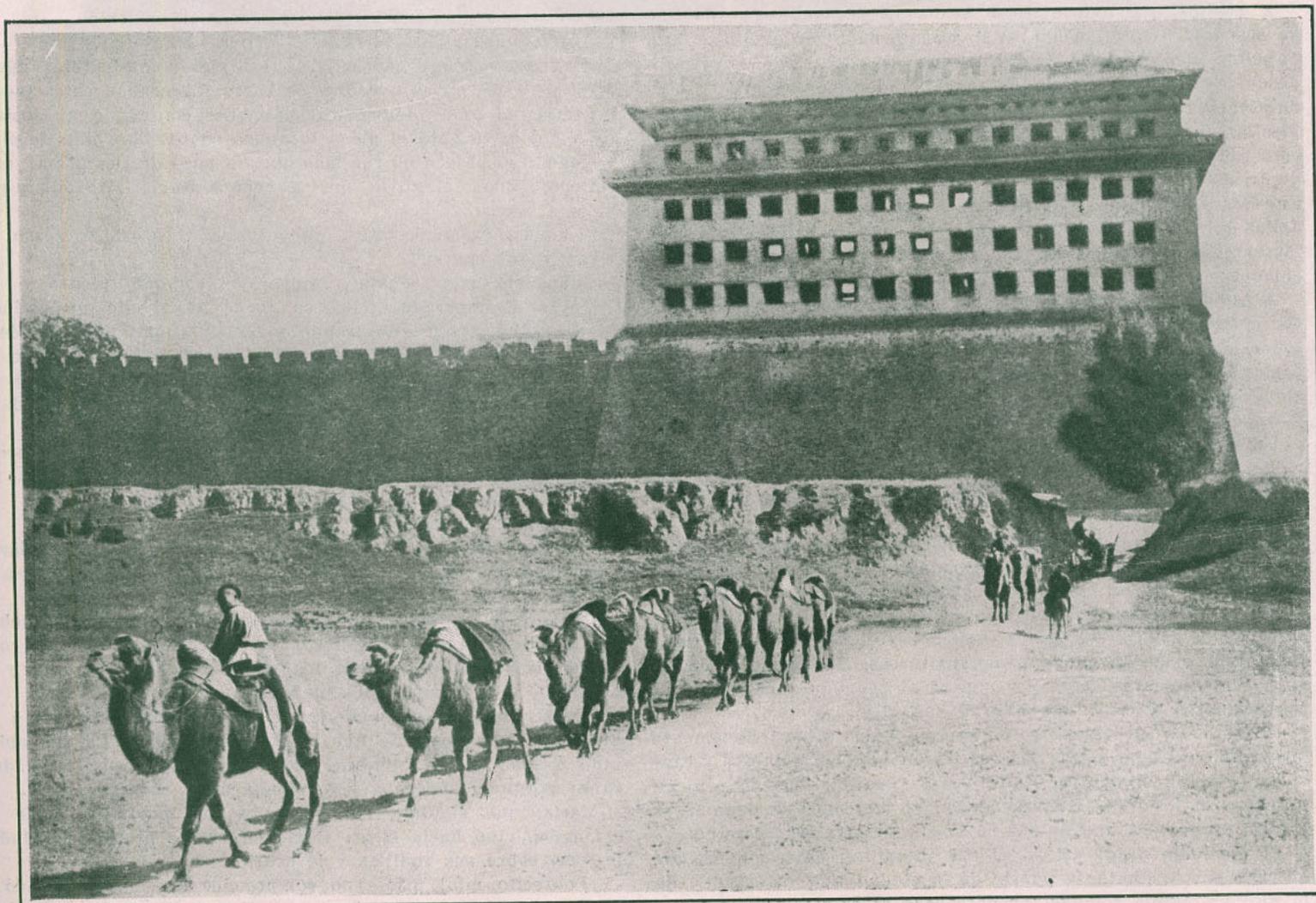


Lo que constituye al escritor es la animación del estilo, el colorido de la expresión, la elocuencia de la frase, la exactitud adecuada de las imágenes, la hermosura de las ideas, aunque sean superficiales, el brillo del raciocinio, aunque no sea profundo; en una palabra, la forma más que el fondo. Lo que constituye al autor es la fuerza del pensamiento, la intensidad de la pasión, la novedad de la idea, la profundidad de la observación; en una palabra, el fondo más que la forma. Cuando un gran autor es á un mismo tiempo un gran escritor, surge entonces el creador, el genio,—Dante, Shakspeare, Goethe, Molière, Cervantes.



La degeneración de nuestros partidos políticos proviene de que ya no ven en las luchas más que el botín, ó de que ya no luchan sino por el botín, ó de que han suprimido las luchas reemplazándolas por pactos para repartirse lo que, si hubieran luchado, habría sido el botín,—que todo eso es fango del mismo charco.

JACOBO EDEN



UNA CARAVANA DE CAMELOS EN TARTARIA



UN día, en aquellos tiempos en que Jesús aún no cumplía cinco años, encontrábase éste sentado á la puerta del taller de su padre, en Nazaret, entregado á la tarea de modelar pajarillos con el barro dúctil y blando que le diera el alfarero de enfrente. Sentíase más dichoso que nunca, porque los niños del barrio aseguraban que el alfarero era hombre malvado de condición, que no se enternecía ni con dulces miradas ni con palabras de miel; tanto, que jamás él se atreviera á pedirle nada. Ahora apenas se explicaba lo sucedido. Desde el umbral de la puerta había mirado con mal contenida envidia al vecino que trabajaba en su molde, y aquel mal hombre había salido de su tienda, dándole barro bastante para fabricar un cántaro.

Bajo el dintel de la puerta de la casa vecina, Judas estaba sentado. Era feo; tenía los cabellos rojos y el rostro cubierto de arañazos y huellas amoratadas que conservaba de los golpes recibidos en perpetuas peleas con los chicuelos de la calle. Ahora manteníase tranquilo; no reñía, no disputaba: entreteníase con Jesús en modelar un trozo de barro. Jesús se lo había dado, pues Judas no osaba presentarse siquiera ante el alfarero, en razón de que éste acusábale de haber arrojado piedras sobre sus frágiles mercancías, y juraba arrojarle á palos de su casa no bien le viera.

A medida que ambos niños acababan de modelar cada uno de sus pajaritos, alineábanlos en círculo en torno á ellos. Eran aquéllos semejantes á las aves que se conocen en la tierra desde tiempo inmemorial. Estaban parados en una gruesa bola de tierra comprimida; tenían corta la cola y casi imperceptibles las alas. Y, sin embargo, los pajarillos de los dos pequeños camaradas diferían los unos de los otros á la simple vista. Los de Judas estaban tan mal hechos, que rara vez quedaban en pie. Sus dedos, inhábiles y torpes, no acertaban á darles forma. Y Judas miraba de reojo á Jesús, procurando averiguar cómo se las arreglaba para hacer obras tan bellas, pájaros que eran lisos como las hojas del roble de las selvas del Tabor.

A cada pajarillo que terminaba, mostrábase Jesús más y más contento. El último le pareció más lindo que los otros; pero á todos los contemplaba con amor y con orgullo. Ellos serían sus camaradas de jugueteo; dormirían cerca de él; le cantarían canciones cuando su madre le dejara solo. Nunca se sintiera tan rico y nunca más habría de considerarse abandonado.

Un vigoroso aguador pasó en aquel instante, encorvado al peso del odre; y tras de él apareció un mercader de legumbres, que se balanceaba sobre el lomo de su asno, entre grandes cestos de mimbre vacíos.

El aguador posó su mano en los rubios bucles de Jesús y le interrogó sobre sus pajarillos. Respondióle Jesús que todos tenían nombre; que sabían cantar; que había llegado de un lejano país, y que le contaban cosas tan sólo conocidas por él y por ellos. Y tan bien hablaba Jesús, que el aguador y el mercader de legumbres olvidáronse un momento de sus tareas. Mas, como se dispusieran á marcharse, Jesús les mostró al pequeño Judas:—Mirad los hermosos pájaros que hace Judas, dijo.

El mercader de legumbres detuvo su jumento bonachonamente y preguntó á Judas si sus pájaros tenían también nombres y cantaban. Judas lo ignoraba. Empeñóse en guardar silencio y ni siquiera alzó los ojos. Irritado al fin, el mercader de legumbres dió un puntapié á uno de sus pájaros y prosiguió su camino.

El mediodía pasó; estaba el sol ahora tan bajo, que su luz entraba por la diminuta puerta de la ciudad que, ostentando de la alto un águila romana, encontrábase al extremo de la calle. La luz rosa y como maculada de sangre deslizábase por la calle estrecha, y revestía de su propio colorido cuanto tocaba. Tiférense con ella los vasos del alfarero, y la tabla que rechinaba al

contacto de la sierra del carpintero y el velo blanco que encuadraba el rostro de María. Pero donde el sol brillaba de modo más maravilloso, era en las charcas de agua que se formaban entre las losas desiguales que pavimentaban la calle. Súbitamente Jesús hundió su mano en la charca más próxima; porque había tenido la idea de pintar sus pajarillos grises con aquel deslumbrador brillo, que imprimía tan bellos matices al agua y á los muros de las casas.

Prestóse el sol graciosamente á su deseo y se dejó coger como el color de la paleta. Y cuando Jesús hubo de extenderlo sobre las avejillas de barro, éstas se cubrieron de piés á cabeza de un reflejo de diamantes.

Judas, que de cuando en cuando observaba atento las avejillas de Jesús, lanzó un grito de entusiasmo viéndole pintarlas con el sol de las charcas fangosas. Y se apresuró, á su vez, á meter las manos en el agua luciente. Pero el sol se deslizó entre sus dedos. Por rápido que fuese el movimiento de sus manecillas, no guardaban ellas nada del maravilloso colorido.

—¡Aguarda, Judas! dijo Jesús. Voy á pintar tus pájaros.

—No, respondió Judas; no quiero que tú los toques. Están bien así.

Se puso en pie, arrugando el ceño y mordiéndose los labios. Dejó caer su planta sobre los pájaros y transformóles, uno tras de otro, en simples terrones.

Y cuando todos sus pájaros estuvieron destruídos, aproximóse á Jesús, cuyas avejillas de barro fulguraban como piedras preciosas al amor de sus caricias. Les contempló un instante en silencio; levantó el pie y lo apoyó sobre uno de ellos. Y cuando el pájaro no fué más que un poco de tierra gris, experimentó Judas tal alivio, que se echó á reír y alzó el pie para aplastar otro.

—Judas, exclamó Jesús, ¿qué haces? ¿No sabes acaso que viven y que cantan?

Judas rió más todavía y aplastó el segundo pájaro.

Jesús, desesperado, miró en torno suyo. No podía imponerse á Judas, que era grande y fuerte. Buscó los ojos de su madre. No se hallaba lejos; pero, antes de que hubiese llegado, todos los pajarillos habrían desaparecido. Se puso á llorar. Judas había destruído ya á cuatro: tan sólo quedaban tres.

Y Jesús sintió enojo casi contra sus pájaros, que permanecían inmóviles y se dejaban aplastar. Dió con sus manecitas una palmada como para despertarlos y gritó:

—¡Volad! ¡Volad!

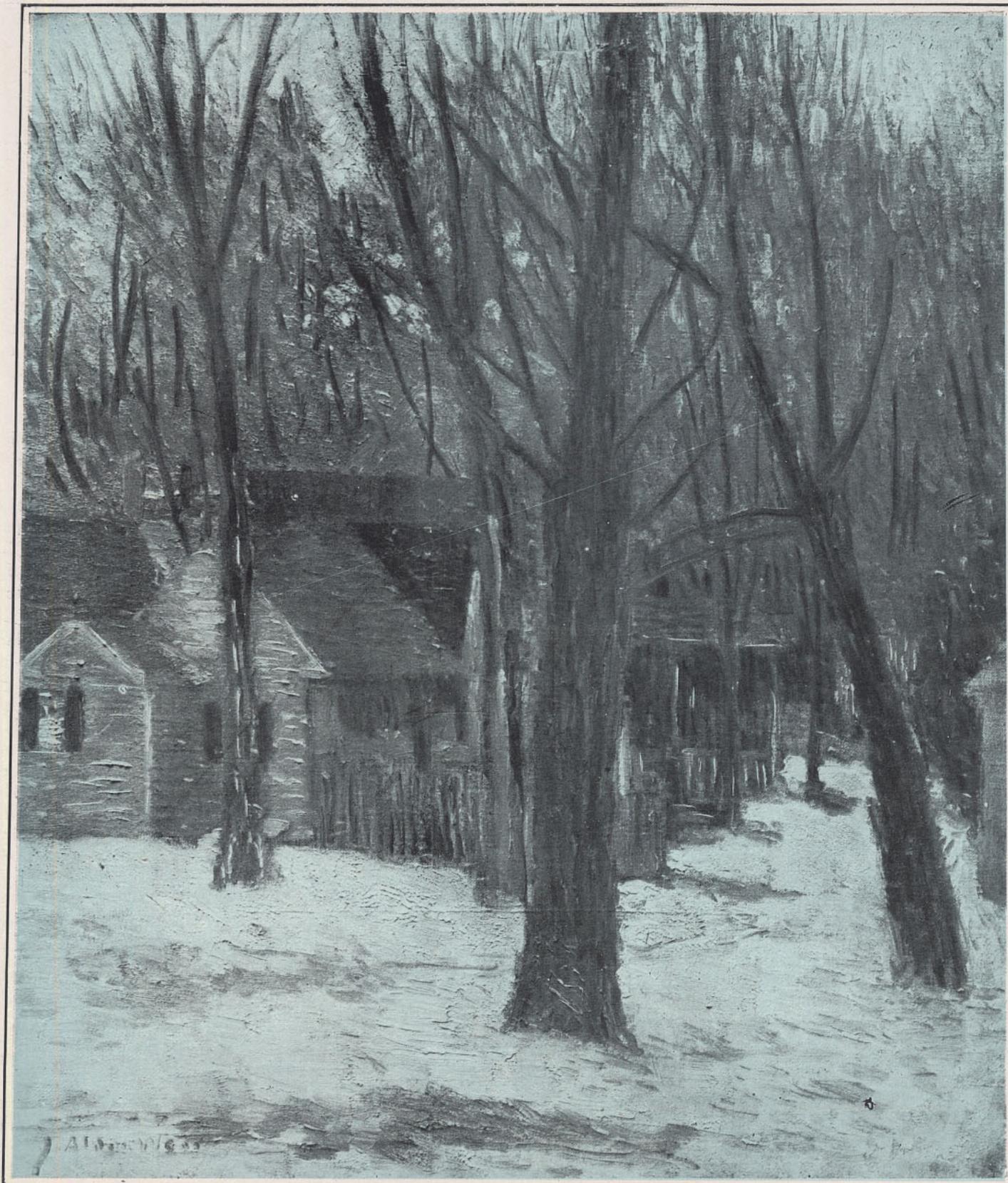
Entonces los tres pajarillos empezaron á mover las alas y, con vuelo incierto y lleno de inquietud, ganaron la cornisa de la casa, donde, al menos, hallábanse seguros.

Cuando, á la palabra de Jesús, vió Judas tender el vuelo á los pájaros, estalló en sollozos. Arrancóse los cabellos como había visto que lo hicieran los viejos poseídos de dolor y de angustia, y se arrojó á los pies de Jesús.

Arrastrábase en el polvo como un perro, abrazándose á los pies de Jesús; rogábale que le aplastase, como él había aplastado á sus pájaros. Porque Judas amaba á Jesús y le admiraba; porque le adoraba y le odiaba á un tiempo mismo.

María, que siguiera con los ojos los movimientos de los chicuelos, vino hacia ellos. Cogió en brazos al pequeño Judas, le puso sobre sus rodillas y le acarició.

¡Pobrecito mío! dijo, ¿no comprendes que has intentado lo que ninguna humana criatura puede realizar? No pretendas hacer nunca más cosa semejante, si no quieres ser el más desdichado de los mortales. ¿Es que se puede luchar contra Aquel que con sol pinta y da aliento de vida á la tierra muerta?



CAIDA DE NIEVE
CUADRO DE F. ALDEN WEIR

LEON TOLSTOY

Su figura descollaba al través de la humanidad con el relieve poderoso y nítido, con la acentuación de líneas y de contornos de las antiguas pirámides Egipcias en los arenales inmensos del desierto. Sus libros, sus obras inmortales, la genialidad tan honda de su pensamiento, su fisonomía moral tan extraña, su devoción absoluta á la causa de los pobres y de los pequeños, su extraordinaria comprensión del dolor humano, en sus facies más desconocidas y ocultas, su amor, su inextinguible amor á los pequeños y á los caídos, todo contribuía á darle un carácter de originalidad y una personalidad enteramente propia en las letras modernas. Hasta su muerte en un convento, después de haber llevado en los últimos años de su vida la existencia del aldeano ruso, en la estepa, ha constituido un sello propio, raro y grande en la vida del moderno hombre de letras.

Su larga barba blanca, sus ojos azules insondables, su cabeza calva, su traje de mujik, de pobre campesino, la humildad de su vivienda y de sus hábitos, la consecuencia absoluta entre su vida y sus ideas le rodearon de una venerable aureola que irradiaba como una corona real sobre el Conde Leon Tolstoy.

Era, ese anciano, un joven, el representante del espíritu nuevo y de las aspiraciones que se agitan desordenadamente, y con ímpetu feroz y semi-salvaje, en el alma rusa, de originalidad primitiva, de exflorencia de pueblos que despiertan á la civilización occidental dentro del marco ilimitado de la antigua España. Sentía, el grande escritor, la necesidad de reformar el orden de cosas existentes en su patria. Había penetrado á los palacios, hasta saciarse con la vaciedad irritante y estéril de la alta vida, y luego había descendido á la cabaña, investigando siempre el desarrollo de los hechos sociales y penetrando, por último á las profundidades últimas de vida moral. Era un sociólogo y al mismo tiempo un psicólogo. La novela, el libro, fueron para él, en un principio, en su primera época, simples obras de arte, conceptos de la vida observados y genialmente esperados, sin propósito preconcebido; más luego, en su segunda época, la novela toma una finalidad determinada, el libro se convierte en vehículo de ideas y de observaciones sociales, estudia el medio con arreglo á leyes, trata de establecer principios, entra de lleno, en lo que pudiéramos llamar la política social militante. En "Ana Karemine" y en "La Paz y la Guerra", vemos un mundo de personajes y de pasiones observadas en sí, para sí, excluido todo propósito de tésis; luego, en sus libros posteriores, como la "Sonata de Kreutzer", en contra del matrimonio, ó "Resurrección" formidable grito contra el sistema penal moderno, nos encontramos siempre en presencia de un problema moral que, sea

cual fuere nuestro criterio, nos deja sumidos en meditaciones hondas y dolorosas, saliéndonos ya fuera de la atmósfera pura y simple del arte.

Cuando Tolstoy penetró, por primera vez, á la arena de las letras, se abandonaba ya el terreno lírico de la época de Jorge Soud, para penetrar á una realidad más inmediata, poniéndose en contacto directo con el medio ambiente. Balzac y Stendhal revivían, con Flaubert, la vena lírica y el ideal palidecían ante la severa entrada en las letras de lo que había llamado Stendhal tan expresivamente, *Vâpre verité*, la verdad amarga. Los caracteres de la nueva literatura la ponían más en contacto con la ciencia: un espíritu de observación, de madurez y de fuerza venía á reemplazar al ligero vuelo sentimental y lírico de la imaginación, revelado en los albores del siglo XIX. La novela francesa, por una parte, la inglesa con Dickens y Thackeray, por la otra, se convirtieron en reflejos de la vida.

Tolstoy, que estudiaba la novela como sencilla expresión de arte, en un principio, tomó de los ingleses, y en particular de Dickens, la tendencia á estudiar ciertos problemas sociales, y contribuyó á preparar poderosamente el sistema ruso, así como el eminente novelista inglés transformaba el sistema carcelario británico mediante la publicación de "Little Dorrit". Eso sí que el escritor ruso la hizo penetrándose, de una manera sorprendente, del espíritu de su propia raza y de su pueblo.

Una de las revelaciones más interesantes del arte contemporáneo ha sido la de la naturaleza rusa, tal como la ha revelado el arte, bajo la influencia de la estepa extendida como una sábana ilimitada, en el horizonte silencioso, cubierta por su manto blanco de nieve en el invierno, ó calentada por el sol reverberante, en los extre-

mecimientos de vida del verano. Y en ese medio se desarrolla el temperamento eslavo, caracterizado por sensibilidad extrema, caracterizada por el contra golpe de lo que los demás están sintiendo ó están pensando, en contacto con aquella naturaleza. En una nación llena de intensa vida, joven á pesar de ser aparentemente vieja, puesta de súbito en contacto con una antigua y poderosa civilización. Sobre este fondo surge activamente la sensibilidad rusa, como un agente inquietante para su poseedor, más con capacidad para evocar figuras, delinear contornos y enriquecer una literatura entera. Dirían que una corriente nerviosa domina á esa raza en condiciones especiales.

El ruso da libre juego á la recepción de sus impresiones y luego las reproduce con fidelidad pasmosa. La sinceridad con la cual esas relaciones é impresiones se expresan tienen algo de infantil



TOLSTOY CON SU HIJA

y de conmovedor á un mismo tiempo. Ahí están las obras de Torerguenff, de Gorky, de Dowstoyerosky, de Tolstoy, mostrán donos el fondo de sus almas con impasibilidad de cirujanos. En sus novelas no existe un rasgo, ni una pincelada, ni una línea, destinada á la glorificación vanidosa de su patria. Personajes y caracteres se mueven libremente, como la vida los ha hecho. Nos encontramos con extraordinaria sensibilidad, sutileza y finura en la representación de la vida humana, y una adopción tal del sér humano al medio, que de la novela rusa parece desprenderse para nosotros una impresión poderosa de fatalidad, de la fuerza imponderable del destino, de la acción inevitable de agentes ó de fuerzas naturales que obran con un poder que el sér humano jamás podría resistir, como si en lo moral dominaran siempre leyes análogas á la de gravitación ó pesantés en lo físico.

Acaso por todas esas cosas el gran novelista ruso parece conocer y penetrar todos los encantos ó misterios de la naturaleza humana,—así en lo interno como en lo externo, gestos, maneras y sentimientos, Leon Tolstoy ha sabido encarnar, como ninguno de los artistas rusos, las tendencias de su raza eslava, en ingenuidad y en pasión.

Parece excusado hablar de la vida de una personalidad mundial, como el conde Leon Tolstoy, en el cual se mezclan los atavismos aristocráticos de una antigua raza con las aspiraciones todavía confusas de una sociedad en gestación, de una vaga ola de humanitaristas, de la levadura socialista.

Tengo á la vista las últimas páginas escritas por Tolstoy antes de abandonar su casa. En ellos pinta de una manera admirable su estado de alma y hace como un resumen de las grandes líneas de su propia vida.

Comienza constatando en sí un estado de abandono y desprendimiento de las cosas exteriores, no solamente en lo que tienen de mísero, sino también en sus fines más altos y nobles.

“Ya no puedo entregarme, con el empuje que ponía en el pasado, nos dice, á la defensa de la causa pública, ni sostener la necesidad de la instrucción, de la sobriedad, del exterminio, del pauperismo, etc.

“Me parece que me vuelvo indiferente al bien público á la cuestión de saber si el reino de Dios se realizará ó no entre nosotros”.

Después de constatar semejante cambio en su estado de alma, reflexiona sobre sí y agrega: “Todo hombre atraviesa en su estado moral tres fases y yo me encuentro en la tercera. En la primera faz, el hombre solo vive para sí, movido por sus pasiones y tendencias, no piensa sino en comer, en divertirse, en la gloria y en los honores. Esa fué mi vida hasta la primera cana. Una vez terminado ese período, me puse á pensar en los demás hombres, de todos los hombres, de la humanidad”.

“El tercer período, es ya distinto, no solo tiende á la felicidad general, sino que engloba y concentra la felicidad individual en una “aspiración constante á la perfección moral” en “aspiración á la pureza divina”.

“Este nuevo principio de vida, exigía una vida nueva, una renovación interior. “Tratando de unirme á Dios, de encerrar en mí el principio divino, realizo más seguramente el bien universal y mi felicidad personal”.

He ahí la explicación del final de su vida, de la fuga de su propia casa, de tantas cosas que aparecen extrañas contempladas de lejos, y naturales ante un simple rayo de luz interior.

La fisonomía de Tolstoy, un simple escritor que jamás figuró en política, se coloca por encima de todos los hombres de Estado, de los financieros y de los grandes de su tierra. Es la idea fuerza, es la idea madre, es la savia renovadora de un pueblo y de un estado social que cruza el universo y obra á distancia como una inmensa onda hertziana.

FERNAN RUIZ



LEON TOLSTOY CON SU FAMILIA

LA CANCIÓN DE LA HUERTA

El moro me ha dicho con expresión de acendrada ternura:

—¡Vivir lejos de aquí!... No me apañaría... ¡me entraría murria y me moriría de tristeza!...

—Después ha añadido, con elocuente ademán, tendiendo el brazo hacia el interior del huerto:

—¡Este es mi mundo!

A poco de separarme de él, le oigo cantar dulce y apasionadamente, entre la espesura de naranjos:

MI barraca está en la huerta
y en la huerta está mi novia...
¡es el mentarme la huerta
como mentarme la gloria!

Yo soy, en mi cariño por la huerta, como quien está locamente prendado de su amada y os habla de ella con pasión á todas horas y os muestra su retrato delicadamente, como una reliquia...

Porque la adoro, os hablo á todas horas de la huerta, de mi amada, con sus ímpetus pasionales, con sus ternuras, con sus melancolías, y os cuento las cosas, para toda ilusión, como ella me las cuenta, imitando su habla dulce...

Porque la admiro os muestro sus retratos que, enajenado, tomé yo mismo de su belleza, y de los cuales jamás ninguno me pudo dar toda la verdad, la adorable visión de todo su encanto...

¡En mi pasión por ella, en mis ansias de naturaleza y verdad, la quisiera poseer toda y dársela entera en mis libros, que fuesen como exquisitos frutos de ella misma!...

Proscrito de la huerta, en la lucha por la vida, vuelvo á la tierra que me vió nacer, ávido de contemplar sus paisajes alegres... sus barracas ocultas en el follaje, como nidos de ruiseñores, sus ancianos típicos, á la sombra del parral... sus mozos *rondantes* y sus mozas candorosas y rientes... ¡Vuelvo ansioso de embriagarme en los tonos vivos de las vistosas mantas y los multicolores refajos huérfanos!...

En una de las casas del pueblo, alegre y pintoresca en su interior, con su fresco tinajero, sus rezumantes cántaras y sus múltiples lejas recargadas de limpio vidriado, me rodean, movidos de gran curiosidad, parientes y amigos de la infancia, todos huérfanos humildes, á quienes, en cuatro palabras y á la manera de ellos, les relato el argumento de una de mis poesías... Todos, viejos, mozos y zagales, me entienden sin trabajo y sonrían con ingenuidad, exclamando algunos: "¡Mesmicamente lo que pasa!... ¡Propiamente lo cuenta, que se está viendo!..."—Pues vamos á hacer un cuadro—les he dicho—que represente lo que acabo de contar.

Se han reído todos ruidosamente, se ha movido bulla, y los que pasaban, á la sazón, por la puerta de la casa y los demás vecinos de la calle, han acudido á la algarazara y han engrosado el corro, llenos de mayor curiosidad todavía...

Luego, indicados por mí los que habían de servirme para la improvisada escena, se han excusado, especialmente las mujeres, con lo ligero de su atavío:—¡Así? ¡Como voy tan bonita!—Pero han accedido á pocos ruegos, venciendo lo que era, más que otra cosa, natural cortedad; han escuchado, atentos y graves, la explicación de lo que había de representarse; han penetrado con facilidad suma en el sentir de sus papeles, y la escena viva, con sus personajes auténticos, huérfanos humildes, ha quedado retratada.

Al alborear el día, he partido á ver á mi amor...

Mi amor me ha recibido sonriente, soberbio de hermosura con sus

galas primaverales... Me ha colmado, generoso, de agasajos y caricias, brindándome, espléndido, ricos pomos de exquisitas frutas, ramilletes de perfumadas flores, pajarillos de mágico cantar, frescas y cristalinas aguas...

Tierno y virginal, murmurador é insinuante, mi amor, por la alfombrada senda, ha guiado mis pasos á la entoldada orilla del río, entre las rumorosas cañas y los blancos álamos... me ha conducido, lenta y dulcemente, por los encantadores quijeros de las serenas azarbes... me ha encaminado á los callados huertos de naranjos en flor... me ha llevado ante la aldea de casitas blancas y viejo campanario... me ha detenido á contemplar en éxtasis la majestad de las altivas palmeras, reinas del horizonte...

Y mi amor, con un arrullo tierno y melancólico, me ha cantado añoranzas... ¡Amor mío!... ¡Huerta mía!...

He pasado ante la casa donde nací... está lo mismo que entonces... ¡firme en su sencillez y humildad!... ¡ni siquiera fué muestra!...

Como una pareja de enamoradas golondrinas, mis padres, de recién casados y por su modesto alquiler, hicieron allí su nido... ¡Eran tan felices como pobres!...

A los pocos días de haberse casado, con la absoluta fe en la vida, volvían á sus tareas de obreros humildes: mi padre echaba camino de la sierra á trabajar de bracero; mi madre tornaba al taller de sastre.

Toda aquella fe en la vida y aquella felicidad ¡qué lejos!...

La casa en donde nací me produce la melancólica impresión de un nido de golondrinas deshabitado, frío... ¡sin aquel calor de jóvenes enamorados esposos y de hijuelos!...

A la caída de la tarde he ido al camposanto: he querido visitar aquellos muertos que vivan en mí...

El viejo sepulturero cava una fosa... al entrar yo, me ha mirado con indiferencia, como si no me hubiese conocido... ha debido pensar: "Todos han de venir" Espera al que han de traer... ¡la húmeda tierra volverá al hoyo sin secarse!...

Me he parado ante los nichos: en uno de ellos hay trazada piadosamente, por mi hermano, una inscripeión sencilla, negra.

Me he abstraído profundamente, mirando aquel nicho que guarda la mitad de mi vida... Cuando más embargado me encontraba en los tiernos recuerdos de mi niñez; cuando evocaba el hogar paterno, tranquilo y feliz, y él á mi madre embelesada en sus hijos, dichosa con la sombra del esposo, se me ha acercado el sepulturero, y reconociéndome ya, sin duda, me ha dicho sosegadamente:

—¡Qué? ¡Vienes á ver á tu padre?

—Sí, á verlo he venido: mi padre está allí... ¡en aquel nicho de la negra inscripeión!... Se ha velado la dulce evocación riente, con un velo de lágrimas... ¡Se ha desvanecido el ensueño de color de rosa, en la negra realidad del feliz hogar deshecho... ¡de la triste viudez de mi madre!

He ido á visitar aquellos muertos que viven en mí... He querido saber en dónde enterraron el ensueño de mi juventud, y le he preguntado al sepulturero por ella...

—¡Ella!... No recuerdo...

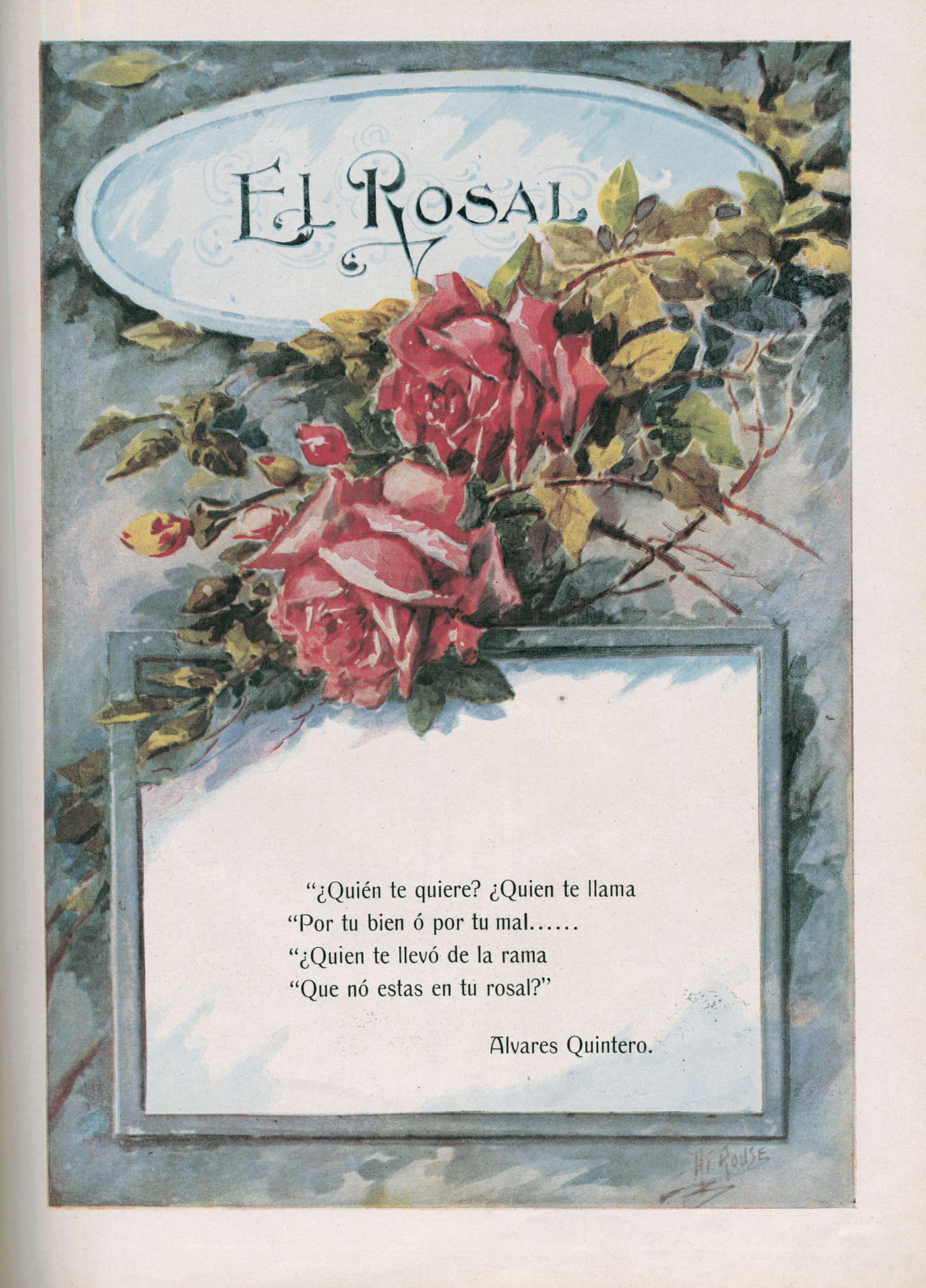
Pero aquel hombre que me arrebató su afecto, aquel que tan pronto la olvidó por otra, ¿olvidó hasta su nombre? ¿No ha puesto en donde ella descansa una inscripeión siquiera?

—No sé... ¡busca!

Busco vanamente; ni una flor, ni una cruz, ni rastro... ¡ella está solo en mí!

He salido del camposanto entre las precursoras sombras de la noche, estrechando antes afectuosamente la callosa mano del viejo sepulturero... ¡aquella mano que tocó los venerados huesos de mi padre... los dorados huesos de ella!...

VICENTE MEDINA



EL ROSAL

“¿Quién te quiere? ¿Quién te llama
“Por tu bien ó por tu mal.....
“¿Quién te llevó de la rama
“Que nó estas en tu rosal?”

Alvares Quintero.

H. ROUSE



UNA CANCION MALICIOSA

CUADRO DE F. ANDREOTTI



Faces de la vida de O'Higgins

I.—O'HIGGINS, PRECURSOR DE LA INDEPENDENCIA

Cuando O'Higgins volvió á Chile, en 1802, á los veinticinco años de edad, después de haber permanecido nueve en Europa, ya traía en su alma no sólo el ardor revolucionario, sino también el sufrimiento. Ya había participado en el vasto y sordo complot que por más de veinte años precedió al estallido de la revolución sud-americana.

El joven O'Higgins era ya, en esa época, un revolucionario, cuya acción había tenido no pocas consecuencias para él, y en la política de Hispano-América.

Había residido en Cádiz por más de dos años esperando violar el bloqueo de la escuadra inglesa para venirse á Chile, alojado en casa de don Nicolás de la Cruz, chileno, amigo del Virrey O'Higgins. Durante ese tiempo, el hijo natural del Virrey del Perú se había relacionado con dos frailes, americanos del sur, tenidos por sospechosos á causa de sus ideas políticas. Se llamaban dichos frailes,—ilustres precursores,—José Cortés Madariaga (chileno) y Juan Pablo Fretes (paraguayo).

A ambos clérigos, en esa época azarosa y grande, se les esperaban destinos imprevistos. Cortez Madariaga,—el chileno,—iba á ser el tributo de Caracas, padre de la patria en Venezuela y Colombia. Fretes,—el paraguayo,—vendría á serlo en Chile, en 1810.

No importaba que los temporales, ó las suertes de la guerra, llevasen á distintos puntos á los hijos de América: esta era una sola patria y en cualquier punto de ella se servía la misma causa.

Cuando el joven O'Higgins,—habiendo puesto fin á sus estudios en Inglaterra,—llegó á Cádiz (1799), buscando la ruta del Pacífico, traía recomendaciones y pliegos secretos para Fretes y Cortez Madariaga. Estos eran, en España, agentes del complot dirigido por Francisco Miranda. En esa fecha O'Higgins ya era un conjurado, miembro de la logia que estaba preparando la independencia de la América del Sur.

Veamos cómo.

Estaba O'Higgins en casa de de la Cruz,—sirviéndole de dependiente para pagarle el alojamiento,—al acecho de una de las tantas expediciones que salían de Cádiz con rumbo á América, tratando de violar el bloqueo.

Le llegó á de la Cruz, de parte de su amigo Ambrosio O'Higgins, Virrey del Perú, una carta notificándole que dejaba de reconocer como hijo al joven Bernardo y que, por lo tanto, le suspendía la pensión. De la Cruz podía poner en la calle al pupilo.

Esto sucedió á principios de 1801. De la Cruz, sin reserva alguna, se lo dijo al muchacho. De la Cruz era un hombre avaro, pero no era un mal hombre. No despidió de pronto al alojado. Siguió alimentándolo á trueque de sus servicios y á trueque de un piano-forte que el estudiante O'Higgins había comprado en Londres. Era un obsequio que le llevaba á su madre. Bernardo O'Higgins,—que tan pocos afectos tuvo fuera de la pasión de la gloria y de la patria,—demostró siempre por su madre una profunda ternura.

De la Cruz se adjudicó el piano-forte por ciento cincuenta pesetas y siguió albergando á O'Higgins aunque de mala gana.

Fueron largos meses de padecimientos y humillaciones para el futuro libertador de Chile. Habían comenzado sus sacrificios por la patria. Todo lo soportó con valor.

De la Cruz no acertaba á comprender la razón del rechazo del niño por el Virrey. Sería por un capricho de viejo egoísta y mezquino. Ya estaría harto de tener á su cargo un "hijo natural"...

Si hubiese sospechado la verdadera causa de la repulsión, de la Cruz, comerciante y, como tal, servil, mirando antes que nada sus pesos y buenas relaciones con el Gobierno, habría puesto al momento en la calle al pupilo, sin réplica. Sin saberlo el viejo realista albergaba en su nido un pichón de la Independencia.

El mismo O'Higgins no supo de un modo seguro á qué atribuir el rechazo de su padre. Don Ambrosio, desde que mandó á Eu-

ropa al muchacho, á terminar la educación comenzada en Lima, no había dejado de remesarle dinero por medio de Spencer y Perkins, judíos de Londres. A Cádiz lo había hecho por medio de de la Cruz. Lo había hecho en su condición de potentado, sin manifestar afecto ni grande interés por ese hijo clandestino, consecuencia de su vida anterior de soldado y aventurero.

El muchacho pensó que le habrían llegado á su padre noticias de ciertas disipaciones suyas, de una salida del colegio de Richmond para ir á pasear al balneario de Margate en 1798, salida por la cual tuvo un disgusto con los judíos, sus apoderados. Sin duda los judíos le habían escrito á don Ambrosio, agregándole que el pupilo no había dejado de perder su tiempo haciéndole la corte á cierta beldad de dieciséis años (él tenía dieciocho), hija del hostelero Mr. Eels, donde vivía O'Higgins en Richmond.

Ese amor debió ser muy fugaz. Parecería que este hombre, desde la cuna, hubiese llevado en el alma el ardor de una causa santa, ante el cual nada importaban las pasiones comunes de los seres humanos. Sin embargo,—talvez como único embelezco de su juventud obscura y contrariada,—O'Higgins recordó más de una vez, en el curso de su vida, á la hija de aquel posadero de Richmond. Hay una carta dirigida al General, desde Dublin, en Marzo de 1823, por su viejo compañero de armas el oficial O'Brien, en la que le dice: "Os envío el retrato de Miss Carlota Eels, vuestra antigua bien amada (your old sweet heart)".

A estas cosas, según consta de cartas dirigidas á su padre después del desahucio (insertadas en la "Vida de O'Higgins" por Vicuña Mackenna) atribuyó el joven la severa, la injusta resolución.

Talvez pensó, como su conciencia no estaba tranquila, que otras causas obraban en contra suya. Sólo conoció las verdaderas causas del enojo de su padre diez años después, al encontrarse en Chile con el coronel Mackenna, quien iba á ser su tutor en la guerra, su gemelo en la gloria y el mártir de su causa. Mackenna estaba en Lima en 1800; íntimo amigo y compatriota del Virrey, supo lo que ocurría y pudo contárselo más tarde al hijo.



Había pasado malos ratos en su palacio, el Virrey don Ambrosio O'Higgins. Como en toda política en que impera una aristocracia corrompida, en la política española abundaban las intrigas y las maldades. Los magnates de Madrid y de Lima no le perdonaban á ese irlandés de genio, de origen plebeyo, que hubiera llegado á ser Virrey del Perú, segunda persona del Rey de España. Todas eran zancadillas en torno suyo. Lo apodaban "Virrey inglés".

Con ese espíritu progresista, que fué la rara y brillante característica de don Ambrosio O'Higgins, había fomentado en Osorno la formación de una colonia extranjera, tomando como base de su población el equipaje irlandés de un buque naufrago: lo acusaron de estarle abriendo á la Inglaterra las puertas de las

colonias españolas. De todos los actos de su gobierno la nobleza limeña sacaba argumentos en contra suya. El Virrey del Plata, don Gabriel de Avilés,—viejo macuco que dejó fama de santo,—deseaba ser trasladado al Perú, todavía maravilloso. Trabajaba activamente en el sentido de poner mal al Virrey O'Higgins con el Gobierno metropolitano. Pero no consiguió su objeto; ni tampoco lo conseguían los frailes y oidores de Lima. Don Ambrosio O'Higgins tenía justa fama de ser hombre de talento y fiel á su Rey.

Impotentes estaban para derribarlo sus enemigos y sus envidiosos, cuando se le presentó á Avilés, Virrey del Plata, un arma eficaz que, al momento, comenzó á manejar: "Andaba por Inglaterra y España, bien rentado por el Virrey del Perú, un hijo de éste al cual, aunque ilegítimo,—lo había tenido en una mujer de la aristocracia chilena,—se esmeraba en darle educación superior. No era, pues, ese muchacho, un simple despojo humano, pero sí, por mil maneras, el hijo autorizado del Virrey del Perú. Pues bien, ese hijo de Virrey español, tenía su filiación como cons-



GENERAL DON FRANCISCO MIRANDA

pirador, en la policía secreta con que la España observaba y quería contrarrestar el movimiento que se estaba preparando para arrebatarse sus colonias. Dicha policía estaba al tanto del consorcio del estudiante de Reichmond con don Francisco Miranda, antiguo oficial de la independencia de Norte América y de la República francesa, demócrata reconocido y conspirador consumado. No sólo de esto estaban al tanto los espías del Rey. Sabían que el muchacho, trasladado á Cádiz, de paso para Chile, frecuentaba á los frailes revolucionarios Fretes y Cortez Madañaga. Esto hacía el hijo del Virrey, con el dinero del Virrey!"

El chisme corrió por América y España. Como chisme que era, dió sus resultados. El Gobierno español ya se sentía presa de la precipitación y del terror que le hicieron cometer desatinos y crueldades desde los albores de la revolución americana.

Ese chisme, de tener un hijo conspirador, tumbó á don Ambrosio O'Higgins de su trono de Virrey, en el cual tantos ataques había resistido. En los primeros días de 1801, al Virrey anciano, ilustre servidor de la monarquía, le llegó una destitución ominosa, con perentorio llamado á España á rendir cuenta de su conducta.

Supo don Ambrosio á qué se debía la injusticia; supo que su hijo andaba en Europa con "malas amistades". Entonces, en el despecho de su caída, en su cólera de viejo y leal servidor del Rey, le escribió á de la Cruz la carta ya citada, suspendiéndole la pensión al muchacho, negándolo como hijo, mandándolo poner en la calle.

El viejo Virrey no resistió estos golpes. Murió en Lima, antes de embarcarse para España, el 18 de Marzo de 1801.

Por la muerte de su padre, O'Higgins entraba en posesión de una gran fortuna; se vino á Chile á realizar su "ensueño de vivir al lado de su madre"... Este hombre recio, naturaleza de mandón y de soldado, tuvo por su madre un afecto tierno, profundo, casi mórbido, lo que, según los fisiologistas, caracteriza á los verdaderos "hijos del amor".

O'Higgins se instaló en la hacienda que heredaba de su padre, San José de las Canteras, una de las más grandes del sur de Chile.

Ahí estaba,—arriando tres mil vacas,—cuando los acontecimientos de España (1808) dieron salida, en Chile, á la revolución latente.

El joven hacendado de las Canteras entró, sin vacilar, en la agitación. Era discípulo de Jorge Washington al través de Francisco Miranda. Había jurado á sus maestros servir en su propia patria la libertad de América, y morir por ella. Desde hacía diez años pertenecía á la revolución; por ella había sido perseguido y había experimentado pellejeras sin cuento. Su acción había provocado la caída de un Virrey.

Bernardo O'Higgins fué "precursor" de nuestra independencia; como tal merece en la historia un puesto importante, antes del altísimo y glorioso puesto que se conquistó con la espada en los campos de la Patria Vieja.

II.—O'HIGGINS Y MIRANDA

El relato de la vida de los grandes hombres encanta por cuanto tiene de novelesco, y fortalece mostrando corazones heroicos, espíritus justicieros, voluntades inquebrantables.

Aunque nada nos queda ya de la antigua y consoladora metafísica, que daba á los seres y á las cosas un fin determinado, suele dejarnos pensativos el relato de esas existencias excepcionales. El "destino" no existe; los acontecimientos humanos no son sino azares consecutivos. Pero esas vidas que se ven desde la cuna hasta la tumba destinadas á un solo objeto, esas vidas en que todas las "casualidades" redundan en el cumplimiento de ese solo objeto, hacen pensar, hacen comprender por qué, generaciones menos sedientas de comprobación positiva, creían en la predestinación.

Tal es en la vida de Bernardo O'Higgins, la casualidad que, en Inglaterra, lo puso en contacto con Francisco Miranda, grande agitador de la conciencia popular, apóstol de libertades públicas, en la revolución francesa y en el hemisferio sur del Nuevo Mundo.

En 1775 las colonias inglesas de Norte América tocaron á rebelión. España estaba en guerra con Inglaterra. España se llenó de júbilo con las noticias de la revolución anglo-americana. Quiso hacer causa común con ella mandándole tropas auxiliares. Todo iba en contra de Inglaterra. ¡Qué ciegos son los gobiernos ó qué incapaces los hombres de prever el porvenir! La España misma ayudó los primeros pasos de la independencia de América...

En ese contingente, que la España mandó en auxilio de los sublevados de Norte América, iba un imberbe capitán, nacido en tierra americana (Caracas), llamado Francisco Miranda.

El oficial del Rey de España peleó por los libres en Norte América, conoció de cerca á un hombre de genio, á uno de esos que nacen, de tarde en tarde, para mantener la superioridad de los hombres y señalarles una nueva jornada. Miranda conoció y sirvió bajo sus órdenes á Jorge Washington, el hombre de temple antiguo, austero y libérrimo á la vez, como Catón y Marco Aurelio, el restaurador de la libertad en el mundo moderno.

Concluida la guerra de la Independencia en Norte América, Miranda se separó de Washington. Este lo estimaba ya como su continuador en la obra de seguir paseando por el mundo la antorcha por él enarbolada.

Miranda se trasladó á Europa y lanzó ahí la primera palabra en favor de la independencia de la América del Sur.

No tengo aquí espacio para repasar, aunque sea á la ligera,

la vida de ese precursor, de ese apóstol armado de la libertad de América, sus viajes incansables buscando adhesiones, su genio irresistible,—que consiguió poner de parte de la democracia á la misma zarina de Rusia, Catalina II,—su participación de un civismo tan alto y heroico en la revolución francesa, su genio militar que contribuyó con Dumouriez, Hoche y Carnot, á la extensión de la República; toda esa parte, en fin, tan activa y eficaz que toma en el movimiento democrático de la Europa, á cuya historia Miranda también pertenece.

Miranda fué el incansable y hábil diplomático,—debajo del cual estaba el conspirador,—que seduce á los Ministros, intriga, aprovecha las rivalidades de las Cortes, sacando de todo partido para su obra de libertad. Aprovechándose de esa misma guerra entre Inglaterra y España, que lo llevara á combatir por la libertad de Norte América, Miranda obtuvo del Ministro Pitt recursos para ir á encender la chispa de la independencia en Nueva Granada y Venezuela. El estallido de la revolución francesa distrajo á la Inglaterra del cumplimiento de lo prometido.

En la revolución, en la cual entró al lado de Lafayette, Miranda sólo busca la manera de combinar ese movimiento democrático con el de Hispano-América.

La revolución francesa era un mar agitado en el cual naufragaban hoy los hombres de ayer. Miranda había conseguido un ejército de 12,000 hombres para desembarcar en Méjico, cuando los revolucionarios que apoyaban su plan cayeron,—él mismo cayó,—en el proceso de Pichegru.

Sólo muchos años después, en 1811, pudo Miranda iniciar en su tierra la campaña por la independencia, conducir á la victoria las primeras guerrillas de patriotas venezolanos, y caer un día, en medio del combate, para ir á morir, prisionero en Cádiz, con una cadena amarrada al cuello, como un perro. Ese fué el castigo que le dieron los españoles al padre de la independencia de América.

Trágicamente murió Miranda, pero no sin la satisfacción de ver la libertad clareando en todos los cielos de la América, hasta en los más lejanos. No murió sin haberle pasado la antorcha, que él mismo recibiera de Washington, á un muchacho encontrado un día, en Londres, por una casualidad, pero en el cual el viejo peregrino de la libertad de América sintió una fiebre de heroísmo; no murió sin haber depositado la sagrada semilla en uno que iría á arrojarla al extremo sur del Nuevo Mundo.



A fines de 1797, en una de las alternativas de su vida de agitador,—girondino prófugo del Terror,—estaba Miranda en Londres ganándose la vida como profesor de matemáticas.

Recibió una esquila de un joven estudiante, americano del sur, que firmaba Bernardo Riquelme, (nombre materno que llevó O'Higgins hasta la muerte de su padre). Dicho estudiante necesitaba un profesor á domicilio para calentar sus exámenes.

Desde la primera mirada, sin duda, el viejo conspirador, descubrió la naturaleza moral del muchacho. A las pocas lecciones, al mapa de América había reemplazado la pizarra de cálculos algebraicos. En vez de sumar y restar, el revolucionario americano le hablaba al hijo del virrey de las libertades públicas que había visto cimentarse en los Estados Unidos; le explicaba la forma del gobierno inglés, el honor, la felicidad y el progreso en que entran los pueblos que se gobiernan á sí mismos; las torpezas de una política como la española, influida por la aristocracia y el clero; la condición de esclavitud é ignorancia de las razas jóvenes, privilegiadas por la naturaleza, que se habían formado en las comarcas del Nuevo Mundo. Le explicaba en seguida el derrumbe de las monarquías seculares, la tendencia á generalizar la evolución democrática manifestada ya en los Estados Unidos y en Francia. Con todo el ardor de su alma, el viejo caudillo de la revolución evocaba el horizonte radioso de la libertad y de la república.

Los ojos del joven cóndor chileno, vendados por las tinieblas de la colonia en que naciera, se abrían maravillados.

"¡Qué gloria, qué honor,—le decía Miranda,—ligar su nombre á la causa de la libertad de América, morir por ella!" Luego le pintaba el retrato moral de Jorge Washington; le describía las sesiones de la Convención en París en los años memorables en que le democracia quedó restablecida; le hacía el relato de las épicas campañas de la primera República.

En todo esa había participado,—y con cuánta gloria!—Francisco Miranda, el viejo y pobre profesor de matemáticas que el hijo del Virrey del Perú viera entrar en su aposento como un dómine cualquiera.

Miranda, ante los ojos de su discípulo, adquirió las proporciones de un héroe, fué como el símbolo de una epopeya, como la personificación de un cambio en el mundo entero, algo que iluminaba y seducía como un sol naciente.

El joven Bernardo era hijo de un genial batallador de la raza celta, había nacido, del seno de una criolla española, en medio de las últimas guerras de Arauco. A los pocos meses de haber nacido, si el niño abrió los ojos, pudo verse en brazos de un granadero recorriendo el territorio de Chile para ir á criarse oculta y furtivamente en la hacienda de un amigo de los habían cometido ese fecundo pecado de amor (la hacienda de don Juan Albano, en la vecindad de Talca).

Todo influía para que el joven O'Higgins fuese una naturaleza extraordinaria: heredero de un hombre de genio, llevando por un lado la fervorosa y paciente sangre celta y por otro el corazón

de la raza española; su nacimiento mismo, las condiciones novelescas de su niñez y de su juventud, el amor á su suelo natal, todo hacía de él una materia inflamable al calor de las ideas nuevas, ante la expectativa de ocupar su vida en algo generoso y grande, ante lo que le propuso el apóstol y el jefe de una causa política que se le apareció disimulado bajo la chupa de un dómine. Un genio de libertad dormía en el fondo del alma de ese estudiante de Richmond. Tal vez nunca hubiera despertado, si Francisco Miranda, como á Lázaro, no le hubiese dicho: "¡Levántate y anda!"

Miranda era un viejo luchador que había experimentado muchas decepciones de los hombres, un diplomático malicioso. Tenía conciencia del peligro que corría la causa á la cual dedicaba su vida. Raro parecerá verlo, de pronto, confiándole sus aspiraciones y sus planes á ese muchacho ardoroso, que no tenía veinte años, al hijo del más alto magnate de España en América, que tenía que ser, por lo mismo, el peor enemigo de la independencia, el encargado de resistirla.

Miranda se le abrió á su discípulo de par en par; lo atrajo á su causa sin desconfianza; lo inició en los secretos de la revolución. El complot revolucionario al principio fué vago, indefinido, como una idea, como aspiración, que algunos hombres llevaban en el corazón y en la mente. Miranda concretó las aspiraciones revolucionarias en un acta, que fué suscripta en París el 22 de Diciembre de 1797. Esa acta es la fe de bautismo de la independencia de Sud-América. Era un compromiso firmado por Caro, Nariño, Bejarano, Yznardi y otros comisarios de diversas partes de América. Por ella se comprometían á trabajar por la independencia. Por medio de una declaración de principios se constituían delegados del pueblo latino-americano ante los gobiernos europeos. O'Higgins se adhirió al pacto revolucionario.

En 1800, cuando el estudiante de Richmond hubo de volverse á América, pasando por Cádiz, se le nombró agente en Chile del comité revolucionario, y se le dieron las instrucciones del caso. Por esto, en Cádiz, se puso al habla con Fretes y Cortez Madariaga, que eran, como él, agentes y propagandistas del movimiento que diez años más tarde estaría irresistible.

Lo supieron los espías de la Corte de Madrid. A ello se debió la caída del Virrey y las primeras penurias del futuro héroe de Rancagua.



Ese año de 1800,—primero de un siglo que iba á ser accidental y grande,—fué decisivo en el desarrollo de los negocios que manejaba Miranda, tendentes á producir en todas las colonias de Hispano-América, simultáneamente el estallido de la revolución republicana. Ese año partieron, con distintos rumbos, los firmantes del juramento revolucionario. Según apunte incompleto, encontrado entre los papeles de O'Higgins, Bejarano habría partido á Guayaquil y Quito, con su misión revolucionaria; Baquijano al Perú; á Chile el mismo O'Higgins, á la vez que Fretes y Cortez Madariaga, sus sospechosos amigos de Cádiz.

Algunos de esos comisarios, como el mismo O'Higgins, tardaron más de dos años en llegar á su destino. El viaje fué largo y penoso.

El mundo estaba convulsionado. Las escuadras inglesas cerraban el paso del Atlántico.

Los espías españoles les pisaban los talones á los conjurados.

Las aventuras de O'Higgins durante ese viaje de dos años dan tema para una novela. Cayó prisionero de los ingleses. Naufragó. Perdió entre las garras de un usurero el piano-forte que trafa para su madre. Pasó seis meses con la misma camisa. Un pariente, por casualidad milagrosa, lo encontró medio muerto de hambre en las playas de Algeciras. Tuvo fiebre amarilla etc., etc. . . Otros de los comisarios ni siquiera llegaron á su destino. Algunos, como Cortez Madariaga, destinados á Chile, fueron á parar en Venezuela.

No por estas violentas mutaciones del destino sería menos intensa y genial la acción de los comisarios.

Cortez Madariaga que no pudo llegar á Chile,—su tierra,—fué en Caracas el "tribuno", el héroe, el padre de una patria hermana.

¡Qué hombres los de ese tiempo de genio y de gloria! Nodor de su libertad, no acepta otra recompensa que la de poder dirigen los pequeños seres de tal ó cual región ó país. Eran el alma gir su correspondencia libre de estampillas.

de la libertad y hacían su obra en cualquier parte del Nuevo Mundo donde el destino los arrojara.

Al fin llegó O'Higgins á la patria que debía libertar, al ansiado regazo de su madre. Se instaló en la hacienda de Las Canteras. Reformó los trabajos agrícolas á la manera europea, por lo cual la Inquisición trató de acusarlo. ¡Ah, si el Santo Oficio hubiese sabido que ese hacendado progresista era agente de la revolución, del fenómeno admirable y terrible cuyos ruidos precursores se sentían ya!

Durante los ocho años que O'Higgins vivió en su hacienda tranquilo, al igual de los demás colonos, no dejó de mantener correspondencia secreta con sus demás colegas del comité revolucionario, esparcidos desde el Plata hasta el Maracaibo; ni dejó de espiar el instante preciso para cumplir su juramento.

Desde los primeros acontecimientos de 1808,—los ataques de los ingleses á Buenos Aires, los escándalos de la Corte de Madrid, y luego la invasión de España por los franceses,—O'Higgins palpita de entusiasmo y de emoción. ¡Ha llegado el momento! La libertad vibra en el aire de América. Los tumultos populares comienzan. O'Higgins salta al medio de ellos.

Desde los primeros instantes de la revolución chilena lo vemos, en Concepción, al lado de Martínez de Rozas, esforzándose por darle carácter definitivo y nacional á las juntas provisionales, organizando activamente, y con su propio peculio, las milicias de La Laja; y luego, en 1811, influyendo en el ánimo de Rozas para la convocación de un Congreso Nacional, ardiendo, como ardía, en el sentimiento de las libertades clásicas que le enseñara Miranda.

O'Higgins demostró desde entonces su apego á los principios políticos de la nación en que se educó. Uno de sus biógrafos habla de las ideas inglesas de O'Higgins".

Desde los primeros momentos de la revolución chilena, O'Higgins enarboló la antorcha de Washington que Miranda había puesto en sus manos. Así, ésta siguió su curso por el Nuevo Mundo, desde las orillas del Delaware hasta las márgenes del Bío-Bío, como un sol que va despertando pueblos de la noche de la esclavitud al gran día de la libertad.



En la hacienda de Montalván, en el Perú, donde, en el destierro,—tal suele ser la suerte de los grandes hombres,—acabó su vida el General O'Higgins, se encontró un pliego de recomendaciones escrito de puño y letra por Francisco Miranda, en Londres, en 1799. Lo escribió el maestro para su discípulo cuando éste partió a España y América con encargo revolucionario. El venerable y precioso manuscrito se encabeza con estas líneas: **Consejos de un viejo sudamericano á un joven compatriota al regresar de Inglaterra á su país.**

Es un documento profundo y sabio, escrito por un hombre de genio. Hay en su redacción un sentimiento fraternal y cariñoso: es un apóstol que le habla al más preciado de sus discípulos. Le aconseja prudencia, discreción (conocía el carácter impulsivo del futuro héroe chileno). Le hace ver los peligros que en ese momento amenazan la revolución americana. Le señala, con penetración de psicólogo, de cuáles hombres es posible fiarse y de cuáles es mejor huir. Le habla de Chile con un conocimiento que sorprende en aquel tiempo en que nuestro país era, verdaderamente, el último rincón del mundo.

Miranda conocía á Chile por la obra del abate Molina, y había estudiado bajo el punto de vista militar, las condiciones topográficas del país.

En todo el curso del documento le encarece discreción, desconfianza de los hombres y del Santo Oficio. El viejo caudillo temía que el muchacho,—en su juvenil y heroico ardor,—se perdiera, perdiéndose con él el elegido para llevar la antorcha al extremo sur.

¡Qué hermoso es ese documento que encontraron los biógrafos del General O'Higgins! Es el pliego de instrucciones que se le da al encargado de una misión decisiva para el mundo. Cuánto talento encierra y cuánto corazón! Es como un testamento moral inspirado en el que él mismo había recibido de Washington. Es la clave de la conducta de O'Higgins, es el diploma de esa escuela de hombres que tuvo la revolución americana, hechos de puro patriotismo y desprendimiento personal. Washington, después de haberle dedicado su vida á su país y haber sido el funda-

tor de su libertad, no acepta otra recompensa que la de poder dirigen los pequeños seres de tal ó cual región ó país. Eran el alma gir su correspondencia libre de estampillas.



DON BERNARDO O'HIGGINS

LAS MEMORIAS DEL MARQUES

De H. á X.

AMIGO mío: Como este París ofrece pasto á todas las inclinaciones, por desconcertadas que las supongamos, no podía mostrármese erial para la que es honesto recreo de mi vida. Usted sabe que soy un paciente rebuscador de libros viejos, los más raros, no por alcanzar una erudición á que no aspiro, sino por entretener con variedad de curiosidades frívolas, mi aburrimiento y mi melancolía.

Recorriendo hace dos tardes la orilla izquierda del Sena, díme á resolver, ilusionado, las cajonerías de los baratilleros de libracos. Para el amante del **bouquin** estos muelles son un paraíso. Amparaba ya bajo mi brazo una imponente cargazón de mamotretos, cuando doy con un volumen que considero como una de las más preciosas adquisiciones que pude hacer en mis años de coleccionista. Se trata nada menos que de las **Memorias íntimas** de un marqués de Priesca, señor, á juzgar por lo que deja escrito, de sólida cultura, de refinadas costumbres y de galantes empresas.

Vivió el marqués en la recóndita capital de provincia en que usted habita. En ella está impreso—por cierto con desusado lujo—el libro, doblemente preciado porque según consta en la portada, sólo salieron de él á luz veinte ejemplares. Esto, para nosotros, es, como usted sabe, de mucha trascendencia.

Hay pasajes de estas memorias que me sorprenden y me dejan del todo perplejo. No sé qué juicio formar de la veracidad de ellos. Acaso el buen marqués fué un embustero presuntuoso, y como no le faltaba donaire á su estilo, acaso abusó un tanto de este sabroso don literario.

Si usted pudiera comunicarme algún informe de este personaje, que acaso haya conocido, yo se lo agradecería.



De X. á H.

Entre los más nítidos recuerdos de mi adolescencia, hallo el de la primera visita que yo hice al excelente marqués de Priesca. Tal vez fuera la primera emoción trascendental de mi vida. He de recordaros que en las capitales de provincia estos linajes rancios, nunca desarraigados del solar, están ungidos por la veneración. Los Priescas pusieron siempre una discreta jactancia en el alejamiento de la vida cortesana; al monarca le rinden homenaje cuando muy de tarde en tarde otorga á la ciudad el favor de una fugaz residencia. Entonces el palacón de piedras renegridas, morada silenciosa, resplandece mostrando el júbilo altanero de verse convertido en parador de reyes. Con lo cual, para los provincianos, á estos nobles señores se les comunica gracia de realeza. ¿Pero ellos á la corte? Sólo para cumplir con la etiqueta y aún eso tardíos y rezongando.

Todo esto se lo apunto para que colija de ello la emoción de mi visita á tan egregio prócer, á quien por aquellos tiempos la ancianidad hacía doblemente venerable.

Como le dejo dicho, era yo un adolescente la tarde en que mi abuela, con aquella gravedad de ceremonia en que engraña las cosas más triviales de la vida, dispuso que la acompañara y visitar al marqués de Priesca. Yo no sabré expresarle qué surgió dentro de mí con mayor brío en aquel instante: si alborozo por la curiosidad ó apocamiento del ánimo por la magnificencia del personaje. Ambos sentimientos son frecuentes en esa embarazosa edad de la vida; y mientras me adecentaba con toda la compostura que el caso requería, sentí la incómoda pelea del deseo que acosa y de la timidez que retrae.

Me vi perjeñado en la traza misma con que días antes había ido á recibir la primera comunión; pero aún la abuela, al inspeccionar mi tocado, halló tildes que fueron corregidas por ella misma, ya ahuecando el lazo de mariposas de la chalina, ya recortando uñas excesivas, ya abatiendo greñas reveldes. No se olvidó de rociarme el pañuelo con olorosas gotas de agua de Florida. También la anciana iba majamente dispuesta, con atavío grave muy en punto de la edad.

Subimos á la carroza, desvencijado armatoste crujidor, y comenzamos á rodar por un camino que la primavera engalanaba de flores, y mi fantasía de ilusión. ¡Qué extrañas sorpresas tiene la vida! Aquella tarde en que acompañado de una vieja setentona fuí á visitar á un viejo setentón, se reveló á mi alma el misterio primaveral; me parecía ver, por primera vez, árboles reverdecidos y jardines en flor; el canto de los pájaros y el aroma de las acacias eran novedades sentimentales para mí.

Soy propenso á las inútiles divagaciones, y con ellas olvidaba ya decirnos que el viejo marqués, apenas se aplacaban los rigores invernales, trasladábase con toda la servidumbre á su resi-

dencia campesina. El palacio de las piedras renegridas y los balconajes hondos no era mansión de su gusto. Tal vez le pareciera como á mí me parecía: carcelaria.

En cambio, yo no sabré ponderaros la sutil elegancia, y á la vez el señorial aspecto de su morada campestre. Como habréis visto cerca de esa ciudad encantadora, y acaso habréis frecuentado—afecto como sois á los parajes exquisitos—la graciosidad de los Triamones, podéis tener una imagen bastante puntual de aquella vivienda, y del parque que la circunda. Figuraos más bien el Triamón pequeño con sus picantes galanuras de égloga aristocrática, y las exuberantes lozanías versallescas. Por si es dato que pueda interesaros, no dejaré de decirnos que esta quinta, entre pastoril y cortesana, fué la ilusión—ó el capricho—de una antepasada del marqués, dama que, según parece, reconoció, viviendo en París, á la Dubarry y que distrajo aquí su larga ancianidad con asiduas lecturas de Rousseau. Acaso de esta afición nació la fama—que aún perdura—de haber sido señora de mucha extravagancia. En su retrato, que Chardín nos ha dejado, envuelto en gasa de divina transparencia, sólo advertimos, aparte su belleza, inteligencia en los ojos, altivez en la frente y un esguince picaresco en la comisura de los labios. De desvarío ni rastro.

Al entrar en la residencia de los Priescas era ya esa hora de tarde abrilieña en que los rayos del sol, raseros, difunden un vaho rojo entre los verdores húmedos. Mi abuela buscó—me parece que con cierta coquetería—el apoyo de mi brazo. Y así, solemnes, avanzamos los dos por una calle de olmos.

Al término de ella, en un retamo delante del palacio noblemente rústico, hallamos al marqués como presidiendo un coro de **tertulianas**. Porque lo singular, lo extraordinario, lo que me sorprendió, y me sorprende todavía, de aquella tertulia del noble Priesca, es que se compusiera casi sólo de señoras. A lo cual debo añadir esta otra circunstancia: eran damas de muy varia edad, pero con evidente predominio de las provecetas.

El prócer vino á nuestro encuentro. Su traza era de las que vistas una vez no se olvidan nunca. Decrépito, encorvado, tremulante, aún trascendía de su persona la nobleza, el difícil porte caballeresco entre marcial y cortesano; donaire que tanto cultivaron nuestros antepasados, y que tanto poder tuvo entre nuestras antepasadas. Su cabeza era de líneas varoniles, abundante en cabellera, y barbas de un blancor casi resplandeciente; apoyábase para andar en una muletilla; sus manos hoy las recuerdo como si las hubiera visto esculpidas en un marfil reciamente vetado de azul. Sentí el frío mármoleo de aquellas manos que acariciaron mi frente enrojecida por la timidez y la veneración.

Después, tomando puesto entre los vejestorios, observé en mi aburrimiento las mil graciosas salamerías que aquellas damas vestustas prodigaban al de Priesca, el cual mostrábase con todas muy galante. Tan caricioso era el rendimiento de ellas y tan cumplido correspondía el caballero, que á no ser por las edades creyéramos percibir en las palabras mieles de amoríos. La gravedad de todos daba, sin embargo, á la tertulia aire encofetado. La presencia de un abad, el del monasterio cercano de San Juan del Monte, era el ápice de lo ceremonioso. Para mí aquel monje blanco purificaba á la reunión de ciertos dejos mundanos.

Ya ascendía sobre la copa de los árboles el disco de una luna purpúrea, cuando todas aquellas señoras se despidieron del marqués prometiéndole, melindrosas, volver al día siguiente. El de Priesca mostrábase su agradecimiento con tiernas sonrisas y un par de palmaditas suaves, cautas, sobre los hombros de cada una.

No volví á ver á aquel nobilísimo varón. Poco tiempo después de la visita, supe de tu muerte por la abuela misma, que me dió la noticia con bien claras señales de emoción doliente: “Reza por él esta noche—me dijo—estaba prendado, verdaderamente prendado, de tu gentil presencia; grandes deseos tenía de volver á verte, y yo le había ofrecido volver á llevarte”.

Sólo puedo añadirnos que las damas tertuliantes alternaron con mucha solicitud en el cuidado de atenderle en su postrimería. Y entre todas, una vez muerto, con un hábito blanco que llevó el abad, le amortajaron.



De H. á X.

Gracias por vuestras noticias; ellas son suficientes al esclarecimiento de algunos tibios pasajes de estas Memorias halladas, por mi ventura, en un baratillo de París, y que me revelan deleitosos días de la juventud del marqués. Felices tiempos aquellos en que él vivió. Nosotros, amigo mío, no podemos escribir Memorias tan ricas en páginas encantadoras. Fáltales á nuestra vida sales con que aderezarlas. Y sin duda por eso ha decaído de tal manera este interesante y sugestivo género literario.

FRANCISCO ACEBAL



CUADROS CELEBRES
E. DELACRIOX
LA LIBERTAD DE LA PRINCESA OLGA

LA LARVA

COMO se hablase de Benvenuto Cellini y alguien sonriera de la afirmación que hace el gran artífice en su "Vida," de haber visto una vez una salamandra, Isaac Codomano, dijo:

—No sonriais. Yo os juro que he visto, como os estoy viendo á vosotros, sino una salamandra, una larva ó una ampusa.

Os contaré el caso en pocas palabras.

Yo nací en un país en donde, como en casi toda América, se practicaba la hechicería y los brujos se comunicaban con lo invisible. Lo misterioso autóctono no desapareció con la llegada de los conquistadores. Antes bien, en la colonia aumentó, con el catolicismo, el uso de evacar las fuerzas extrañas, el demonismo, el mal de ojo. En la ciudad en que pasé mis primeros años se hablaba, lo recuerdo bien, como de cosa usual, de apariciones diabólicas, de fantasmas y de duendes. En una familia pobre, que habitaba en la vecindad de mi casa ocurrió, por ejemplo, que el espectro de un coronel peninsular se apareció á un joven y le reveló un tesoro enterrado en el patio. El joven murió de la visita extraordinaria, pero la familia quedó rica, como lo son hoy mismo los descendientes. Aparecióse un obispo á otro obispo, para indicarle un lugar en que se encontraba un documento perdido en los archivos de la catedral. El diablo se llevó á una mujer por una ventana, en cierta casa que tengo bien presente. Mi abuela me aseguró la existencia nocturna y pavorosa de un fraile sin cabeza y de una mano peluda y enorme que se aparecía sola, como una infernal araña. Todo eso lo aprendí de oídas, de niño. Pero lo que yo ví, lo que yo palpé, fué á los quince años; lo que yo ví y palpé del mundo de las sombras y de los arcanos tenebrosos.

En aquella ciudad semejante á ciertas ciudades españolas de pro-

vincia, cerraban todos los vecinos las puertas á las ocho, y á más tardar, á las nueve de la noche. Las calles quedaban solitarias y silenciosas. No se oía más ruido que el de las lechuzas anidadas en los aleros, ó el ladrido de los perros en la lejanía de los alrededores.

Quien saliese en busca de un médico, de un sacerdote, ó para otra urgencia nocturna, tenía que ir por las calles mal empedradas y llenas de baches, alumbrado apenas por los faroles de petróleo que daban su luz escasa colocados en sendos postes.

Algunas veces se oían ecos de músicas ó de cantos. Eran las serenatas á la manera española, las arias y romanzas que decían, acompañadas con la guitarra, las ternezas románticas del novio á la novia. Esto variaba desde la guitarra sola y el novio cantor, de pocos posibles, hasta el cuarteto, septuor, y aun orquesta completa y un piano, que tal ó cual señorote adinerado hacía sonar bajo las ventanas de la dama de sus deseos.

Yo tenía quince años, una ansia grande de vida y de mundo. Y una de las cosas que más ambicionaba era poder salir á la calle é ir con la gente de una de esas serenatas. Pero ¿cómo hacerlo?

La tía abuela que cuidó de mi niñez, una vez rezado el rosario, tenía cuidado de recorrer toda la casa, cerrar bien todas las puertas, llevarse las llaves y dejarme bien acostado bajo el pabellón de mi cama. Mas un día supe que por la noche habría una serenata. Más aún, uno de mis amigos, tan joven como yo, asistiría á la fiesta, cuyos encantos me pintaba con las más tentadoras palabras. Todas las horas que precedieron á la noche las pasé inquieto, no sin pensar y preparar mi plan de evasión. Así, cuando se fueron las visitas de mi tía abuela—entre ellos un cura y dos licenciados—que llegaban á conversar de política, ó á jugar al tute, al fusileo ó al tresillo; y una vez rezadas las oraciones y todo el mundo acostado, no pensé sino en poner en práctica mi proyecto de robar una llave á la venerable señora.

Pasadas como tres horas, ello me costó poco, pues sabía en donde dejaba las llaves, y además, dormía como un bienaventurado. Dueño de la que buscaba y sabiendo á que puerta correspondía, logré salir á la calle, en momentos en que, á lo lejos, comenzaban á oírse los acordes de violines, flautas y violoncillos. Me consideré un hombre. Guiado por la melodía, llegué pronto al punto donde se daba la serenata. Mientras los músicos tocaban, los concurrentes tomaban cerveza y licors. Luego, un sastre, que hacía de tenorio, entonó primero "A la luz de la pálida luna", y luego "Recuerdas cuando la aurora..." Entro en tantos detalles para que veáis cómo se me ha quedado fijo en la memoria cuanto ocurrió esa noche para mí extraordinaria. De las ventanas de aquella Dulcinea, se resolvió ir á las de otra. Pasamos por la plaza de la Catedral. Y entonces... He dicho ya que tenía quince años, era en el trópico, en mí despertaban imperiosas todas las ansias de la adolescencia... Y en la prisión de mi casa, de donde no salía sino para ir al colegio, y con aquella vigilancia, y con aquellas costumbres primitivas... Ignoraba, pues, todos los misterios. Así, cuál me sería mi gozo cuando, al pasar por la plaza de la Catedral, tras la serenata, vi, sentada en un acera, arropada en su rebozo, como entregada al sueño, á una mujer. Me detuve.

¿Joven? ¿Vieja? ¿Mendiga? ¿Loca? Qué me importaba. Yo iba en busca de la soñada revelación, de la aventura anhelada.

Los de la serenata se alejaban.

La claridad de los faroles de la plaza llegaba escasamente. Me acerqué. Hablé; no diré que con palabras dulces, mas con palabras ardientes y urgentes. Como no obtuviese respuesta, me incliné y toqué la espalda de aquella mujer que no quería contestarme y hacía lo posible porque no viese su rostro. Fui insinuante y altivo. Y cuando ya creía lograda la victoria, aquella figura se volvió hacia mí, descubrió su cara, y, ¡oh espanto de los espantos! aquella cara estaba viscosa y deshecha; un ojo colgaba sobre la mejilla huesosa y saniosa; llegó á mí como un relente de putrefacción. De la boca horrible salió primero como una risa ronca; y luego, aquella "cosa", haciendo la más macabra de las muecas, produjo un ruido que se podría indicar así:

"¡Kgggggg...!"

Con el cabello erizado, di un gran salto, lancé un gran grito. Llamé.

Cuando llegaron algunos de la serenata, la "cosa" había desaparecido.

Os doy mi palabra de honor, concluyó Isaac Codomano, que lo que os he contado es completamente cierto.

RUBEN DARIO



SEDLITZ
Charles CHANTEAUD
de PARIS
El Mejor de los Purgantes
Depósito en todas las Buenas Boticas



CRÈME SIMON
La Gran Marca de las Cremas de Belleza
Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior á todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.
POLVO DE ARROZ SIMON
SIN BISMUTO
JABÓN Á LA CRÈME SIMON
Evítase la Marca de Fábrica: J. SIMON - PARIS.



Mozo??

Una BENEDICTINE

Los Perfumes Concentrados

“STILLI
FLORE”

de
la Perfumaría Oriza

Son los más exquisitos y los más persistentes.

Una sola gota basta para
perfumarse durante varios días



Probarlos es
adoptarlos



Se encuentran en venta
en las siguientes casas
del centro:

Sauveur Brun
Moutier y Cía.
Peluquería Jardel
Houssaye
Arm. Dumas

CASA MOZARD

Muebles

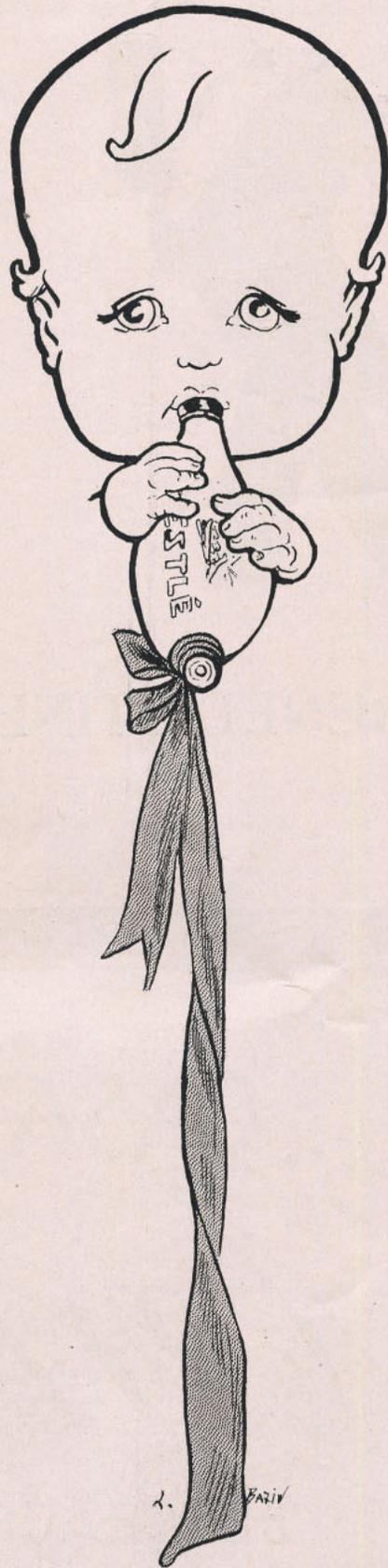
DECORACIONES Y TAPICES

*Mandamos presupuestos
por instalaciones com-
pletas de casa*

Tempestad



Buen tiempo fijo



Harina Lacteada Nestlé

